



# HANNS KOPPEL

**NUNCA VOLVERÁS**



# 1

ELLA le había dicho por escrito que le gustaba pasear por el bosque y pasar tardes agradables en casa, y que estaba buscando a alguien con ganas de jugar. Era casi como una broma, una parodia de la persona más desaborida que hubiese existido en el mundo. Además, llenaba sus mensajes de emoticonos. No dejaba ni una sola línea sin un dichoso muñequito amarillo.

Habían hablado por teléfono la noche anterior y quedaron en el restaurante Gondolen.

A Anders le pareció que tenía más de treinta y dos años. Le hizo una broma al respecto, diciéndole que a lo mejor había utilizado una foto de hacía mucho tiempo y muchos kilos. Entonces ella le mandó una nueva, sacada con el móvil con el brazo estirado, justo antes de irse a dormir.

Anders la estuvo observando y pensó que ya podía tener cien años y parecer tonta de remate si quería, pocas cosas le preocupaban menos que eso.

El alcohol era la mejor solución. Por norma no se tardaba más de treinta segundos en saber si valía la pena el esfuerzo o no. Cenar era tirarse piedras sobre el propio tejado. Estar ahí sentado durante horas sufriendo con una sonrisa tensa. No, cualquier persona familiarizada con el sistema quedaba directamente para tomar una copa. Si salía bien se podía dar el siguiente paso.

Eran exactamente las seis y media de la tarde y Anders oteó el horizonte; a lo lejos vio las luces de Skeppsholmen y Djurgården.

¿Cuál era el problema? Con ese cuerpo, que fuese una petarda era lo de menos. Podía tener una risa escalofriante o aliento de perro viejo si quería. ¿Sería frígida?

«No, no, nada de eso», se dijo para tranquilizarse.

El móvil empezó a vibrar y Anders contestó.

—Hola —dijo ella—, soy yo. Perdona que no te haya llamado antes. Me he pasado toda la tarde en urgencias.

—¿En urgencias? ¿Estás bien?

Anders Egerbladh elogió su propia capacidad para fingir preocupación. Es lo que llamaba dar en el clavo. La pregunta que se hacía mientras tanto era si lo que le había pasado a ella reducía sus probabilidades de colarse bajo sus bragas.

—Me he caído por la escalera y me he torcido el pie —explicó—. Creía que me lo había roto, casi no puedo apoyarlo.

—Pobre...

Anders le dio un sigiloso trago a la cerveza para no parecer desinteresado.

—Tampoco es tan grave —siguió ella—, me han dado unas muletas y me han puesto un vendaje. Pero me va a resultar un poco difícil bajar hasta el restaurante, así que te quería preguntar si podrías venir a mi casa... Tengo una botella de vino en la nevera.

—Me parece genial —dijo Anders—, me encantaría. Si no es demasiada molestia... Y si no estás muy animada podemos dejarlo para otro día.

«Pero qué genio soy, por Dios».

—No, no es molestia —aseguró ella—. Creo que me irá bien pasar un rato agradable después de cinco horas en el hospital.

—¿Has podido comer algo? —dijo Anders—. Puedo comprar alguna cosa de camino.

«Soy un puto Einstein».

—Muy amable por tu parte, pero no hace falta. Tengo la nevera llena.

Le dio la dirección y le hizo una rápida descripción de cómo llegar. Anders memorizó la información y decidió pasar primero por la plaza para comprar un ramo de flores. No sabía por qué, pero siempre funcionaba. Flores y champán.

Para lo segundo tendría que esperar a la siguiente ocasión.

Compró unas flores con tallo largo y una caja de tiritas infantiles en un quiosco de Pressbyrån. Presintió que era una jugada magistral.

Subió la calle Katarinavägen a paso ligero y continuó por la acera de la derecha de Fjällgatan hasta llegar a Sista Styverns Trappa, una escalera

exterior de madera que unía las calles Fjällgatan con Stigbergsgatan, que seguía más arriba.

«Seguro que la bautizaron así, en honor a algún currante alcohólico que se gastaba todo el jornal antes de llegar a casa, donde lo esperaba una mujer sin dientes y catorce niños tirándole de la falda», pensó Anders sin fijarse en el coche que estaba aparcado en la calle. No podía saber que la mujer que estaba al volante era la misma con la que acababa de hablar por teléfono y que ahora estaba llamando a su marido para decirle que había llegado la hora.

Anders empezó a subir con gran veneración la escalera que ascendía entre los centros culturales recién reformados. Se imaginó inspeccionando el pie inflamado de la mujer con manos sensibles y la cabeza ladeada en señal de compasión, haciéndole un masaje en la espalda, mostrándose comprensivo y estando de acuerdo con todo lo que ella le decía. ¿De verdad la habían hecho esperar cinco horas? La sanidad sueca era realmente una vergüenza.

Anders no sabía que las fotos que había estado mirando fijamente eran copias sacadas de la red y pertenecían a una madre soltera holandesa que tenía un blog. Tampoco podía sospechar que el hombre con el que se cruzó en la escalera llevaba un martillo metido en la manga del abrigo.

Llegaron al mismo tiempo al primer descansillo que había delante del banco del parque, cada uno por un lado. El hombre se detuvo.

—¿Anders? —dijo.

Anders se detuvo.

—¿No me reconoces? —preguntó el hombre—. Soy el padre de Annika. Te acuerdas de Annika, ¿no?

A Anders se le secó la garganta al instante. La expresión de su cara, hasta el momento relajada y expectante, se volvió tensa y afligida.

—Ha llovido mucho desde entonces —continuó el hombre alegremente.

Anders levantó la mano que tenía libre e hizo un gesto hacia el extremo superior de la escalera.

—Tengo un poco de prisa.

El hombre sonrió como si comprendiera y señaló el ramo de flores.

—¿Una cita?

Anders asintió.

—Llego tarde —dijo intentando parecer natural—. Me habría encantado

charlar un rato contigo.

—Entiendo —contestó el hombre.

Sonrió, pero no hizo ningún ademán de seguir bajando. Anders se volvió, indeciso, puso el pie en el siguiente escalón.

—Hablé con Morgan —añadió el hombre y dejó que el martillo se deslizara por el guante.

Anders se quedó quieto en la escalera, de espaldas a él. Estaba inmóvil.

—O más bien fue él quien me habló a mí —dijo el hombre—. Tenía muchas cosas que contar, quería aliviar el corazón antes de morir. Cuando fui a verlo no era más que un saco de huesos. Supongo que sería la morfina lo que le hizo entrar tanto en detalles. Tenía la lengua muy suelta.

Anders empezó a volverse lentamente. Con el rabillo del ojo intuyó algo que se le acercaba a toda velocidad, pero era demasiado tarde para esquivarlo o protegerse con el brazo. El martillo le acertó en la cabeza y le fracturó el cráneo a la altura de la sien. Estaba inconsciente antes de llegar al suelo.

El hombre se puso encima de Anders y levantó de nuevo el martillo. Probablemente, el segundo y el tercer golpe resultaron mortales, pero aun así el hombre continuó dando martillazos para asegurarse. Como si quisiera borrar todas y cada una de las impresiones y experiencias que Anders había acumulado a lo largo de su vida; como si pretendiera erradicar toda su existencia. El hombre no dejó de golpear hasta que el martillo quedó encallado dentro del cráneo.

Así lo dejó, echó un vistazo rápido a su alrededor y después bajó la escalera y subió al coche que lo estaba esperando. La mujer que conducía se incorporó a la calzada.

—¿Ha sido difícil? —preguntó ella.

—En absoluto —respondió el hombre.

## 2

—**H**OLA, mi nombre es Gösta Lundin, soy profesor emérito en psiquiatría y autor de *La víctima y el perpetrador*, que supongo que muchos de vosotros habréis leído.

—No hace falta que levantéis la mano. Pero gracias de todos modos, os lo agradezco. Muchas gracias.

—Antes de empezar, ¿cuántos de vosotros sois policías? Ahora sí que podéis levantar la mano.

—De acuerdo. ¿Y cuántos, sociólogos?

—Mitad y mitad, más o menos. Muy bien, ahora ya lo tengo claro. En realidad es una pregunta irrelevante, no es que modifique el contenido según los profesionales a los que me dirija. Supongo que sólo lo hago por curiosidad. O a lo mejor separaría más las piernas si sólo tuviese policías delante, agentes escépticos con los brazos cruzados. Quién sabe.

—Da igual. El tema de hoy es «¿Cómo es posible?».

—Es una pregunta que solemos hacernos muy a menudo. ¿Cómo es posible? ¿Por qué no se resisten? ¿Por qué no huyen?

—Más o menos las mismas preguntas que suelen hacer los jóvenes la primera vez que oyen hablar del Holocausto. ¿Cómo fue posible? ¿Por qué no opusieron resistencia? ¿Por qué no se escaparon?

—Por eso creo que lo mejor será empezar por ahí. Con Adolf Hitler.

—Como todos sabemos, el austríaco del bigote ha pasado de ser un personaje histórico a una figura mitológica, el símbolo del mal en su esencia más pura.

—Lo de «Yo sólo cumplía órdenes» es una frase hecha, un recuerdo de

que constantemente tenemos que cuestionarnos la autoridad y seguir nuestro propio convencimiento.

—En nuestro país, lo opuesto a Adolf Hitler se llama Astrid Lindgren.

—Ella simboliza todo aquello que es bueno en la vida. La humanista inteligente y sensata que cree en lo bueno y trata de cultivarlo en las personas.

—Hay multitud de narraciones y locuciones con moraleja que todo el mundo atribuye a Astrid Lindgren. Una de las citas más conocidas nos dice que a veces tenemos que hacer ciertas cosas a pesar de que sean peligrosas. Si no, no somos personas sino simples mierdecillas.

—Astrid y Adolf, blanco y negro, bueno y malo.

—La ingenua representación del bien y del mal es atractiva y nos seduce. Queremos pertenecer a los buenos, queremos hacer el bien.

—Tras años de entrevistar a víctimas y a perpetradores, los cuales también son víctimas, cosa que a menudo pasamos por alto, sé que la mayoría de los presentes en esta sala, incluido yo mismo, podemos transformarnos sin mayor dificultad tanto en lo uno como en lo otro.

—Todos tenemos a Adolf y a Astrid dentro. Negarlo es ser un necio.

—Pero dejemos a un lado la parte filosófica. Estoy aquí para hablar de lo que pasa en la práctica.

—Los métodos que los perpetradores emplean para someter a sus víctimas son los mismos en todo el mundo, y tan antiguos como la humanidad. Los jefes recurren a las mismas técnicas que los autócratas por la simple razón de que sólo existen dos formas de control: la zanahoria y el látigo. Puede ser más de lo uno y menos de lo otro, pero todos los métodos son meras variantes de estos dos.

—Aunque no me pagan para estar aquí simplificando lo difícil. Soy académico y, como tal, he sido instruido para complicar las cosas y parecer inteligente y profundo.

—Lo cual es la razón por la que se han inventado las presentaciones en PowerPoint.

1. Traslado, aislamiento social

2. *Breaking in violence*

3. Inanición
4. Agresión/amenaza de agresión
5. Degradación
6. Culpa
7. Amabilidad, recompensas
8. Bloqueo del yo
9. Pérdida de la perspectiva de futuro

—¿Lo veis todos bien? Si empezamos con el primer punto...

### 3

JÖRGEN Petersson esperó a que el dependiente le envolviera el póster de Homer Simpson, un regalo para su hijo pequeño que estaba a punto de cumplir años. Jörgen paseó la mirada por la tienda hasta que sus ojos se detuvieron en un cuadro de Lasse Åberg. A diferencia de lo habitual, Mickey Mouse no aparecía por ninguna parte. El cuadro representaba una vieja foto de clase y la mitad de las caras habían empezado a palidecer y borrarse. Sólo unas pocas permanecían intactas. Quizá un poco demasiado obvio, pero a Jörgen le gustaba lo simple. No tenía la menor intención de pasarse la vida yendo a las subastas de Bukowskis a la caza de una obra adecuada de algún artista sobrevalorado.

El interés que tenían los ricos por el arte superaba la capacidad de comprensión de Jörgen. ¿Qué era sino un cúmulo de vanos intentos de alcanzar la libertad a base de comprar? Una forma de distanciarse de los que no tenían dinero ni posibilidades.

Jörgen podría perfectamente decorar el pasillo con los tres cuadros. Anders Zorn encajaba como un guante, pero al idiota naturista de Bruno Liljefors y al feliciano de Carl Larsson en verdad prefería darles puerta, adiós muy buenas.

Por lo demás, ya tenía un Zorn, un póster sacado del museo de Mora que ahora decoraba la letrina exterior de la casa de campo. Jörgen solía contemplarlo mientras cagaba. Eran la necesidad y el placer fusionados en un mismo momento. Ni su esposa ni sus hijos entendían su fascinación por el cuadro; a ellos jamás se les ocurriría utilizar la letrina pudiendo estar cómodamente sentados dentro de casa con calefacción en el suelo. La mujer

de Jörgen incluso había propuesto echar abajo el excusado complementario.

Jörgen se había negado, a pesar de que no acostumbraba a meterse en las decisiones que se tomaban dentro del hogar. Pero por ahí no pasaba. ¿Una hectárea y media de terreno, casi cuatrocientos metros de playa y no le dejaban cagar tranquilo en su propia letrina en compañía de crucigramas a medio hacer escondidos entre las páginas de revistas descoloridas?

El límite que Jörgen había marcado había sido una buena jugada. Aumentó el respeto de su mujer y reforzó su imagen de hombre excéntrico y cabezón, dos cualidades nada despreciables en un hombre rico.

Estudió el cuadro de Åberg un rato y trató de recordar la foto de su propia clase.

¿De quién se habría olvidado? ¿A quién recordaría?

¿Y quién se acordaría de él?

Era muy probable que sus antiguos compañeros hubiesen leído sobre él en alguna parte. Había aparecido varias veces en la prensa, y los cotilleos sobre el dinero y el éxito corrían rápido de boca en boca. Pero tampoco era tan famoso como para que la gente reaccionara si se subía en el metro.

La vida de Jörgen recordaba una partida afortunada al Monopoly. De repente se vio allí sentado con todos los hoteles y bienes inmuebles, y el dinero empezó a entrar por sí solo, sin el menor esfuerzo. Los montones fueron creciendo.

El primer pellizco lo consiguió con una empresa de páginas web, cuya única función tras toda la retórica sobre las posibilidades del futuro era hacer webs con un diseño normal y corriente. Eran tiempos en los que sólo los iniciados conocían el término TIC y las empresas todavía enviaban a sus empleados a hacer cursos para aprender a utilizar los procesadores de texto más sencillos.

Jörgen se había librado de los focos por la simple razón de que los dos socios con los que fundó la empresa eran unos chupacámaras con afán de salir en todas partes.

La empresa nunca había tenido beneficios, pero aun así su valor en bolsa creció hasta alcanzar los dos mil millones de coronas. Jörgen negaba con la cabeza frente a la locura que estaba sucediendo, lo cual sacaba de quicio a sus dos compañeros, embriagados por el éxito, que salían citados en la prensa y

confiaban ciegamente en sus planes de futuro. Al final le ofrecieron comprarle su parte a Jörgen por más o menos la mitad del valor de su bolsa de acciones y se rieron a carcajada limpia cuando él aceptó la propuesta: cien millones a tocateja, gracias y hasta la vista.

«¿El negocio más tonto del año?», decía el titular que anunciaba el trato, una noticia que en gran parte era idéntica al comunicado de prensa que los compañeros de Jörgen habían hecho público rebosantes de alegría.

Un año más tarde, los ex socios de Jörgen estaban endeudados, la empresa había sufrido una reestructuración y había perdido prácticamente todo su valor.

Entonces era con Jörgen con quien querían hablar los periódicos, pero él había rechazado amablemente todas las entrevistas y le había dedicado un agradecimiento silencioso a su amigo más cercano, Calle Collin, periodista *freelance* de la prensa semanal que, estando borracho, siempre repetía incansable sus sabias palabras sobre la vida pública.

—No tiene nada de positivo dejarse ver, nada. Hagas lo que hagas, nunca enseñes el careto. Si no eres Simon Spies, mantente alejado.

Calle Collin era uno de los pocos que no habían sido borrados de la foto de clase que Jörgen tenía en la cabeza. ¿De quién más se acordaba? Un par de chicas guapas e inalcanzables. Jörgen se preguntaba dónde estarían en la actualidad. No, no se preguntaba dónde estarían, se preguntaba qué aspecto tendrían. Las había buscado en Google pero no había encontrado ninguna foto, ni siquiera en Facebook. Lo cual no podía ser mera coincidencia.

Se imaginó unas caras ajadas por los cartones de vino y se consoló al pensar en la decadencia de sus cuerpos. Los pechos que una vez habían desafiado la ley de la gravedad y ocuparon sus fantasías masturbadoras ondeaban ahora sin vigor alguno dentro de unos sujetadores acolchados.

Uf, qué cínico parecía. Jörgen se consideraba más persona que eso.

¿O no?

## 4

### Traslado, aislamiento social

La mujer es arrancada de su espacio habitual para ser colocada en un ambiente nuevo y desconocido. Esto tiene varias utilidades. La mujer pierde el contacto con la familia y con los amigos, queda desorientada, está geográficamente confundida y se vuelve dependiente de quien para ella es la única persona que conoce: el secuestrador. Manteniendo encerrada a la mujer por un plazo más largo de tiempo se agrava la confusión espacio-temporal. Si el aislamiento es lo bastante largo, la víctima acaba sintiéndose agradecida por cualquier forma de contacto humano, incluso si es obligado.

—¿ESTÁS segura? Una copa. Llegas a tiempo para ver las desgracias de la tele.

—Sí, venga.

Ylva rió agradecida por sus intentos.

—No —dijo—, voy a portarme bien.

—¿Tú? —preguntó Nour—. ¿Por qué quieres empezar ahora?

—No sé. ¿Porque los cambios siempre son positivos?

—Sólo una copa.

—No.

—¿Seguro?

Ylva asintió.

—Seguro —dijo.

—Vale, vale, no es propio de ti, pero vale.

—Nos vemos el lunes.

—Sí. Recuerdos a la familia.

Ylva se detuvo y se volvió.

—Hacéis que parezca algo malo —dijo poniéndose una mano inocente en el pecho.

Nour negó con la cabeza.

—Lo que pasa es que estamos celosas.

Ylva sacó su iPod y comenzó a bajar por la cuesta. El cable de los auriculares se había enredado y tuvo que pararse para deshacer el entuerto antes de poder ponérselos y escoger la lista de reproducción. Escuchar música y mantener la mirada fija en el horizonte era la única manera de librarse de la cháchara mundana. Siempre había algún parlanchín que insistía en llamar la atención y cotillear. El eterno problema de las ciudades pequeñas.

Y eso que Ylva había llegado de fuera. Mike, que se había criado allí, no podía dar un paso sin tener que dar cuenta de lo que le había ocurrido en las últimas semanas.

Ylva cruzó el pintoresco callejón vacío y pasó junto a un coche aparcado que tenía las lunas tintadas sin fijarse en el conductor. El volumen en sus oídos era tan alto que tampoco se percató de que el motor se ponía en marcha.

No fue hasta que el vehículo se puso a su altura sin pasar de largo cuando lo vio con el rabillo del ojo y se volvió. La ventanilla comenzó a bajar.

Ylva supuso que necesitarían ayuda con alguna dirección. Paró y dudó entre apagar la música y quitarse los auriculares. Escogió lo segundo y dio un paso hacia el coche, se inclinó y miró dentro. El asiento del copiloto estaba ocupado por una caja de cartón y un bolso de mano. La mujer al volante le sonrió.

—¿Ylva?

Un breve instante después llegó la desagradable sensación en el estómago.

—Ya me había parecido que eras tú —repitió la conductora en tono afable.

Ylva correspondió a la sonrisa.

—Ha pasado mucho tiempo.

La mujer se volvió hacia un hombre que había en el asiento de atrás.

—¿No has visto quién es?

El hombre se inclinó hacia adelante.

—Hola, Ylva.

Ylva metió el brazo por la ventanilla y les dio la mano a los dos.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Que qué hacemos? Nos acabamos de mudar. ¿Y tú?

Ylva no entendía nada.

—Yo vivo aquí —dijo—. Hace casi seis años.

La conductora retiró la cabeza como si le costara creerlo.

—¿Dónde? —le preguntó.

Ylva la miró.

—Hittarp —respondió.

La mujer se volvió sorprendida hacia el hombre del asiento trasero, después volvió a mirar a Ylva.

—¿Bromeas? Dime que sí. Nos acabamos de comprar una casa allí. ¿Conoces la calle Sundsliden, la que baja hasta el mar?

Ylva asintió en silencio.

—Vivo justo al lado.

—¿Que vives justo al lado? —repitió la mujer al volante—. ¿En serio? ¿Has oído, cariño? Vive justo al lado.

—Sí, ya lo he oído —respondió él.

—Qué curioso —comentó la mujer—. Entonces seremos vecinas, otra vez. Menuda coincidencia. ¿Vas para casa?

—Eh..., sí.

—Sube, te llevamos.

—Pero yo...

—Tú sube. Detrás, que esto está lleno de porquería.

Ylva dudó, pero no parecía adecuado protestar. Se quitó el otro auricular, enrolló el cable alrededor del aparato, abrió la puerta y se metió en el coche.

—Hay que ver... —dijo el hombre—. Así que vives aquí. ¿Te gusta esto?

—Sí —contestó Ylva—. La ciudad es más pequeña, claro, pero el estrecho es estupendo y las playas son fantásticas. Hay mucho cielo. Da la sensación de que todo es posible. Pero sopla mucho el viento. Y los inviernos

no son divertidos.

—¿No? ¿A qué te refieres?

—Húmedos y fríos. Sólo aguanieve y barro, nunca se llega a poner blanco.

—¿Oyes eso? —le dijo el hombre a la mujer—. Inviernos de mentira. Sólo agua de fregar.

—Sí —respondió la mujer y miró a Ylva por el retrovisor—. Pero hoy hace un día muy bonito. En esta época del año no nos podemos quejar.

Ylva sonrió y asintió.

—En absoluto.

Intentó parecer positiva y natural, pero su cerebro iba a toda máquina. ¿Qué implicaba el hecho de que se hubieran mudado allí? ¿Cómo podía afectarle eso de ahora en adelante? ¿Cuánto sabían?

No se podía quitar de encima aquella sensación de malestar.

—No está mal —dijo el hombre en el asiento de atrás—, ¿verdad, cariño? No está mal.

—Desde luego —añadió la mujer al volante.

Ylva los miró a los dos. Sus respuestas se repetían y parecían ensayadas. Sonaban algo forzadas. Podía ser por el casual reencuentro y la situación un tanto incómoda. Se dijo a sí misma que el miedo que sentía no era más que una imaginación suya.

—Mira que encontrarnos así después de tantos años —dijo el hombre.

—Sí —respondió Ylva.

Él la miraba, la examinaba sin tratar siquiera de disimular la sonrisita. Ylva no tuvo más remedio que esquivar su mirada.

—¿Qué casa habéis comprado? —dijo, y se percató de que su mano derecha había subido rápidamente a su cara en un gesto nervioso—. ¿Es la que está encima de la cuesta? ¿La blanca?

—Ésa es —contestó el hombre y miró hacia adelante.

Parecía una actitud normal. Ylva quiso tranquilizarse.

—Me estaba preguntando quién la habría comprado. Mi marido y yo lo estuvimos comentando ayer mismo. Dimos por hecho que vendría una familia con hij...

Ylva se interrumpió.

—Aquí casi todo son familias con críos —aclaró—. Hace poco estaba en obras. ¿Habéis reformado toda la casa?

—Sólo el sótano —dijo el hombre.

—Tu marido —añadió la mujer mirando otra vez a Ylva por el retrovisor—. Entonces ¿estás casada?

Parecía como si ya conociera la respuesta.

—Sí.

—¿Hijos?

—Tenemos una hija de siete años, cumple ocho dentro de poco.

—Una hija —repitió la mujer—. ¿Cómo se llama?

Ylva dudó.

—Sanna.

—Sanna, bonito nombre —comentó la mujer.

—Gracias —dijo Ylva.

Miró al hombre, estaba quieto y en silencio. Entonces miró a la mujer. Nadie decía nada. La situación no permitía pausas e Ylva se sintió obligada a llenar el vacío con palabras.

—¿Cómo es que habéis venido a vivir aquí?

Quería parecer natural. Aquélla era una pregunta justificada, pero tenía la garganta seca y la entonación le salió mal.

—Que por qué hemos venido aquí... Cariño, ¿te acuerdas de por qué nos hemos mudado?

—Has encontrado trabajo en el hospital —dijo la mujer.

—Eso es —respondió el hombre—. Me han dado trabajo en el hospital.

—Queríamos empezar de nuevo —añadió la mujer cuando pararon en el semáforo en rojo de la calle Tågagatan.

Treinta metros más adelante había gente haciendo cola en la parada del autobús.

—Escuchad —dijo Ylva—. Muchas gracias por querer llevarme a casa, pero creo que voy a coger el autobús de todos modos.

Se quitó el cinturón y tiró de la manija de la puerta sin obtener resultado.

—El seguro infantil.

Ylva se asomó entre los asientos y puso la mano en el hombro de la mujer.

—¿Te importaría abrirme? Quiero bajar aquí. No me encuentro muy bien.

El hombre metió la mano en el bolsillo interior del abrigo y sacó una cosa cuadrada, un poco más grande que la palma de la mano.

—¿Sabes qué es esto?

Ylva apartó la mano del hombro de la mujer y miró.

—Vamos —dijo el hombre—. ¿A qué te recuerda?

—¿Una máquina de afeitar? —sugirió Ylva.

—Es verdad. Parece una máquina de afeitar, pero no lo es.

Ylva tiró de nuevo de la manija.

—Abre la puerta, quiero...

La descarga hizo que el cuerpo de Ylva se arqueara por completo. El dolor era paralizante y ni siquiera pudo gritar. Al segundo siguiente su cuerpo se relajó e Ylva se desplomó con la cabeza sobre el regazo del hombre. Se sorprendió de que la respiración continuara sonando a pesar de que ninguna otra parte de su cuerpo respondiera.

El hombre estiró el brazo para coger el bolso de Ylva, lo abrió y hurgó en busca del teléfono móvil. Le quitó la batería y se la metió en su bolsillo interior.

Ylva notó que el coche aceleraba y pasaba por delante de la parada del autobús. El hombre tenía preparada el arma de electroshock.

—La parálisis es temporal —dijo—. Dentro de un momento podrás hablar y moverte con normalidad.

La acarició para consolarla.

—Todo irá bien, ya verás. Todo irá bien.

## 5

UN hombre capaz de conseguir doscientos cincuenta millones de coronas ¿y en qué gastaba el tiempo? En bajar al sótano en calzoncillos y hurgar entre viejas cajas de mudanza en busca de un antiguo álbum de fotos del instituto. Otra forma de matar las horas.

Jörgen Petersson llegó a abrir más de la mitad de las cajas antes de encontrar lo que andaba buscando. Teniendo en cuenta que el tesoro normalmente estaba oculto en el último cofre, lo consideró todo un éxito.

Fue pasando las páginas, paseó la mirada por las fotos de las distintas clases, buscó entre los nombres. Ah, sí. Él. Y él. ¿Ésta no era hermana de...? La hija de la profesora, con cara de tierra trágame. El que le prendió fuego a la ludoteca municipal. La que se suicidó. Y ese pobre que tenía que cuidar de sus hermanos y siempre se quedaba dormido.

Infancia en estado puro.

Por fin llegó su clase. Jörgen dio un respingo. No eran más que unos críos con peinados y ropa que daban fe de un tiempo pasado, pero aun así Jörgen se sintió invadido por una sensación de malestar.

Paseó la mirada, escrutando cada fila.

Los antiguos compañeros de clase lo miraban fijamente. Jörgen casi podía oír los ruidos del pasillo: los comentarios, los gritos, los empujones, las risas. Se fijó en las posiciones. Constantes intentos de marcar en qué peldaño de la escalera estaba cada uno. Las chicas a su manera, siguiendo unas reglas más libres, y los chicos a la suya, con reglas más fijas.

Los cuatro matones en la última fila. Con los brazos cruzados y una mirada desafiante al objetivo de la cámara irradiando hegemonía mundial. A

juzgar por sus caras de satisfacción, era imposible que se pudieran imaginar otro mundo u otro tiempo que no fueran aquellos en los que se encontraban en ese momento.

Uno de ellos, Morgan, había fallecido de cáncer un año atrás. Jörgen se preguntó si alguien lo echaría de menos. Él no, desde luego.

Continuó escudriñando las filas de nombres. Algunos los había borrado de la memoria y tuvo que subir la mirada hasta la foto para recuperar los datos de las reservas de su cerebro. Ah, sí, claro.

Sin embargo, había dos o tres compañeros de los que no se acordaba. La cara y el nombre no eran suficiente información. Los había eliminado por completo, igual que el cuadro sin rostro de Lasse Åberg.

Jörgen se miró a sí mismo, apretujado en la primera fila, apenas visible y con una cara que suplicaba salir de allí.

Calle Collin parecía contento. Un poco ausente, despreocupado de su imagen exterior, fuerte por dentro y seguro de sí mismo.

La profesora. Por Dios, en la foto aquella vieja urraca era más joven de lo que era ahora Jörgen.

Volvió a poner las cajas en su sitio y subió a la casa con el álbum en la mano. Quería mirar las fotos hasta que ya no le dieran miedo.

Jörgen entró en la cocina y llamó a su amigo.

—¿Te apuntas a una cerveza?

—¿Una? —preguntó Calle Collin.

—Dos, tres, bebe todo lo que quieras —dijo Jörgen—. He encontrado el álbum de fotos del instituto, lo llevaré.

—¿Por qué cojones quieres hacerme eso?

## 6

**M**IKE Zetterberg pasó a recoger a su hija por la ludoteca a las cuatro y media. Sanna estaba sentada a una de las mesas del fondo, absorbida por un viejo juego de magia. Cuando vio a su padre se le iluminó la cara como no ocurría desde los primeros años que iba a buscarla a la guardería.

—Papá, ven.

Sanna tenía una huevera de plástico delante. Una huevera de tres trozos con tapa de plástico. Mike comprendió que la alegría del encuentro era porque su presencia lo convertía automáticamente en público para su función.

—Hola, cariño.

Le dio un beso en la frente.

—Mira —dijo levantando la tapa de la huevera—. Aquí tenemos un huevo.

—Ya lo veo —observó Mike.

—Y ahora lo voy a hacer desaparecer.

—Eso es imposible, ¿no? —preguntó Mike.

—Ya verás.

Sanna puso la tapa y movió la mano en círculos por encima de la huevera.

—Abracadabra.

Levantó la tapa, el huevo ya no estaba.

—¿Qué? ¿Cómo has hecho eso?

—Pero, papá, ya lo sabes.

—No —respondió Mike.

—Sí que lo sabes, te lo he enseñado.

—Ah, ¿sí?

Sanna le mostró la media parte hueca que ahora estaba oculta en la tapa de la huevera.

—Ya lo sabías —insistió Sanna.

Mike negó con la cabeza.

—Pues entonces me había olvidado —admitió.

—No.

—Sí, de verdad. Será porque lo has hecho superbien.

Sanna ya había empezado a colocar todos los artefactos en sus correspondientes huecos del plástico que había en la caja.

—¿Te gusta hacer magia? —preguntó Mike.

Sanna se encogió de hombros.

—A veces.

Cerró la caja con la tapa de colores, que tenía todas las esquinas ajadas por su diligente servicio.

—A lo mejor podrías pedir un juego de magia para tu cumpleaños.

—¿Cuánto falta?

Mike miró el reloj.

—No, en horas no —dijo Sanna.

—Quince días —informó Mike—. En el reloj pone qué día es.

—Ah, ¿sí?

Mike se lo enseñó.

—La cifra del recuadrito dice en qué día nos encontramos. Hoy es 5 de mayo, tu cumpleaños es el 20 —dijo Mike.

Sanna asimiló la información sin dejarse impresionar. Mike constató que los relojes ya no eran el símbolo de estatus de antaño.

Él era poco mayor que su hija cuando volvió a Suecia con sus padres. Ellos decían que regresaban a casa, a pesar de que el único hogar que Mike había tenido estaba en Fresno: una ciudad achicharrante en el centro de California, metida con calzador entre Coast Range y Sierra Nevada. La temperatura oscilaba entre treinta y cuarenta y cinco grados la mayor parte del año. Era demasiado calurosa para vivir allí y la mayoría de la gente saltaba del aire acondicionado de su casa al aire acondicionado del coche para ir al aire acondicionado de la escuela o del trabajo.

Casi nadie estaba moreno en *The Big Sauna*, como sus padres habían

bautizado la ciudad, y fue un *shock* para Mike cuando en el verano de 1976 llegó a Helsingborg y vio a gente morena chapoteando en el agua a pesar de que el aire fuera helado y sólo estuvieran a veinticinco grados.

Mike conocía el idioma porque sus padres le habían hablado en sueco desde que nació, pero a menudo le recordaban que hablaba como un estadounidense. Para ellos sonaba tierno, y Mike había sentido pánico por tener que mudarse a Suecia y que los niños se burlaran de su forma de hablar.

Los compañeros coetáneos que conoció en la playa la primera tarde eran del parecer contrario. Afirmaban que sonaba como Colombo y McCloud. Mike comprendió de inmediato que eso era bueno.

Los demás chiquillos habían visto al niño extrañamente abrigado merodeando por la zona y al final se le habían acercado para preguntarle si quería jugar a fútbol con ellos. Cuando, media hora más tarde, estaba sudando, se quitó el jersey y sus nuevos amigos descubrieron su reloj sin manecillas pero con cifras cuadradas que decían la hora.

Su admiración no tenía límites. Lo más singular de todo era que el mismo botón tenía varias funciones. Si apretabas una vez pasaba una cosa; si apretabas dos pasaba algo diferente. A pesar de ser el mismo botón. Nadie comprendía cómo podía ser.

—¿Qué dices? —preguntó entonces, treinta años después, mirando a su hija—. ¿Estás lista?

Sanna asintió en silencio.

• • •

Ylva Zetterberg estaba consciente.

Iba tumbada en el asiento de atrás viendo el mundo pasar en forma de copas de árboles y tejados familiares; podía imaginarse la geografía mediante los movimientos del coche; durante todo el trayecto sabía dónde se encontraban.

Estaba a punto de llegar a su casa cuando el coche dejó pasar tranquilamente a otro vehículo antes de meterse en el patio delantero de la casa reformada. La mujer abrió la puerta del garaje con un mando y entró.

Esperó hasta que la puerta quedara cerrada a sus espaldas antes de bajar del coche y abrir la puerta de atrás. Con ayuda del hombre, la mujer bajó a Ylva al sótano sin decir ni una palabra.

Tumbaron a Ylva sobre la cama y le esposaron las manos al cabezal.

El hombre cogió un mando a distancia y apuntó a una tele que estaba anclada junto al bajo techo.

—Sabemos que te gusta mirar —dijo, y encendió el aparato.

## 7

—TENEMOS que pasar por el súper —dijo Mike.

—¿Puedo ir delante?

—Por supuesto —admitió Mike.

Si era viernes, era viernes.

—¿Por dónde iremos? —preguntó él después de ayudar a su hija a ponerse el cinturón.

—El agua —dijo Sanna.

—El agua —repitió Mike, y asintió como para aceptar la buena elección.

Bajó por la calle Sundsliden, frenando en la bajada con el motor en segunda. El estrecho se estiraba sin reparos, casi con una actitud exhibicionista. Ahora había más espacio abierto que cuando Mike llegó de pequeño, a pesar de que había más casas. A medida que los precios subían, las vistas se convirtieron en objeto de valor y talaron los árboles. Las acogedoras casas que se habían levantado para proteger del frío y el viento habían sido reemplazadas por casas de exposición.

—Dentro de poco ya podremos bañarnos otra vez —dijo Mike.

—¿Qué temperatura hace?

—¿En el agua? No lo sé, quizá quince o dieciséis grados.

—¿Es suficiente para bañarse?

—Por supuesto —dijo Mike—. Pero el agua estará un poco fría.

Giró a la izquierda después de la casa que de pequeño llamaban la de Taxi-Johansson. El propietario del único taxi del pueblo, un Mercedes negro con bastantes años a la espalda, había vivido en esa casa y todos los años llevaba a los niños al dentista hasta Kattarp. Ahora había otros inquilinos, y

ya no quedaban demasiados que conocieran el mote de Taxi-Johansson, aunque en el garaje todavía había un viejo cartel en el que ponía Taxi.

Desde que Mike llegó de Estados Unidos habían cambiado muchas cosas. Las mujeres ya no tomaban el sol haciendo *topless* y había una variedad bastante decente de canales de televisión financiados con publicidad. Los coches de tamaño exagerado se habían abierto paso y ya no era motivo de deshonra ir con vaqueros que no fueran Levi's 501.

Poco después de su llegada desde el continente americano, su madre abrió una tienda de ropa en la calle Kullgatan. Téjanos y jerséis en los que ponía UCLA y BERKELEY. Casi toda la clase de Mike iba a comprar allí. Sus amigos tenían descuento.

La tienda iba bien y su padre tenía trabajo.

Siendo adulto, Mike intentó recordar en qué momento se había torcido todo. A veces creía saber la respuesta pero, tan pronto intentaba concentrarse y recordar, le venía algo a la cabeza que le sacaba de sus ensoñaciones.

Sin duda, la muerte de su padre era lo más destacado. Se empotró en el contrafuerte de un puente cerca de Malmö cuando Mike tenía trece años. Su madre siempre hablaba de lo sucedido como un trágico e innecesario accidente.

Mike tenía diecisiete años cuando comprendió que lo más seguro era que se hubiese tratado de un suicidio. Había oído cosas. Cuando se lo preguntó a su madre, supo por la vaguedad de la respuesta que llevaba cuatro años viviendo engañado.

Todavía recordaba la sensación de distanciamiento y vacío. La soledad total. El no tener a nadie, vivir con el estómago encogido y el sabor a hierro en los labios.

—Es imposible saber la verdad —dijo su madre—. No dejó ni una carta ni nada. Y estaba tan contento justo antes de que pasara...

Según la experta, ese detalle no era del todo inusual. Como una vela que avivaba la llama una última vez, un breve período de paz podía preceder al fatídico acto de quien había decidido quitarse la vida.

Hacía tiempo que Mike se había reconciliado con la traición de su madre, pero la idea de que en el fondo de todo sólo se tenía a sí mismo y que no podía confiar en nadie estaba marcada a fuego en su pecho para la eternidad.

Aunque parecía un poco ridículo, no se podía negar que nunca le había faltado nada. ¿Y acaso no le iba todo magníficamente a día de hoy? Con esposa e hija y trabajo bien remunerado.

Siendo sinceros, Mike había notado la transformación mucho antes de la muerte de su padre. No, no era una transformación, era una sustitución. De lo bueno por lo malo.

Dos años después de su regreso a Suecia, su padre se había quedado sin empleo. La tienda de vaqueros, que hasta ese momento había sido un mero pasatiempo lucrativo de la madre, se convirtió de repente en la única fuente de ingresos de la familia. Y las cuentas empeoraban a medida que los clientes empezaron a comprar en el centro comercial de Väla en lugar de en las tiendas locales.

En pocas palabras, era difícil mantener el paso firme en una urbanización en la que ya nadie se dejaba impresionar por un reloj sin manecillas.

• • •

—¿Puedes hablar?

El hombre le dio una palmadita a Ylva en la mejilla.

—Agua —balbuceó ella.

—Da sed, ¿eh? —dijo el hombre.

Había sido lo bastante previsor como para haber preparado un vaso. Se lo acercó a los labios y la dejó beber. Parte del líquido se escurrió por la comisura de su boca y el reflejo de Ylva fue intentar llevarse una mano esposada a la boca para secársela.

—Puedes beber tú sola —dijo el hombre.

Sacó una llave y abrió las esposas que mantenían presa la mano derecha de Ylva. Ella se movió hacia atrás hasta incorporarse y se quedó apoyada en el cabezal de la cama. Cogió el vaso y se lo terminó de un trago.

—¿Más? —preguntó el hombre.

Ylva asintió en silencio y le pasó el vaso. Él fue hasta el fregadero y lo llenó de nuevo. Era una minicocina de las que se pueden encontrar en los barracones de la construcción y en los pisos de estudiantes. Cocina eléctrica

de dos planchas, fregadero y debajo una nevera con un pequeño congelador incorporado. Ylva creía recordar que se llamaba *kitchenette*. No estaba segura, ni tampoco de por qué estaba pensando precisamente en eso en la situación tan inverosímil en la que se encontraba.

El hombre volvió, le dio el vaso y se acercó a la tele.

—¿Por qué estoy aquí? —inquirió Ylva.

—Creo que ya lo sabes.

Ylva se volvió y trató de liberar su mano izquierda de las esposas.

—¿Qué te parece la imagen?

El hombre señaló la pantalla.

—No te entiendo —dijo Ylva.

—Un poco borrosa, pero es porque el zoom está al máximo. A lo mejor ahora mismo no te parece gran cosa, pero espérate un par de días, una semana. Lo verás todo diferente. Me apuesto algo a que te guiarás por la tele para hacerte un horario. Quedarte sentada mirando sin posibilidad de intervenir. Aunque para ti eso no supone ningún problema, ¿no? Quedarte al margen mirando, quiero decir.

Ylva lo miró con ojos intranquilos.

—¿De qué estás hablando?

El hombre le soltó una bofetada con el dorso de la mano. El golpe fue repentino y sin previo aviso. La mejilla de Ylva empezó a arder, pero era más la sorpresa por la violencia inesperada que el dolor lo que le cortó la respiración.

—No te hagas la tonta —dijo el hombre—. Sabemos exactamente lo que pasó. Morgan nos lo contó. Se confesó en el lecho de muerte. Con todo lujo de detalles. Hasta ese día nos habíamos echado la culpa a nosotros mismos. Y luego resulta que habíais sido vosotros. Desde el principio habíais sido vosotros.

Ylva estaba temblando. Sentía calor en los ojos y parpadeaba sin cesar, el labio inferior le tiritaba.

—¿Te crees que a mí no me duele? —dijo en voz baja—. No pasa ni un día sin que...

—¿Qué te duele?

La mujer acababa de entrar por la puerta.

—¿Qué te duele... a ti? —repitió mientras se acercaba a la cama y clavaba los ojos en Ylva, que automáticamente bajó la cabeza.

Cuando al fin levantó la mirada lo hizo con ojos suplicantes.

—Si pudiera cambiar algo de mi vida —intentó—, una sola cosa...

—A Morgan no le quedaba más que un puñado de días —explicó el hombre—. Eso me rompió el alma de rabia. Que pudiera librarse tan fácilmente. Pero supongo que leíste sobre Anders.

Ylva no entendía nada.

—El asesinato en la calle Fjällgatan —dijo el hombre—. ¿No? No, supongo que la tendencia es exagerar la importancia de uno mismo cuando formas parte de algo. Pero me gané un sobrenombre: el asesino del martillo. La verdad es que se habló bastante del caso.

• • •

Mike e Ylva se conocieron en el trabajo. Por supuesto. Por norma era así como se conocía la gente, estando sobria y con tareas que cumplir. A Mike lo acababan de contratar en una compañía farmacéutica de Estocolmo, Ylva trabajaba en el departamento de finanzas y le encargaron hacerle una entrevista para la revista interna de la empresa.

Su historia no fue una locura de amor apasionado, pero había atracción y se lo pasaban bien juntos. La infancia de Mike había sido feliz en comparación con la de Ylva. A diferencia de él, ella ni siquiera había llegado a conocer a su padre biológico, y su madre era alcohólica crónica. A los seis años le habían asignado unos padres de acogida a los que, tras varios años de adolescencia atormentada, prefirió dejar atrás y con los que ya no había vuelto a tener contacto.

Mike quería explorar el archipiélago de Estocolmo, del que su padre le había hablado con tanto anhelo, y se compró un barco de fibra de vidrio de seis metros de eslora en el que pasaron tres veranos seguidos. Mike leía las cartas marinas, Ylva llevaba el timón. Hicieron el amor en todos y cada uno de los pantalanés entre Furusund y Nynäshamn.

Cuando Ylva se quedó embarazada se hicieron la sagrada promesa de

continuar igual que como hasta entonces. Nada los podría detener, y mucho menos una pequeña criatura a la que se podían llevar a cualquier parte.

Antes de que Sanna cumpliera seis meses ya habían vendido el barco y habían invertido el dinero en una hipoteca.

Un año más tarde a Mike le ofrecieron un puesto mejor en la ciudad de su infancia y, para alegría de su madre, se mudó al sur, a la provincia de Skåne, junto al resto de su nueva familia.

La vida con una cría implicaba cambios, una transición evidente a una nueva fase vital. Del bono de transporte público al coche de empresa, de salir de fiesta a cenar en pareja, del colchón en el suelo a la cama de matrimonio y sin tiempo para hacer el perezoso. Las películas porno que tantas alegrías les habían dado habían acabado en el basurero después de que una mañana Ylva, aún adormecida, había ayudado a Sanna, entonces de tres años, a poner el vídeo. Pero en lugar de mostrar dibujos animados, la pantalla del televisor las había deslumbrado con una mamada en primer plano.

Ylva se había abalanzado sobre el aparato para apagarlo.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó ruborizada.

—¡Helado! —propuso Sanna haciendo una asociación de lo más lógica.

Aquello era una vida distinta, muy lejos de los veranos en el barco de vela. Pero una buena vida al fin y al cabo.

**8**

## 9

### *Breaking in violence*

Casi todas las mujeres que han sido obligadas a prostituirse sufren violencia inicial y violaciones por parte del chulo. Con la violencia se establece una evidente relación de poder y el perpetrador logra atajar de forma efectiva la resistencia inicial de la víctima. Todas las personas que han sufrido agresiones o amenazas de agresión conocen las consecuencias psicológicas que acarrea a largo plazo. La violencia es el lenguaje más claro del poder.

**L**A mujer abrió las esposas que sujetaban la mano izquierda de Ylva al cabezal de la cama. Ylva se masajeó la muñeca y dobló las rodillas.

El hombre y la mujer estaban uno a cada lado de la cama; Ylva no sabía a cuál de los dos mirar.

—Escuchad —intentó decir—, tenemos que...

La mujer inclinó interesada la cabeza.

—¿Tenemos que qué?

—Que hablar —añadió Ylva volviéndose suplicante hacia el hombre.

Él tenía la mano dentro del pantalón. ¿Qué estaba haciendo?

Ylva miró a la mujer, que ahora sonreía.

—Eso puede hacerse, desde luego. Tú puedes hablar y nosotros escucharte. Podemos sentarnos aquí y hacer un esfuerzo por entender. Es una manera de hacerlo, no cabe duda.

El hombre se acariciaba el miembro forzando la erección.

—¿Me das las manos? —le dijo la mujer a Ylva.

El hombre se desabrochó el pantalón, se lo quitó y luego se bajó los calzoncillos. La erección se evidenciaba debajo de la camisa.

—Las manos —repitió la mujer.

Ylva saltó de la cama y se abalanzó sobre la puerta cerrada. El hombre se le echó encima en cuestión de segundos. La agarró del brazo, le dio la vuelta y le soltó otra bofetada en la mejilla con la mano abierta. Le retorció el brazo por detrás de la espalda y la arrojó hacia la cama.

Ylva se resistía y gritaba, aunque no sólo parecía aumentar la decisión de la pareja. La mujer le bajó los pantalones por debajo de las rodillas. El hombre la empujó de frente sobre el colchón. La mujer rodeó la cama y levantó a Ylva tirándole del pelo.

—Yo no hice nada —dijo Ylva.

—No —dijo la mujer—, tú no hiciste nada.

En el mismo instante, Ylva notó cómo el hombre la penetraba con fuerza.

Las lágrimas le brotaron en los ojos por el dolor y se le enturbió la vista. Pero pudo ver perfectamente a la mujer mirándola con una sonrisa.

• • •

—¿Cuándo viene mamá?

—No lo sé, cariño. A lo mejor ha salido con sus compañeras de trabajo.

—¿Otra vez?

—No es seguro.

—Siempre sale.

—No, cariño, no sale siempre.

—Siempre, todo el rato —dijo Sanna y puso rumbo al salón.

Se detuvo en el umbral de la puerta y miró a su padre.

—¿Qué hay para comer?

—Espaguetis con salsa boloñesa.

—¿Roja?

—Roja.

Por algún motivo que desconocía, su hija prefería el apañó rápido con tomate frito antes que la variante más sabrosa de Ylva. Cuando servían esta

última modalidad, Sanna se veía obligada a hacer un trabajo de precisión quirúrgica para apartar todas las amenazantes partículas de cebolla y pimienta antes de poder comer. Por lo demás mostraba una curiosidad ejemplar por cualquier cosa que se pusiera sobre la mesa. Si había algo que objetar era la lentitud con la que la comida desaparecía del plato. Un monje tibetano no podía preocuparse menos por el tiempo.

Mike miró a la calle y pensó en si debería llamarla, a pesar de todo. Consultar si Ylva había pensado llegar para la cena o no. Pero decidió abstenerse. Por razones tácticas. No era cuestión de orgullo.

Un año atrás, Ylva había tenido una aventura con un cliente, el dueño de un restaurante sin más cualidades que una sonrisa maliciosa de la que ella nunca tenía suficiente.

Mike había puesto el grito en el cielo. Fue puro teatro desde el principio hasta el final, una maniobra exagerada. Mike sentía dependencia por su mujer y habría preferido seguir el resto de su vida traicionado antes que verse forzado a vivir sin ella.

Pero, aun así, el odio surgía de vez en cuando, lo roía por dentro y nunca lo abandonaba. Era algo que siempre estaba presente, dándole empujoncitos en el hombro para recordarle que debía exigir atención y ser fuerte.

«Haz algo —le incitaba la voz—. Haz algo».

En esos momentos el mundo parecía encogerse. El cielo descendía y se quedaba a un palmo de la cabeza de Mike como el techo de un sótano.

Una vez leyó que la parte que traicionaba era a menudo la que se sentía peor, que era una cuestión de autoestima y de desprecio por uno mismo y todo ese rollo psicológico que sólo los traidores podían entender e invocar.

En cierta medida, Mike disfrutaba del papel de víctima. Evidentemente, como hombre traicionado no contaba con el reconocimiento de su entorno, pero entre las cuatro paredes de su casa tenía vía libre para la autocompasión y las miradas acusadoras.

Al final la cosa terminó por descarrilarse e Ylva puso un ultimátum.

—Las cosas son como son. O lo dejamos atrás y seguimos... —Estaba de pie pelando patatas en el fregadero cuando lo dijo. Hizo una pausa, se volvió con el pelador en una mano y una patata a medio pelar en la otra—: O tendremos que buscar otra solución.

Después de aquello, Mike no había vuelto a pronunciar el nombre del amante.

• • •

La mujer agarraba fuerte el pelo de Ylva y la obligaba a mirarla a la cara.  
—¿Cómo la sientes? —le preguntó a su marido.

No alzó la voz, a pesar de que Ylva gritaba, lloraba y decía cosas sin sentido sobre lo que había pasado.

La mujer no quería perderse ni un segundo de la humillación, la redención que habían anhelado durante tanto tiempo.

—¿Como meter la polla en un cubo de agua caliente? Estará dilatada, con tantos tíos que se ha pasado por la piedra.

La mujer le estiró del pelo.

—¿Es eso cierto? ¿Tan dilatada estás?

Ylva lloraba a lágrima viva y los mocos le colgaban de la nariz. Su cabeza se balanceaba al compás de los empujones que le asestaba el hombre. Hacía muecas de dolor.

—Creo que le gusta —dijo la mujer—. Se ve que le gusta. Tendrás que hacerlo más veces, cariño.

Ylva suplicaba.

—Por favor.

La mujer acercó la cara a Ylva.

—Yo no hago nada —susurró—. Sólo miro.

Los movimientos se fueron acelerando hasta que de repente cesaron. El hombre se levantó y se puso los calzoncillos y los pantalones mientras recuperaba el aliento.

La mujer soltó a Ylva y se puso de pie. Se acercó a la puerta antes que el hombre y abrió con llave. Dejó pasar a su marido antes de salir ella también.

—Alégrate de que sólo fuera uno —dijo, y cerró la puerta.

## 10

**M**IKE hirvió los espaguetis y preparó la salsa boloñesa. La receta avanzada consistía en sofreír carne picada pasada dos veces por el molinillo, añadir salsa de tomate Barilla y remover. En la mesa también había kétchup y queso parmesano rallado. Como era viernes, Sanna tomaba un refresco, y Mike, una copa de vino tinto porque le apetecía.

—¿Cómo ha ido el cole?

—Bien.

—¿Qué habéis hecho?

—No sé, de todo.

Sanna se llenó la boca de comida.

—Pero te gusta el cole.

Sanna asintió mientras masticaba con la boca conscientemente cerrada.

—Eso es bueno —dijo Mike—. ¿Verdad que me lo dirías, si no estuvieras bien en el cole?

Se arrepintió al instante. Era una pregunta idiota, orientadora. La preocupación de padre exagerada podía volverse una profecía autocumplida. Por suerte, Sanna parecía estar pensando en otras cosas. Por una vez en la vida masticó deprisa y mecía inquieta el culo en la silla.

—Ya estoy —informó y se levantó.

Dejó el plato en la encimera y volvió a concentrarse en la película.

Mike recogió la cocina pero sintió remordimientos de conciencia por dejar sola a su hija viendo la televisión. Fue al salón y le hizo compañía en el sofá. Estaba viendo un DVD de dibujos animados. Sanna había visto la película infinidad de veces y se la sabía de memoria. Por alguna razón

prefería mirar pelis que ya conocía. Era como si lo que más la complaciera fuera saber lo que iba a pasar.

—Esto es buenísimo —dijo anticipándose e inclinándose hacia adelante.

Y luego soltó una carcajada con lo que ya sabía que iba a pasar. Mike sonrió ante el lujo de poder estar al lado de su hija viendo una película estúpida que de otra manera le habría pasado completamente desapercibida.

—¿Quieres que juguemos a algo? —preguntó Sanna en cuanto empezaron a correr los títulos.

—Me encantaría.

Sanna fue a buscar un puñado de productos *spin-off* que habían nacido de la estela de diversas películas de éxito. Las reglas eran difíciles de entender y el grado de entretenimiento rozaba la nulidad.

—¿No podemos hacer una torre?

—Siempre quieres hacer una torre.

—Me gusta.

—Sí, sí, vale.

Sanna se fue entre suspiros con las cajas y regresó con una bolsa de plástico llena de tacos de madera de diferentes tamaños y formas.

El objetivo era construir una torre lo más alta posible. Por turnos tenían que ir poniendo tacos y quien la hiciera caer perdía. Mike era bueno haciendo ver que perdía de verdad. No lograba entender a esos padres que siempre ganaban a sus hijos.

Había discutido el asunto con algunos compañeros de trabajo. Uno de ellos se negaba a dejar que sus hijos le ganaran. Y así era como debía ser, afirmaba, porque recientemente uno de sus hijos había sido seleccionado para la cantera del equipo nacional de balonmano.

Mike no entendía el razonamiento. No lograba entender el sentido de jugar en la cantera del equipo nacional de balonmano.

Él y Sanna construyeron torres hasta la hora de dormir.

—¿Cuándo vendrá mamá? —preguntó Sanna y se acurrucó debajo del edredón.

—No tardará mucho —contestó Mike.

—¿Cuánto?

—Poco.

—Quiero quedarme despierta hasta que venga.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque no sé exactamente a qué hora va a volver. Pero cuando te despiertes mañana por la mañana ya estará en la cama, te lo prometo. No puedes hacer mucho ruido porque seguro que mamá estará cansada.

• • •

Ylva se quedó en la cama. No tenía fuerzas para levantarse. Un par de horas antes se había despedido de sus compañeras de trabajo deseándoles un feliz fin de semana y bajó la cuesta en dirección a la parada del autobús. El hombre y la mujer la estaban esperando y se ofrecieron a llevarla. Ylva no había podido negarse. A los vecinos nuevos no se les podía decir que no a algo así.

Todo estaba planeado, incluida la violación. El espacio del sótano en el que se encontraba encerrada había sido reformado especialmente para ella.

Ylva estaba a menos de cien metros de su casa, donde su marido y su hija esperaban su regreso.

Si es que realmente la estaban esperando. Ella había avisado que a lo mejor salía a tomar algo. ¿Se atrevería Mike a llamarla? Seguramente no. Era capaz de cualquier cosa para no mostrarse débil. ¿Cuándo empezaría a preocuparse por su ausencia?

Ylva rodó con dificultad hasta quedarse de lado. Tenía todo el cuerpo entumecido y le costaba moverse. El menor intento le consumía las fuerzas. Se quedó quieta hasta recuperar el aliento.

El televisor estaba encendido.

Fuera estaba oscuro, la luz de la farola se veía como un círculo blanco que ennegrecía la imagen. Era difícil distinguir los contornos de las casas. Ylva vio que aún había luz en el cuarto de Sanna.

¿Cuánto tardaría Mike en llamar a la policía?

¿La habrían liberado antes? No podían retenerla por mucho tiempo.

¿O sí?

La idea era demasiado difícil de asimilar. Estaba claro que lo denunciaría, Ylva iba a denunciarlos a los dos. Le daba igual lo que hubiera pasado veinte años atrás.

¿Acaso no entendían ellos que lo que había ocurrido entonces la perseguía también a ella? No de la misma manera, por supuesto que no. Pero tampoco en menor grado. En cierto modo era casi peor. Ellos no arrastraban la carga, no tenían que pensar en las cosas que podrían haber hecho de otra manera.

No había pasado un solo día en el que Ylva no se hubiese culpado a sí misma. Había pasado por todos los estadios de negación y autodesprecio sin haber llegado a hacer las paces consigo misma. No tenía más remedio que vivir con ello.

Salió de la cama, se acercó a la puerta con piernas temblorosas, apretó la manija y tiró. Estaba cerrada. Había una mirilla; Ylva intentó ver a través de ella pero enseguida se dio cuenta de que estaba instalada para que los de fuera pudieran mirar dentro, observarla a ella.

Le propinó varias patadas a la puerta, pero se hizo daño en los pies y empezó a golpearla con las manos con la esperanza de que algún ruido llegara al otro lado. Hizo una pausa para ver si se oían pasos, pero lo único que rompía el silencio era su propio llanto. Después se puso a golpear histérica al mismo tiempo que gritaba con todas sus fuerzas.

Ylva no sabía cuánto rato había estado, pero ya había perdido la sensibilidad en las manos cuando se volvió de espaldas a la puerta y se dejó caer hasta acurrucarse en el suelo.

Estuvo unos minutos llorando hasta que levantó la mirada y se dio cuenta de que el sótano en el que la habían encerrado estaba decorado como un piso.

Apoyó las manos en el suelo y se levantó con cierta dificultad. Se acercó a la cocinita y abrió la nevera. Estaba vacía, excepto por medio tubo de crema de queso con sabor a gamba.

Enfrente de la cocinita había una puerta. Ylva la abrió. Un cuarto de baño con taza, plato de ducha y lavabo. Sin ventanas, sólo un ventilador en la esquina de arriba.

Ylva cerró la puerta y miró a su alrededor. Las paredes eran muros de hormigón. En total, el espacio no superaba los veinte metros cuadrados,

apenas una pequeña parte del sótano.

Recordó los palés con material de construcción que habían estado esperando frente a la casa a que llegaran los nuevos inquilinos. Los escasos esfuerzos que habían hecho los polacos por responder a las preguntas de los vecinos curiosos.

El sótano. Estaban haciendo algo con el sótano. ¿Un estudio de grabación?

• • •

Como de costumbre, después del cuento, Sanna se había quedado un rato siguiendo con el dedo los motivos del empapelado de la pared. Había vuelto a preguntar cuándo regresaría mamá y Mike casi se había ofendido.

—¿Yo no te sirvo?

Lo había dicho en tono de broma, pero había cierto matiz en sus palabras.

—Mamá volverá pronto, sólo ha salido un rato con sus amigos. Los mayores también tenemos que quedar con nuestros amigos de vez en cuando.

Mike pensó que había sonado artificial, pero Sanna no pareció reaccionar.

Un cuarto de hora más tarde Mike se despertó y constató que su hija ya estaba durmiendo. Esperaba que se hubiese dormido antes que él, pero no estaba en absoluto seguro de que hubiera sido así. Clavó el codo en la cama y se incorporó con cuidado. Los débiles muelles del colchón chirriaron y se tensaron con su peso, pero Sanna continuó durmiendo plácidamente.

Mike dejó abierta la puerta de la habitación. Recordaba la desagradable sensación que sentía de pequeño cuando se despertaba sumido en una oscuridad total sin saber dónde estaba. No quería que Sanna tuviera que pasar por la misma experiencia.

Bajó a la cocina, abrió la nevera y paseó la mirada por su contenido sin encontrar nada apetecible. Saltó a la despensa y sintió una oleada de felicidad al descubrir media bolsa de cacahuets escondida detrás de los cereales. Se dijo a sí mismo que se los merecía por ser un responsable y valiente padre solitario, y luego se sirvió un whisky para acompañarlos.

Mike cargó con las provisiones, se fue al salón, encendió la tele y acabó

ante una película que ya había visto. Era más divertida de lo que recordaba y le pareció entender mejor por qué a su hija le gustaba tanto ver una y otra vez las mismas películas. No estaba nada mal eso de librarse del efecto sorpresa.

Cuando la película terminó hizo *zapping* sin encontrar nada que valiera la pena. En el salón no había cortinas y la luz azul del televisor después de medianoche podía prestarse a confusión. Lo apagó.

Fue a buscar el móvil. No tenía llamadas perdidas ni mensajes de disculpa.

La actitud de Ylva le pareció un poco descuidada. A pesar de eso, no estaba del todo confirmado que fuera a salir con las compañeras del trabajo. Tendría que haber llamado para avisar si cenaba o no en casa.

Al final Mike decidió llamarla por teléfono. Oficialmente, para comprobar que todo iba bien y para decirle que volviera en taxi. Por amor, se dijo a sí mismo, nada más. No la llamaba porque estuviera preocupado lo más mínimo porque Ylva estuviera haciéndole ojitos a alguien ni estuviera haciendo posturitas sexys mordiéndose el labio.

Mike repitió palabra por palabra antes de llamar.

«Sólo estaba un poco preocupado. Creía que llamarías para decir si venías a cenar o no. No, no, ya está durmiendo. Nos lo hemos pasado bien, hemos hecho torres. Por mí no tengas prisa. Me iré a dormir. Intenta no hacer demasiado ruido cuando llegues, así mañana me levanto temprano y voy a comprar panecillos. Pásatelo bien. Y no te olvides de coger un taxi para la vuelta».

Pero en lugar de un montón de tonos que se alargaban hasta que sonara la voz de su mujer en medio de un fondo de música, risas y gritos de alegría, saltó automáticamente el buzón de voz. Una voz mecánica le informó del número al que había llamado y Mike se quedó en blanco.

—Sí, hola, soy yo. Tu marido. Sólo quería saber cómo lo llevas. Supongo que has salido con las del trabajo. Oye, me voy a dormir. Coge un taxi para volver, porfa. He bebido y no puedo ir a recogerte. Sanna está durmiendo. Besos. Adiós.

Colgó y se arrepintió inmediatamente del mensaje que había dejado. Las palabras no fluían con naturalidad y «tu marido» sonó inseguro y autoritario, como un no-hagas-ninguna-tontería.

Se quedó mirando la pantalla del móvil. La imagen de fondo eran Sanan e Ylva en el pantalán de Hamnplan, acabadas de salir del agua, sonriendo felices a la cámara y con la costa danesa en el horizonte.

«Sí, hola, soy yo. Tu marido...»

## 11

YLVA respiraba de forma entrecortada mientras intentaba pensar con claridad. El coche entró en el garaje y la bajaron por la escalera, que daba un giro de noventa grados a la derecha, en sentido oeste, hacia el agua. Cruzaron un pasillo de unos dos o tres metros de largo y luego abrieron dos puertas antes de llegar al espacio en el que ahora se encontraba.

Lo comparó con el recuerdo que tenía de la casa. Nunca había entrado allí, sólo la había visto desde fuera, pero sabía que la base era prácticamente cuadrada.

Ylva dedujo enseguida que habían mandado construir aquella habitación en el centro del sótano, lo más lejos posible de las paredes exteriores de la casa. Los bloques de hormigón que la separaban del resto del sótano tenían más de diez centímetros de grosor y detrás de ellos podrían haber hecho un segundo aislamiento.

Habían construido un estudio de grabación, una sala insonorizada en la que podían hacer todo el ruido que quisieran sin que se oyera nada desde fuera. La conclusión era desalentadora: no importaba cuánto gritara, nadie la oiría jamás.

Pero la habitación no podía estar completamente sellada. Tenía que haber una entrada de aire y algún tipo de ventilación. Cierto que el oxígeno podía penetrar por los resquicios de puertas y a través de alguna junta, pero la salida de aire tendría que ser más grande.

Dio una vuelta rápida por el pisito, abrió las puertas de los armarios, inspeccionó las paredes y el techo, se sentó de rodillas y miró debajo de la cama.

Había un ventilador en el baño y otro en la esquina del dormitorio. Ylva cogió la silla que estaba junto a la cama y la colocó debajo del ventilador. Se subió, pegó la boca en la abertura y gritó pidiendo auxilio. Empezó a dolerle el cuello por la postura y le costaba mantener el equilibrio. En un par de ocasiones estuvo a punto de caerse de la silla, pero logró salvarse flexionando las rodillas. Se desgañitó pidiendo ayuda, desesperada y presa del pánico.

Cuando por fin se rindió, las lágrimas le corrían por las mejillas, se bajó de la silla y se acurrucó en la cama sin saber cuánto tiempo había pasado. Miró la imagen de la pantalla. El círculo blanco de la farola se había agrandado y su propia casa estaba sumida en la oscuridad. Era de noche.

Ylva se preguntó si Mike la habría llamado. No estaba segura. A lo mejor tenía ganas de hacerlo pero no se había atrevido. Mike tenía miedo de que ella se enfadara, que sintiera que la estaba persiguiendo y limitando. ¿Cuántas veces había aguantado la respiración para controlarse cuando había notado que él la había estado tanteando? Siempre lisonjeándola y siendo servicial, pero también temeroso y vigilante.

Y aunque Ylva no se lo hubiese dicho abiertamente, la respuesta estaba más que clara.

—No puedes encerrarme, Mike. No puedes.

• • •

Mike se quedó dormido, pero al cabo de un rato se despertó. Comprobó que Ylva todavía no había vuelto a casa, fue al baño y se metió de nuevo en la cama. Ni siquiera había encendido la luz del lavabo y se había sentado para orinar, todo para aumentar las probabilidades de dormirse enseguida, pero en cuanto terminó de ponerse el edredón encima se dio cuenta de que estaba completamente despejado. El vino tinto tenía ese efecto sobre él. Primero le entraba la modorra, después se despertaba con el corazón palpitando como el de un hámster. El cerebro no tardó en coger el ritmo y empezó a dar los mismos bandazos de montaña rusa. Las conexiones que hacía eran todas de lo más negativas y oscuras.

Ylva en ese mismo instante. Se la imaginaba delante, dejándose caer de

espaldas sobre una cama en algún lugar, seguida de cerca de un amante ambicioso que la besaba apasionado en la boca y luego seguía bajando por su cuello. Le abría la blusa de un tirón, de forma exagerada y casi parodiando una película, pero para los dos actores la escena era de lo más verídica.

Las manos fervorosas del amante acariciándole la vulva, la respiración excitada de Ylva y su jadeo ahogado cuando él la penetraba.

Mike abrió los ojos para cambiar las imágenes de su cabeza por lo que la visión le ofrecía: la ventana, el despertador, la silla cubierta de ropa, el vestidor y el espejo. Todo cuanto existía en el mundo real.

Encendió la lamparita de noche, dejó que sus ojos se acostumbraran a la luz. Las 02:31. No era exageradamente tarde.

Ylva había salido con sus compañeras de trabajo. Estarían tomando vino y hablando un poco forzadas de asuntos relacionados con el trabajo, jefes autosuficientes e incomprensivos, ascensos y descuidos. O se centraban en sus propios hombres. Las cosas buenas y las cosas malas que tenían. Las que arrastraran los mayores problemas obtendrían comprensión y consuelo y, cuando hubiesen zanjado el tema, brindarían y se pondrían a hacer rotundas afirmaciones.

«Estoy segura de que...»

Y lo que fuera que viniera después de ese principio de frase.

No, eran los hombres los que estaban realmente seguros. Hombres sin voz. Hombres entre cerveza barata de barril en un bar cualquiera. Probablemente, el equivalente femenino diría: «A ver, yo lo que veo...»

Ylva y sus compañeras de trabajo pronto regresarían a sus respectivas vidas, de mejor humor que al principio de la noche después de haberse desahogado.

Mike se preguntó si él también saldría mencionado en las conversaciones en concepto de jefe de equipo. ¿Qué diría el personal sobre él? ¿Que era un blando? Seguramente no, no en el trabajo. ¿Poco claro? No. ¿Cuáles podían ser sus aspectos negativos? Que era frío como un robot. Los peores lo llamarían psicópata y con eso querrían decir que no tenía miramientos. Lo cual no era cierto, se dijo, porque un psicópata era más bien sensible a las señales del entorno y procuraba actuar en consecuencia. A pesar de que al final las pasara por alto y estuviera dispuesto a dejar un rastro de cadáveres

para ver cumplidos sus objetivos.

Mike apartó la idea de su mente y se sintió casi conmovido por el interés que se imaginaba que sus subordinados mostraban por él.

Se quedó dormido abrazado a la agradable idea de que cobraba casi cuatro veces más que Ylva y que el estilo de vida que llevaban no sería posible sin su sueldo.

## 12

«LA Pandilla de los Cuatro», pensó Calle Collin y soltó un suspiro.

Jörgen Petersson tenía demasiado dinero, eso estaba claro. Demasiado dinero, demasiado tiempo y demasiado poco que hacer. ¿Era Ylva el equivalente a la vieja viuda de Mao? ¿Era así como la veía?

Calle estaba irritado. ¿Por qué todos los chalados venían a él? Tenía un radar para los tarados. ¿Acaso irradiaba tolerancia? ¿Era demasiado bueno? ¿Pensaban que por su condición de homosexual conocía el dolor de la marginación y por ello recibía al mundo con los brazos abiertos?

Probablemente ocurría esto último. Los buenos prejuicios eran igual de difíciles de combatir que los malos. Jörgen lo había llamado marica bonachón. Calle le había preguntado si eso lo convertía a él en una mariliendre.

La Pandilla de los Cuatro. Menuda chorrada.

¿Qué coño tenía Jörgen en la cabeza?

Calle se quedó en la cama. Le dolía la cabeza y se sentía demasiado cansado para masturbarse. Pero al mismo tiempo estaba inquieto por el alcohol que estaba saliendo de su cuerpo. Se tensó la piel de todos modos. Para reducir la angustia de la resaca y para cambiar de humor. Se corrió sobre la barriga y se levantó de la cama recogiendo el esperma con la mano para no mojar el suelo. Se metió en el cuarto de baño, se secó, hizo pis y volvió a meterse en la cama.

La Pandilla de los Cuatro. Como si fueran una entidad, una panda de pastores de la Iglesia independiente que llevaban cogulla, con don de lenguas y que hacían intercambios de sangre.

Tampoco era eso. A mitad de noveno curso el grupo se disolvió y crearon nuevas constelaciones.

Qué típico de Jörgen ponerles nombre. La Pandilla de los Cuatro.

Dramatizaba el mundo como un crío. Aunque quizá ése era el secreto de sus éxitos: no se dejaba cegar por los detalles, seguía viendo el bosque a pesar de todos los árboles.

Ésa fue la última idea que pasó por la cabeza de Calle antes de quedarse plácidamente dormido otra vez.

## 13

—¿DÓNDE está mamá?

Mike abrió los ojos y parpadeó para volver en sí. Sanna estaba en pijama junto a la cama. Mike se volvió y vio que el lado de Ylva estaba intacto. Allí no había dormido nadie.

—No lo sé, cariño. ¿Qué hora es?

Estiró el brazo para coger el despertador.

—Las ocho y cero siete —leyó Sanna subiéndose a la cama de un salto—. ¿Mamá no ha vuelto a casa?

—No lo sé, parece que no. Se habrá quedado a dormir en casa de alguna amiga. A lo mejor se le hizo tarde y no pudo conseguir un taxi.

—¿No la vas a llamar?

—Ahora mismo no creo. Si se le hizo tarde lo más probable es que esté durmiendo.

—¿Y si no está durmiendo?

Era justo lo que Mike estaba tratando de no pensar, pero su cerebro no le hacía caso y de pronto vio la imagen de Ylva, vestida con la ropa de fiesta de la noche anterior, caminando desde la parada del autobús con los zapatos de tacón en la mano. Se quedaba de pie en el umbral de la puerta, dejaba caer avergonzada la mirada un segundo y luego reunía valor para decirle: «Mike, tenemos que hablar».

Exactamente así, a pesar de que ni se había puesto ropa de fiesta ni zapatos de tacón.

Mike se incorporó.

—Seguro que está durmiendo. ¿Tienes hambre?

Sanna asintió de forma exagerada al mismo tiempo que bajaba de la cama de un brinco.

—¡Smacks!

—Vale, Smacks. Pero tienes que comerte una tostada también.

Mike encendió la cafetera y salió a buscar el periódico, actuando tal y como cabe esperar de un hombre que no está al borde del ataque de histeria por miedo a que su mujer lo quiera abandonar. La llamó varias veces al móvil. Tenía el teléfono apagado y el buzón de voz saltaba automáticamente. Mike dejó varios mensajes.

—¿Dónde estás? Estoy empezando a preocuparme. Sanna también. Llama, por favor.

La segunda vez:

—¿Cómo coño puedes apagar el teléfono? Vaya cagada. Y me importa una mierda dónde estés.

Ni preparando el desayuno, ni leyendo artículos de una revista, ni echando un vistazo rápido a los titulares de la prensa *on-line* consiguió acelerar el reloj para que dieran las nueve, hora a la que podía hacer llamadas normales a personas ajenas sin parecer desesperado. Hacerlo a las nueve en punto era desafiar el destino y Mike decidió terminar de leer una crónica con la que no había podido lidiar en un primer intento.

Casi había terminado cuando Sanna le pidió ayuda para encontrar una película extraviada. A las nueve y once minutos la habían localizado y ya estaba en pantalla, así que Mike se metió en la cocina y llamó a Nour.

Nour era la compañera de trabajo con la que Ylva tenía más amistad. Mike sólo la había visto una vez, pero enseguida le había cogido cariño. Tenía ojos rápidos y una sonrisa sincera.

—¿No ha vuelto a casa? —preguntó Nour.

—Me dijo que iba a salir con vosotras —respondió Mike.

Nour tardó un momento en contestar, como si estuviera pensando en lo que iba a decir, y comprendió que no podía mentir.

—A nosotras nos dijo que se iba a casa —añadió al final—. ¿La has llamado al móvil?

—Lo tiene apagado.

Nour percibió la sospecha en la voz de Mike.

—O sea, no tengo ni idea de dónde está —dijo ella cambiando de línea—. No le habrá pasado nada, ¿verdad? ¿Has llamado al hospital?

—Me habrían llamado ellos, supongo.

Nour estaba de acuerdo.

—Pero, a ver, entonces ¿dijo que se iba a casa?

En cuanto terminó de decirlo se arrepintió del «a ver». Sonaba formal y acusador.

—Sí.

—¿Comentó cómo iba a volver?

—En autobús, me imagino. Nos despedimos en la calle, ella empezó a bajar por la cuesta.

—¿Sola?

—Sí. Insistimos en que viniera con nosotras, pero dijo que quería irse a casa.

—Vale, muchas gracias, Nour.

—Dile que me llame cuando aparezca —le pidió ella—. Para saber que está bien.

—Claro —respondió Mike—. Nos vemos. Adiós.

• • •

Ylva vio en la pantalla que Mike salía a buscar la prensa. Vio a su propio esposo salir en bata y recoger el periódico en el buzón como si no hubiese pasado nada.

¿Qué estaría pensando? ¿Que se había liado con alguien o quizá que estaba durmiendo la mona en el sofá de una amiga?

Con toda seguridad había llamado a alguien para preguntar.

Vio un movimiento en la ventana del salón. Mike estaba entrando por la puerta de la casa, así que debía de ser Sanna. La hija de Ylva estaba a un tiro de piedra y ella no podía alcanzarla.

Ylva se incorporó como pudo. Le dolía el cuerpo y olía mal. Se había orinado en la cama después de la violación, se había quedado quieta dejando que saliera todo. No se había duchado, se negaba a hacerlo; no quería contar

con la posibilidad de utilizar nada de lo que hubiese en la cárcel en la que la habían metido. Eso sería aceptar la situación, doblegarse. Además, quería que la examinara un médico para que la violación quedara bien documentada.

Se acercó a la puerta, cerró los puños, golpeó y gritó.

El ruido que hacía quedaba amortiguado, como si la puerta estuviera forrada por fuera. «Aun así, al otro lado se tiene que oír», pensó.

Una arma. Tenía que hacerse con una arma.

Ylva hurgó en los cajones de la cocinita. Cubiertos de plástico, pala para la mantequilla, pala de queso, tabla de cortar, un rollo de bolsas de basura. Ni cuchillos ni cubiertos de metal, ni siquiera un abrelatas. El armario encima del fregadero estaba vacío excepto por un paquete abierto de pan duro y una torre de vasos de plástico.

Buscó también por el cuarto de baño y encontró toallas, jabón y champú, detergente, un cepillo para el pelo, lubricante y una lima blanda. Nada que pudiera servir. Salió del baño y miró a su alrededor.

La silla.

Si conseguía romperla, una de las patas podría servirle de arma. Podría usarla como porra cuando entraran a verla.

Agarró la silla por el respaldo y la embistió contra la pared. Repitió el procedimiento hasta que logró partir una de las patas; después la terminó de separar a patadas.

Cogió la pata, se sentó en la cama y contempló el palo de madera. El extremo que se había partido era delgado y puntiagudo.

Un arma.

• • •

Mike quería llamar a su madre. Quería llamarla para que se lo explicara de forma que pudiera entenderlo. Él intentaba ser un buen marido, se esforzaba cada día, apenas pensaba en otra cosa. ¿Podía ser ése el problema? ¿La voluntad exagerada de satisfacer a su mujer?

Mike opinaba que lo ocultaba bastante bien.

¿Era un hombre aburrido? Quizá sí, seguro que sí. Pero al mismo tiempo

se lo pasaban bien juntos, se les ocurrían cosas.

¿Por qué, entonces, Ylva le hacía eso? ¿Por qué lo trataba de esa manera? Porque no le había pasado nada, ¿verdad? Podía llamar al hospital, claro que sí, para comprobarlo. Por seguridad. Sólo para poder descartarlo.

Fue al salón, miró a su hija. Sanna estaba absorta en lo que pasaba en la pantalla. Dibujos animados, violentos, acelerados, con voces exhaustas.

Volvió a la cocina y cerró con cuidado la puerta. Llamó al número de información telefónica y pidió que le pusieran en contacto con el hospital. La mujer que lo atendió le pasó con urgencias, donde, después de que expusiera un poco ruborizado su consulta, le aseguraron que no había entrado ninguna paciente de nombre Ylva Zetterberg. Más aún, ninguna mujer de su edad.

La mujer con la que Mike hablaba se percató de su nerviosismo.

—Verás como pronto vuelve a casa —le dijo para darle ánimos—. Seguro que hay una explicación lógica. Apuesto a que está de resaca en casa de alguna amiga.

—Seguramente.

—Al menos no ha sufrido ningún accidente —dijo la enfermera—. Nos habríamos enterado.

—Gracias, muchas gracias.

—No hay de qué. Que tengas un buen día.

Mike marcó el número de Nour. Por lo visto, no le había costado dormirse otra vez después de la primera llamada.

—Soy yo otra vez. Perdona que te moleste.

—No te preocupes —dijo Nour, adormecida—. ¿Ha vuelto ya?

—He llamado al hospital. No está allí.

—Qué bien.

—Sí, claro, pero casi que me estoy empezando a preocupar. ¿Tú no sabes si pudo haber salido con otra gente?

La pausa duró una milésima de más.

—Dijo que se iba a casa.

—Nour, disculpa que sea tan directo, pero seguro que sabes que el año pasado pasamos una mala racha.

—Dijo que se iba a casa —repitió Nour.

—Pero no vino, así que a casa es evidente que no fue.

—No.

—¿No qué? —dijo Mike.

—Que a casa no pudo haber ido —aclaró Nour.

—¿Sabes dónde está? —preguntó Mike—. No hace falta que me digas nada, pero si lo sabes, ¿puedo pedirte que la llames y le digas que se ponga en contacto conmigo? Basta con que me dé un toque, sólo para saber que está bien.

—A ver, dijo que se iba a casa.

—Vale, vale.

—Lo juro —añadió Nour—. No sé nada más. ¿Qué hora es?

—Casi las diez.

—Aún es pronto. Volverá a casa. A lo mejor se cruzó con alguna vieja amiga y se les hizo tarde y se quedó a dormir en el sofá, ya sabes cómo van esas cosas. Seguro que hay una explicación lógica.

—Sí —dijo Mike.

—No puede haberle pasado nada.

—No.

—Porque entonces estaría en el hospital —continuó Nour.

—Sí.

—Dentro de una hora estará en casa, te lo prometo.

Mike no dijo nada. Nour se preguntó si estaba llorando.

—Oye... —empezó con voz amable.

—No tengo fuerzas para esto —dijo él—. No tengo fuerzas.

—Mike, escúchame. No te imagines lo peor, no hay motivo para ello. Lo más probable es que se le hiciera tarde y que no quisiera despertarte, y después se quedó dormida y ahora sigue durmiendo... ¿No te ha mandado ningún mensaje?

—No.

La voz de Mike era tan frágil que Nour apenas la oyó.

—Tiene el teléfono apagado —añadió con voz hiposa.

—Puede que se le haya acabado la batería —dijo Nour—. Seguro que hay mil explicaciones. Puedo hacer una ronda de llamadas para ver. ¿Quieres que lo haga?

—Sería genial.

—Vale, pues hacemos eso. Pero independientemente de la excusa que tenga, tiene que llamarte. Está mal, muy mal. Y tú no tienes por qué sentirte estúpido, ¿me oyes? Es ella la que la ha cagado, no tú. ¿Vale?

# 14

## Inanición

A las mujeres especialmente peleonas se les hace pasar hambre. La falta de comida reduce de forma drástica la capacidad de resistencia. Al final la mujer no tiene fuerzas para luchar, independientemente de los abusos a los que la sometían.

YLVA estaba sentada en la cama con la mirada clavada en la pantalla. Holst pasó con su viejo y cuidado Volvo familiar. Comprarse un coche cada veinte años y conducirlo hasta que se convertía en chatarra daba estatus. Era un indicativo de seguridad y dinero acumulado, una notable falta de interés por la estética.

Dos colegialas, un par de años mayores que Sanna, pasaron en bicicleta por el centro de la calzada. Iban de pie sobre los pedales, descansaban unos segundos y luego seguían pedaleando.

Gunnarsson apareció a paso ligero y decidido mientras llevaba su perro blanco de paseo con la correa.

El barrio estaba volviendo a la vida. Todo estaba como siempre. No se veía ninguna actividad ni dentro ni delante de la casa de Ylva.

Ylva miraba hechizada la pantalla, la única ventana que tenía al mundo exterior.

La cámara estaba colocada en el piso superior de la casa y hacía un ligero picado de la casa de Ylva y Mike. En la imagen también se podía ver parte del terreno comunitario, la parcela de césped entre las calles Gröntevägen y Sundsliden donde los niños jugaban a fútbol y a béisbol, así como un trozo de

la calle Bäckavägen.

Pasaban largos ratos sin que ocurriera nada. Las ramas de los árboles se mecían con el viento, nada más. Empezó a pasar algún que otro coche o alguien haciendo deporte. Más coches, seguramente de camino al supermercado para completar las provisiones de desayuno para el fin de semana. Panecillos tiernos, zumo tropical, más queso.

Ylva se sentía mareada. No había comido nada desde el almuerzo del día anterior y apenas había tomado una gota de agua.

Con la pata puntiaguda de la silla en la mano se metió en la cocinita y bebió directamente del grifo. Tuvo que hacer pausas para respirar entre trago y trago. Sacó el pan duro y la crema de queso de gambas, fue generosa untando las tostadas y se las comió de pie apoyada en el fregadero.

La energía del alimento fue rápidamente absorbida por su cuerpo. Lo borroso de su mirada desapareció y trató de convencerse a sí misma de la importancia de pensar con claridad. No sentir, pensar.

La idea creció y le produjo una desagradable sensación de malestar. Tenía que hablar con ellos, aclarar las cosas, hacerlos entrar en razón. ¿No habían logrado ya lo que pretendían con la violación? Ojo por ojo, diente por diente. ¿Por qué seguía entonces encerrada en el sótano?

El sótano... Habían comprado una casa y habían insonorizado el sótano. Habían instalado una cocinita y un cuarto de baño. Un nidito dentro del nido.

No era una maniobra impulsiva, sino un plan costoso y planeado a conciencia.

Querían tenerla encerrada.

• • •

Nour soltó un suspiro. ¿Qué tenía ella que ver con todo aquello? Nada en absoluto.

Era culpa de Ylva. La muy calentorra debería morir de vergüenza.

Y el otro llorica que no se enteraba de nada. ¿No se daba cuenta de que se estaba poniendo en ridículo él solo?

¿Por qué diantre se había ofrecido Nour a hacer una ronda de llamadas?

¿A quién iba a llamar? ¿Y de qué iba a servir?

«—Hola, soy Nour. ¿Está Ylva por ahí?

—No, ¿tiene que estar aquí?

—Ha llamado Mike. Por lo visto ayer no volvió a casa.

—Vaya, vaya.

—O sea, que no sabes nada.

—No».

Todo el mundo se apuntaría al espectáculo y haría correr la voz.

«Por lo visto ayer Ylva no fue a casa. No, no. A saber dónde se ha metido. Je, je».

Nour estaba entre la espada y la pared. No podía hacer nada. Dijera lo que dijese, sería peor el remedio que la enfermedad y Mike sería el más perjudicado.

Además, Ylva estaría pronto en casa, muerta de vergüenza y haciendo promesas vacías.

«Nunca más. Lo juro».

Nour se sentó en la cama, se inclinó hacia atrás y miró al techo.

—Ylva, Ylva, Ylva... —dijo en voz alta para sí.

La mayoría de las mujeres guapas rehusaban la atención exagerada, al menos la de hombres que estuvieran por debajo de ellas en la escala social, sexual y económica. Ylva nunca tenía suficiente. Bastaba con que hubiera un solo hombre en la sala para que buscara su atención con una miradita. Que el resto de las mujeres no soportaran esa actitud le importaba más bien poco.

Normalmente, el interés por los tíos que le tiraban los tejos era fingido. Y habitualmente tampoco pasaba del coqueteo o de algunos manoseos. El único hombre que Nour sabía con seguridad que Ylva había tenido como amante era Bill Åkerman.

Nour sólo lo conocía de pasada, pero sabía que él había derrochado todo el dinero que su madre había invertido en sus múltiples y estúpidos proyectos. Cuando su madre murió, y para sorpresa de todo el mundo, Bill logró hacer funcionar un restaurante de cierta categoría.

Nour estaba segura de que Ylva estaba con él.

## 15

**M**IKE recogió las cosas del desayuno y se metió en la ducha. Cerró los ojos y dejó que los chorros de agua caliente le enjuagaran la cara. El ruido de la ducha lo aislaba del resto mundo y eso le hizo ver que no podía seguir viviendo así.

Quería el divorcio, se imaginó a sí mismo cerrando el trato con fría generosidad para no arriesgarse a tener problemas con los servicios sociales. Se buscaría un piso de dos habitaciones más al norte, con balcón y la buena vida a sus pies. ¿Semana sí, semana no? Eso también tenía sus ventajas.

Se imaginó un estilo de vida nuevo y mejor. Elegiría las amistades, dejaría de quedarse sentado sonriendo y diciendo que sí con la cabeza.

¿Citas por internet? El mar estaba lleno de peces.

Un ruido fuera del cuarto de baño le hizo cerrar el grifo de golpe. Salió de la ducha y abrió la puerta.

—¿Hola? —gritó.

Sin respuesta.

—¿Ylva?

Sólo el sonido lejano de los dibujitos de Sanna.

—¡Sanna!

—¿Qué pasa?

—¿Ha venido alguien?

—¿Qué?

—¿Ha llegado mamá?

Mike gritaba con fuerza.

—No.

—Me ha parecido que llegaba alguien.

—No.

—Vale.

Mike se secó y se vistió, bajó al salón a ver a Sanna. La estuvo observando hasta que la niña apartó los ojos de la tele y se lo quedó mirando de forma interrogante.

—Estaba pensando que podríamos pasarnos por Väla —dijo Mike con dinamismo.

El centro comercial era su peor pesadilla, en especial un sábado por la mañana, pero no se veía capaz de quedarse en casa dando vueltas esperando la llegada de la reina.

—¿Ahora?

—Sí, antes de que se llene de gente.

—¿No podemos esperar a que venga mamá?

—No, nos vamos ahora.

Cogió el mando de la tele, que estaba sobre la mesa.

—Ve a ponerte algo de ropa.

—Pero para la película, quiero terminar de verla cuando volvamos.

Sanna bajó de un brinco del sofá y fue corriendo a su cuarto. Mike puso el teletexto y leyó los titulares. Nada de interés, constató, y apagó el televisor.

Fue a la cocina, cogió un trozo de papel, escribió LLAMA y lo dejó bien a la vista en el centro de la mesa.

• • •

Mike y Sanna salieron de la casa.

Ylva estaba sentada en la cama sin apartar los ojos de la pantalla. Vio a su marido y a su hija meterse en el coche y marcharse.

No veía todos los detalles, pero los movimientos de su familia eran los de siempre, y el cerebro no tuvo dificultades para completar lo que sus ojos no habían captado. Eran movimientos normales, efectuados millones de veces y sin dramatismo: la puerta se abrió. Sanna corrió hacia el coche. Se puso en la puerta del acompañante para ver cumplida la promesa de que podía ir delante.

Mike cerró la casa, apagó la alarma del coche con el mando. Se subieron al vehículo, Mike ayudó a su hija con el cinturón. Cerró la puerta del conductor. Las luces rojas de atrás se encendieron. El coche dio marcha atrás, se detuvo un instante y después arrancó. Giró a la izquierda en la calle Bäckavägen y después a la izquierda otra vez y empezó a subir por la calle Sundsliden.

Ylva sabía que no serviría de nada, pero empezó a chillar desesperada cuando vio el techo del coche pasando por delante de la pantalla.

Abandonaban la casa... ¿Qué significaba aquello? ¿Con quién se había puesto Mike en contacto? ¿Qué creería que había pasado?

Era bastante fácil suponer lo que estaría pasando por su cabeza. A lo mejor no soportaba quedarse esperando. O quizá estaba llevando a Sanna a casa de su abuela en una acción preventiva. Para que no tuviera que estar presente en el numerito que Mike se creía a punto de montar.

¿Por qué no llamaba a la policía? ¿O ya había llamado y le habían dicho que tenía que esperar?

«Seguro que vuelve a casa, ya verás».

Tras lo cual, el agente de guardia con el que hubiese hablado habría colgado el teléfono poniendo los ojos en blanco antes de servirse otra taza de café.

Sanna había dado sus clásicos pasos saltarines. No sospechaba nada.

Mike era más difícil de leer. El miedo a perder el control era el rasgo más característico de su personalidad, a pesar de que en el fondo era un llorón. Mike estaba más preso en su rol de género de lo que Ylva había estado nunca del suyo.

Por lo menos habría llamado al hospital, ¿no? Es lo que ella habría hecho. Por lo menos por razones tácticas, para utilizarlo después como reproche.

«¡Incluso he llamado al hospital, ¿te das cuenta?!».

El doble martirio. Considerado y traicionado.

• • •

—¿Por qué estás mirando el móvil todo el rato?

Sanna miró acusadora a su padre.

—No lo hago.

Ella sonrió ruborizada.

—Todo el rato.

—Sólo lo miro para ver si ha llamado mamá.

—¿Dónde está?

—No estoy seguro.

—¿No sabes dónde está?

A Sanna le costaba entender y Mike notó lágrimas en los ojos.

—Sé que ha salido con unas amigas, o que salió. Salieron ayer. Seguramente se les hizo tarde y se quedó a dormir en casa de alguien.

—¿No te ha llamado?

—¡Mira! —dijo Mike señalando a la derecha.

Sanna volvió la cabeza y Mike se apresuró a secarse los ojos.

—¿Qué? —preguntó Sanna.

—El pájaro. Había un pájaro enorme.

—¿Dónde?

—Bah, se ha ido volando.

—No he visto ningún pájaro.

—¿No? Uno grande, puede que fuera una águila. ¿Alguna vez has visto una águila? Parecen una puerta volando. Mamá volverá enseguida. Nos estará esperando cuando volvamos de Väla.

—Igualmente creo que hay que llamar.

## 16

«**N**O puedo decir que lo lamente».

A Calle Collin las palabras de Jörgen se le habían quedado grabadas en la memoria. Lo peor era que le salieron de forma espontánea. Jörgen no lo había dicho para ser malvado, sino que era una reacción natural a la información que le había dado acerca de que Anders Egerbladh había sido asesinado.

Calle se conectó a internet y buscó al asesino del martillo. Después de media hora navegando había conseguido la información básica. Anders Egerbladh, que en todos los artículos era mencionado como un hombre de treinta y seis años, había sido hallado muerto en Sista Styverns Trappa, en una escalera exterior de madera que subía desde la calle Fjällgatan hasta Stigbergsgatan. El arma homicida, un martillo, seguía en la escena del crimen, pero no tenía ninguna huella.

El asesinato era descrito como bestial. La violencia daba fe de un odio exacerbado hacia la víctima, y la policía trabajaba sobre la hipótesis de que el homicida y la víctima se conocían. En la escena del crimen había también un ramo de flores con las huellas de la víctima, lo cual hacía suponer que el hombre de treinta y seis años iba de camino a casa de una mujer. Sobrentendido: una mujer casada.

Los mejores artículos estaban redactados por un reportero especialista en temas criminales del mismo semanario en el que Calle Collin había malgastado seis meses de su vida laboral. Tuvo la sensación de que el reportero sabía más de lo que daba a entender en sus textos. Calle no lo conocía en persona, pero sí a uno de los jefes de la redacción. Si respondía, quizá Calle podría intercambiar unas palabras con el reportero.

Calle había cubierto una sustitución en el suplemento femenino, donde todos los artículos partían del primer mandamiento del feminismo de McCarthy: no existe diferencia alguna entre hombres y mujeres, excepto que los hombres son malos por naturaleza, y las mujeres, buenas.

Los títulos y enlaces eran dados de antemano y la labor de redacción consistía en reunir argumentos a favor de las afirmaciones que se hacían y eliminar las salvedades que sostenían lo contrario. Los cronistas del suplemento tenían suma facilidad para deshonar con máxima ligereza a cualquier persona que osara cuestionar los abusos que se cometían en nombre de la lucha.

Que muchos de los que eran ridiculizados y perseguidos en vida fueran modelos ejemplares de igualdad resultaba irrelevante a partir del momento en que elaboraran una frase subordinada manifestando un posicionamiento incorrecto.

En conjunto, todo aquello terminaba por impregnar con un aire de burla un tema realmente importante, y los seis meses en la redacción habían conseguido despertar en Calle Collin un recelo eterno ante el debate público. Lo único positivo de aquel medio año en el periódico fue la oportunidad de conocer a una de sus jefas, una mujer de gran corazón. Cuando al cabo de seis meses Calle tuvo suficiente, ella le preguntó si prefería bajar al departamento de noticias.

—Si de verdad estuviera interesado en las noticias habría buscado trabajo en un periódico de noticias —le había respondido Calle.

Sus palabras fueron citadas con diligencia durante un largo período en la redacción. La mayoría se reía con el comentario, incluso compartían la idea, pero el temeroso jefe de cultura se había puesto como una mona y había jurado que mientras él estuviera allí haría lo imposible para evitar que Calle volviera a poner un pie en la redacción.

Calle levantó el auricular del teléfono y llamó a la inteligente mujer de gran corazón.

CUANTO más feo era un lugar, más gente se apelotonaba en él. Los parques naturales estaban vacíos, mientras todos y cada uno de los despreciables centros comerciales del país estaban a reventar de gente sin gusto, con la mirada vacía y la cartera llena.

Y en ningún sitio eran tantos ni tan repugnantes como en el Våla Centrum. Aun así, Mike pasaba por allí una vez a la semana. Por la practicidad del asunto. Porque había de todo, sin olvidar el aparcamiento gratis. Sólo había que llenar el coche y largarse a casa.

Ylva podía pasearse alegremente por las mismas tiendas que la semana anterior y con ojo entrenado descubrir productos nuevos entre la enorme oferta, mientras Mike corría por los pasillos de las instalaciones, muerto de miedo de que aquella mierda lo acabara atrapando.

Sanna se encontraba en un punto medio entre sus padres. La tienda de animales era una atracción muy interesante, igual que la parada de helados y todas las personas allí presentes. Había ajeteo, ruido y nuevas impresiones. Para muchos aquello era el punto álgido de la semana.

Ylva solía exponer sus tesoros comprados sobre la cama cuando llegaba a casa, como si fueran presas o trofeos. Para hacerse una idea general de su habilidad. Le explicaba a Sanna lo que había comprado, por qué lo había comprado y cómo se podían combinar las nuevas prendas con otras que ya tenía.

Mike se preguntaba si era una especie de escuela, si era así como se creaban nuevos patrones de consumo.

Fuera como fuese, él no podía pasearse tranquilo por allí dentro como si

nada.

—Qué dices, cariño, ¿McDonald's y para casa?

—Pero si acabamos de llegar.

—¿No tienes hambre?

—No.

—Vale, nos damos una vuelta por las tiendas y después comemos algo, ¿te parece?

Ylva todavía no había llamado y Mike sentía que la rabia casi había empezado a tener la compañía de un débil sentimiento de preocupación.

La idea de que había podido pasar algo, una razón legítima para no dar señales de vida, era casi reconfortante. Era más fácil estar preocupado que asustado.

Pero en realidad era miedo lo que sentía, miedo de ser facturado y apartado del caso.

Como consuelo o, Dios lo librara, para pasar el luto, Mike por lo menos tenía un objetivo que cumplir.

• • •

Sanna masticaba despacio mientras observaba con ojos curiosos el mundo que la rodeaba, en este caso, familias con sobrepeso, mesas sucias y personal estresado.

Mike había terminado de comer y movía impaciente el pie debajo de la mesa.

—¿Está rico?

Le sonrió a su hija e hizo todo lo que pudo por ocultar que estaba dispuesto a dar gran parte de su sueldo a cambio de poder dejar inmediatamente el local. McDonald's era la última parada. Pasaron por la tienda de animales, vieron películas en DVD en la librería y buscaron joyas baratas en una tienda de bisutería.

Sanna asintió y mordió un trozo de patata frita. La cosa iba para largo. Mike había acabado su menú antes de que su hija hubiese terminado de quitarle el pepino a la hamburguesa.

—Concéntrate en la hamburguesa y a lo mejor podemos llevarnos las patatas —dijo esbozando una sonrisa forzada.

—¿Tenemos prisa?

—¿Eh? Ah, no. No tenemos prisa.

Sanna mordisqueaba pensativa una patata frita mientras dos niños de preescolar se peleaban por el juguete que les había salido en los Happy Meal.

Mike comprendió que, por lo menos, le quedaba media hora de sufrimiento por delante.

Sacó el móvil del bolsillo interior, miró la pantalla para asegurarse de que no se le había escapado ninguna llamada y llamó de nuevo a Ylva. El buzón de voz saltó otra vez y cortó la llamada sin dejar ningún mensaje. Llamó a casa y dejó que sonara media docena de veces antes de rendirse.

Miró a su hija y levantó el teléfono con la obviedad excesiva que caracteriza a los padres.

—Tengo que hacer una llamada —dijo—. Estaré fuera, pero te veré todo el rato. ¿Vale?

—¿No puedes llamar desde aquí? —preguntó Sanna.

—Tengo que hablar con una persona.

—Pero si acabas de llamar.

—Es otra llamada. No quiero que haya tanto jaleo de fondo. Tú quédate aquí, estoy justo ahí fuera.

Se alejó un poco, saludó a su hija con la mano y llamó a Nour.

—Hola, soy Mike.

—Hola, hola, ¿ya ha aparecido?

—No, no ha aparecido. Eso creo, vaya. Estoy en Väla con Sanna, pero le he dejado una nota pidiéndole que me llame. Y no lo ha hecho. Y en casa no coge el teléfono nadie, ni tampoco cuando la llamo al móvil. ¿A ti cómo te va?

—Pues yo... Aún no tengo nada, pero sigo intentándolo. Te llamo en cuanto sepa algo.

—Vale, gracias. Y oye, Nour...

—¿Sí?

—Si se da el caso de que ella..., ya sabes, si ha hecho alguna estupidez o así, quiero que me llame igualmente. Empiezo a estar preocupado.

• • •

Nour telefoneó al restaurante de quien un día fue amante de Ylva. Era poco más de la una y Nour supuso que acababan de abrir. Se presentó y pidió que la pasaran con Bill Åkerman. Por suerte estaba allí, lo cual reducía la probabilidad de que hubiese pasado la noche con Ylva o que supiera dónde estaba, pero Nour quería asegurarse de todos modos.

—Sí.

Su voz era agresiva, igual que todo su carácter.

—Hola, me llamo Nour, trabajo con Ylva Zetterberg.

Bill se quedó esperando sin decir nada.

—Nos hemos visto en alguna ocasión —continuó Nour—, pero creo que no sabes quién soy.

—Sí sé quién eres.

Lo constató con voz fría, sin invitar a seguir conversando ni a crear confianza. Aun así, Nour se sintió de alguna forma halagada. Se preguntó si el éxito de Bill con las mujeres se debía, simplemente, a su falta de habilidad social. ¿O era desinterés? Bill pasaba de todo, lo cual despertaba el instinto competitivo entre las mujeres mimadas y colmadas de atención.

—Disculpa que te llame así, pero es una emergencia. Ylva ha desaparecido. Ayer no volvió a casa. Su marido me ha llamado preguntándome si por casualidad sé dónde está.

—No tengo ni idea.

—O sea, que no estuvo contigo.

—¿Por qué cojones iba a estarlo?

—Sé que vosotros...

—De eso hace siglos. ¿Algo más?

—No.

Bill cortó la llamada. Nour se quedó sentada con el teléfono en la mano. Su impulso inmediato fue ir al restaurante para pedir disculpas. Se sentía mal, como una maruja en busca de nuevos cotilleos.

Ylva se pondría hecha una furia cuando se enterara de que Nour había llamado a Bill.

Estaba avergonzada. Se había dejado llevar por la preocupación de Mike. En lugar de tranquilizarlo había llevado la histeria un paso más allá.

¿Sabía Mike siquiera que su mujer le había puesto los cuernos con Bill? Nour no estaba segura de eso.

Si Ylva no aparecía pronto, Mike la volvería a llamar para preguntarle con quién había hablado. No podía decirle que sólo se había puesto en contacto con Bill. Nour se vio obligada a hacer un par de llamadas más para poder darle algunos nombres. Esto a pesar de saber de antemano que nadie tendría la menor idea de dónde se había metido Ylva. Las llamadas que Nour iba a hacer no iban más que a alimentar su imagen de histérica apasionada de los rumores.

Nour sintió una creciente irritación. ¿Por qué tenía que limpiar la porquería de Ylva? No era ella la que iba por ahí follándose a cualquiera.

## 18

SANNA se guardó las patatas fritas más largas para el final.

—Mira —dijo levantando una en el aire.

—Vaya, ¡qué larga! —exclamó Mike.

Le echó un vistazo rápido antes de volver la mirada hacia la carretera. Continuó en su carril en la rotonda y tomó la salida a la autovía.

—Me han salido más largas —dijo Sanna como una persona de mundo—. Una vez me salió una larguísima.

—¿Más que ésa? —preguntó Mike.

—Mucho más, el doble.

—¿En serio?

—A lo mejor no el doble.

—Pero muy larga.

—Sí.

Sanna se la metió en la boca, feliz.

Mike sopesó la opción de entrar en la ciudad y pedirle a su madre que se quedara con Sanna un par de horas. Así tendría vía libre para hacer una ronda de llamadas y averiguar algo al mismo tiempo que le ahorraría a Sanna el numerito que les esperaba cuando Ylva se dignara aparecer por casa. Lo malo eran, evidentemente, las preguntas y los reproches que haría su madre. Ella e Ylva se ponían buena cara la una a la otra, pero era una amabilidad que estaba en la cuerda floja y Mike prefería no romper ese equilibrio.

Lo más razonable era que llamara a la policía. No porque lo creyera necesario, sino porque Ylva se lo merecía. Eso le daría gravedad al asunto y reforzaría su imagen de hombre engañado. Lo contrario, que sospechara que

ella le estaba siendo infiel pero sin reaccionar, era peor.

Decidió ir a directo a casa. Lo más probable era que Ylva ya estuviera allí.

Mike se lo dijo a sí mismo y salió de la autovía a la altura de Berga.

• • •

La puerta de la casa seguía cerrada con llave y no había nuevos zapatos en el recibidor. Aun así, Mike saludó con un grito.

—¿Hola?!

Sanna levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Mamá no ha llegado a casa?

Mike negó con la cabeza.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

Mike no respondió.

—¿Se ha ido?

Sanna lo dijo de broma.

—No, no, no se ha ido —dijo Mike intentando sonreír—. En algún sitio tiene que estar. Evidentemente.

—Pero entonces, ¿dónde está?

—Supongo que en casa de alguna amiga.

Miró la hora. Las dos menos cuarto.

—Tengo que hacer unas llamadas —dijo.

—No paras de llamar por teléfono.

—Tengo que hacerlo. ¿No te vas a casa de ninguna amiga?

—¿De quién?

—¿Klara, a lo mejor?

—No está.

—¿Ivan?

—Quiero esperar a mamá.

—Por favor, termina de ver la película. Yo vendré en cuanto haya

acabado de hablar.

Sanna suspiró y desapareció.

Mike esperó hasta que oyó el ruido de la película y luego llamó a Nour.

—¿Con quién has hablado? —le preguntó después de que ella le dijera que nadie sabía nada.

—Pia y Helenea —informó Nour—. No sé con quién más hablar.

Mike reunió fuerzas.

—¿Puede que esté con el tipo del restaurante?

Soltó una risita forzada cuando lo dijo, como si pretendiera hacer ver que su pregunta era impensable.

—No —dijo ella—. Lo he llamado por si acaso. No han estado juntos.

Mike se sintió aliviado a pesar de saber que eso significaba que posiblemente su mujer lo estuviera engañando con otro.

—¿A qué hora os separasteis ayer? —preguntó Mike.

Nour respiró hondo y soltó el aire con un suspiro.

—Creo que eran las seis y cuarto o así.

—Entonces tendría que haber llegado a casa sobre las siete, si hubiese venido directamente —calculó Mike.

—Supongo.

—¿Y se marchó cuesta abajo?

—Dijo que se iba a casa.

—Creo que tendré que llamar a la policía, a pesar de todo.

A Nour le pareció que Mike estaba un poco avergonzado, casi como si le estuviera pidiendo consejo. No sabía qué contestarle. Mike rompió el silencio.

—Tengo un amigo en Estocolmo. Una vez se meó en el palacio. Había estado en el Café Ópera y se fue a casa por el puente de Skeppsbron cuando ya no podía aguantar más y le cambió el agua al canario donde la fuente, ya sabes. La policía lo encerró toda la noche en el calabozo, ni siquiera lo dejaron llamar a casa. La novia lo esperó con el rodillo, creía que le había puesto los cuernos.

La historia no venía a cuento y Mike habló en tono forzado como para convencerse a sí mismo. Estaba a punto de desmoronarse.

—Quiero decir que puede haber pasado algo así.

«Sí —pensó Nour—, si Ylva fuese un tío y hubiese un palacio donde  
mearse».

—Por supuesto —dijo Nour—, puede haber pasado algo parecido. Creo  
que será mejor que llames a la policía.

—Por si acaso —dijo Mike.

## 19

YLVA tenía la mirada clavada en la pantalla. Mike y Sanna habían vuelto, el coche estaba de nuevo en la rampa del garaje. A poco más de cien metros de distancia se encontraba su querido, paciente y obstinado marido preguntándose dónde diablos se habría metido. Ylva sintió una gran añoranza física de querer estar allí.

Dio un tirón al papel de cocina y dejó que se desenrollara todo en un montón sobre el suelo. Cogió el cartón vacío y se subió a la cama. Pensaba que gritando a través del tubo mientras apuntaba con él pudiera captar la atención de los paseantes. Con la mirada fija en la pantalla esperó tensa el momento.

Cuando pasó la primera pareja gritó con todas sus fuerzas. Sin embargo, tuvo la mala suerte de que un coche pasó al mismo tiempo y ahogó el débil sonido que hubiera podido emitir. El siguiente en pasar fue un corredor con auriculares. No valía la pena el esfuerzo. Después, una pareja mayor que en realidad pareció detenerse, lo cual hizo que Ylva gritara aún más para hacerles entender que algo iba mal. Los dos ancianos se quedaron quietos mirando la casa. Ylva estaba segura de que la oían sin entender de dónde venía el ruido, aunque no parecieron demasiado interesados y al cabo de un rato siguieron caminando a pesar de sus fuertes gritos pidiendo auxilio.

Evidentemente, no se podían imaginar que los nuevos vecinos habían encerrado a una persona en el sótano de su casa.

Ylva dejó de gritar y aguzó el oído. Acercó la oreja al tubo de cartón y puso el otro extremo sobre la rejilla de ventilación. Se oía el zumbido de un ventilador eléctrico, pero nada del exterior. Un par de coches pasaron sin que

el ruido de los motores alcanzara a filtrarse en el sótano.

Cuando por fin Lelle, el patético marido de Virginia, se deslizó en silencio sobre su Harley-Davidson sin silenciador, Ylva comprendió que el sótano estaba completamente aislado del resto del mundo, por lo menos en cuanto al sonido.

Resultaba casi imposible de entender. Que se pudiera construir un cubo debajo de una casa y tener suministro tanto de agua como de aire sin que el sonido se filtrara.

Ylva recordó que debía pensar de forma constructiva. Es decir, no servía de nada pedir ayuda a gritos. En lugar de malgastar el tiempo pensando en cómo podía ser eso posible, debía buscar otras soluciones.

Si hubiese tenido cerillas o un mechero podría haberle prendido fuego al papel de cocina y dejar que el humo se abriera paso por el conducto de ventilación y llamar la atención de alguien. El lado malo era que corría el riesgo de asfixiarse o morir calcinada, y si el conducto estaba conectado con la chimenea, el humo no haría reaccionar a nadie, ni siquiera ahora que empezaba a apretar el calor. La gente daría por hecho que los nuevos vecinos estarían quemando porquería en el hogar y no le darían ni media vuelta al asunto.

En verdad era muy probable que estuviera conectado a la chimenea. Eso explicaría por qué sus gritos no llegaban a ninguna parte.

¿Qué más? Fuego, aire... agua.

Había agua en el cuarto de baño. Entraba a través de una tubería y desaparecía por el desagüe. ¿Podría enviar alguna especie de mensaje resistente al agua tirando de la cadena y cruzar los dedos para que el personal de la planta de tratamiento de aguas lo viera? Se imaginó un cúmulo de tampones, condones y bastoncillos de algodón flotando en un mejunje de excrementos y papel higiénico. No sería fácil incitar a hacer una inspección más de cerca.

Papel. Si conseguía embozar la taza del váter provocaría una inundación. Entonces estarían obligados a abrir.

Oyó ruido de fuera. Una llave empezó a traquetear en la cerradura de la puerta metálica que la separaba del mundo exterior.

Ylva miró a su alrededor, agarró la pata de la silla y la sostuvo en ristre.

Estaba preparada.

• • •

El agente de policía que atendió la llamada de Mike se mostró tranquilo y comprensivo. Le preguntó, sin que resultara bochornoso, si Ylva tenía algún historial depresivo o de tristeza, si había desaparecido alguna vez antes sin dar señales, si últimamente Mike e Ylva podían haber discutido o discrepado en algún asunto del hogar.

—O sea, que se despidió de las compañeras de trabajo poco después de las seis, afirmando que se iba a casa —resumió cuando Mike terminó.

—Sí.

—¿Y a usted le dijo que iba a salir?

—Dijo que existía esa posibilidad, pero no era nada seguro.

—¿Y cuándo hablaron por última vez?

—Ayer por la mañana, antes de que se fuera a trabajar.

—¿Y ahora su teléfono móvil está apagado? —preguntó el policía.

Mike escuchó él mismo cómo sonaba. Ylva se había buscado una noche para pasarla con su amante. Había sido maravilloso y no quería romper el hechizo y sustituirlo por un puñado de sentimientos de culpa y platos rotos.

—Voy a serle sincero —dijo el agente—. Recibimos este tipo de llamadas día sí y día también. Prácticamente siempre la persona desaparecida aparece en menos de veinticuatro horas. En este momento su mujer lleva fuera veinte horas. Le sugiero lo siguiente: si no se pone en contacto con usted durante la tarde, llame otra vez. Estaré aquí hasta las nueve.

El policía le dio su número directo.

—Otra cosa —dijo para concluir—. Cuando ella vuelva, tómesele con calma. No haga ninguna estupidez.

—No —respondió Mike obediente como un niño en la escuela.

—Piense que mañana también saldrá el sol.

—Sí.

Mike incluso asintió con el teléfono pegado a la oreja.

—Bien —dijo el policía—. Entonces espero no tener que volver a saber

de usted. Cuídese. Adiós.

Mike colgó y se sintió de lo más competente. Había llamado a Nour, que a su vez había telefoneando tanto a unas amigas como al asqueroso dueño del restaurante. Se había puesto en contacto con el hospital y ahora también con la policía. Ya no podía hacer nada más.

Mike fue a sentarse con su hija en el salón. Ella se lo quedó mirando.

—¿Cuándo viene mamá?

—Seguro que no tardará mucho. Llegará en cualquier momento, diría yo.

—¿Crees que habrá comprado algo?

—¿Qué? No, no creo.

Mike saltó con la mirada a la tele esperando que Sanna hiciera lo mismo. No le gustaba que lo mirara de aquella manera cuando se sentía inseguro.

El siguiente sentimiento que se apoderó de él fue de culpa. La competencia de hacía unos instantes había sido borrada de un plumazo para dar lugar a un arrebato de arrepentimiento. Había ido corriendo a la profesora para chivarse, igual que una niña en el colegio. Vio la mirada inquisidora de Ylva.

Una puta noche, ¿no podía ser un poco libre y soltarse una sola puta noche sin que él montara una escena digna de un histérico?

—¿Quieres que juguemos a la torre?

—Lego —replicó Sanna.

—Vale, Lego.

## 20

### Agresión/amenaza de agresión

La agresión y la amenaza de agresión son constantes en la vida de la víctima. La mujer que sigue oponiendo resistencia es sometida a base de fuerza bruta. En los casos en los que la mujer se niega a doblegarse, el maltrato puede tornarse tan violento que lleve a la muerte.

**E**L hombre sonrió cuando abrió la puerta y vio a Ylva blandiendo un palo puntiagudo a modo de arma. No era la reacción que Ylva había previsto.

—Déjame salir —dijo.

Le habría gustado que la voz le saliera con más fuerza. El hombre comenzó a cerrar la puerta.

—¡He dicho que ME DEJES SALIR!

Ahora parecía desesperada. El hombre no respondió. La puerta se cerró del todo a sus espaldas. Ylva zarandeo amenazante la pata en el aire.

—¡La llave! ¡Dame la llave!

El hombre levantó el manajo. Le divertía la situación y le costaba disimularlo.

—Déjalas en el suelo.

El hombre hizo lo que Ylva le había dicho.

—Atrás.

Blandió el arma.

—¿A la cocina? —dijo él señalando la esquina.

Ylva no tardó en ver que era una mala idea. La distancia hasta la puerta no era suficiente.

—El lavabo —le ordenó y dio un paso atrás para que el hombre pudiera pasar.

Él asintió y entró en el cuarto de baño.

—Cierra la puerta.

Él le hizo caso.

—Y echa el cerrojo —gritó Ylva.

El hombre cumplió la orden. Ylva buscó algo con lo que barrar la puerta, pero lo único que podría haber servido era la silla, ahora destrozada.

Se agachó para recoger el manajo de llaves sin soltar la pata de la silla. Con manos temblorosas buscó la llave correcta. Había dos para elegir. Al final logró meter la primera, pero no pudo girarla. La sacó, el manajo se le cayó al suelo, se agachó y lo volvió a recoger.

La otra llave ni siquiera entraba en la cerradura. Lo intentó de nuevo con la primera. La acababa de meter cuando se abrió la puerta del baño.

—¿Necesitas ayuda?

Ylva dio media vuelta y levantó la pata de la silla.

—Te la clavaré, juro que te la clavaré.

El hombre salió del cuarto de baño, se metió la mano en el bolsillo y sacó una llave solitaria.

—Creo que te he dado la llave equivocada —dijo.

—¡Dámela!

El hombre retrocedió un paso con una sonrisa.

—Tendrás que quitármela.

Ylva se le acercó. Levantó los brazos por encima de la cabeza y se abalanzó sobre el hombre, quien subió rápidamente a la cama.

—Qué divertido —dijo—. Es casi como cuando éramos críos.

—Déjame salir, puto chiflado.

—Por supuesto. Sólo tienes que coger la llave.

Se la mostraba, provocador. Ylva se subió a la cama, el hombre se quedó donde estaba.

—Dámela.

—Aquí está. Cógela.

—Suéltala —dijo Ylva—. Suelta la llave ahora.

—Cógela.

—Te la clavaré.

—Toma, coge la llave.

Ylva atacó con la pata de la silla, acertó en la mano del hombre y le abrió una herida. Él se miró la mano y el hilillo de sangre que comenzó a brotar.

—Eso ha dolido —dijo acercándose la herida a la boca para lamerla.

—Lo haré otra vez —gritó entonces Ylva—, te juro que lo haré. Dame la llave. ¡Ahora!

El hombre terminó de lamerse el corte, la alegría que había mostrado hasta ahora en el rostro se había convertido en irritación.

—Bueno, ya está bien.

Alargó la mano para quitarle la pata de las manos. Ella volvió a atacar, él la agarró del brazo y detuvo su movimiento. Con la otra mano le arrebató el palo, lo tiró al suelo y luego la derribó sobre la cama.

—Voy a tener que darte una lección.

Se sentó a horcajadas sobre sus muslos, le bajó los pantalones de un tirón y comenzó a darle azotes en el culo con la mano abierta. Continuó hasta que las nalgas estuvieron rojas, terminó de quitarle los pantalones y hurgó con la mano entre sus piernas.

Ylva lo oyó desabrocharse los vaqueros.

• • •

Mike levantó un muro de piezas en el borde de una plancha base. Sanna miraba su obra con desaprobación.

—¿No vas a poner ventanas?

—No encuentro ninguna.

—Puedes dejar un hueco y ya está. Quien tiene una ventana nunca se aburre.

Mike observó a su hija. Ella se dio cuenta.

—Lo dice la profe —explicó—. Es un dicho.

«Que le pega de maravilla a la vieja chismosa», pensó Mike. La que le preguntaba sin ningún reparo a los niños sobre los trabajos de sus padres y el coche que tenían. Mike también tenía un dicho, una variante cínica del que su

hija acababa de compartir con él: «Una vista fea siempre es fea, una vista hermosa sólo es divertida durante un cuarto de hora».

No era una visión de la vida que quisiera transmitirle a Sanna.

—Tienes razón —dijo quitando algunas piezas—. Quien tiene una ventana nunca se aburre.

—Y una puerta —añadió Sanna—. Si no, nunca podrás entrar.

—O salir —dijo Mike.

—Primero hay que entrar, ¿no?

—Otra vez tienes razón.

Mike miró la hora. Las seis menos cuarto.

—¿No viene mamá? Tengo hambre.

—Llegará de un momento a otro.

Sanna suspiró de aburrimiento.

—Podemos ir a comprar una pizza —dijo Mike con una punzada de remordimientos de conciencia.

Hamburguesa y pizza en el mismo día, los dos hitos del círculo alimentario. Mike prefirió pasarlo por alto, que fuera lo que tuviera que ser. Aquél no era un día como los demás.

Se puso de pie. Tenía el cuerpo rígido. No sabía si se debía a que estaba tenso o si era por haberse pasado media hora jugando con el Lego en el suelo.

Fue a la cocina. El menú de la pizzería estaba pegado a la nevera con un imán, una última vía de escape para los días tristes en los que la fantasía y las fuerzas estaban agotadas.

—¿Jamón y queso?

—Lo de siempre.

Mike llamó para hacer el pedido.

—Si salimos ahora nos da tiempo de comprar unas golosinas.

Sanna se levantó de un salto.

—¿Y podemos alquilar una peli?

—Si vas rápido sí. La pizza fría no vale nada.

Mike lo dijo a modo de prevención. Sanna escogía las películas como si la paz mundial dependiera exclusivamente de ella. Aun así, en nueve de cada diez casos terminaba escogiendo una peli que ya había visto. El poder de la infalible anticipación.

## 21

### Degradación

Las víctimas son alimentadas con valoraciones negativas y se les hace una limpieza de cerebro para que crean que han perdido todo el valor humano. Son ridiculizadas y menospreciadas, tienen que escuchar que son unas putas sucias y asquerosas, que sus cuerpos sólo sirven para una cosa. Mediante ataques verbales y físicos se le arrebató a la víctima el derecho a su propio cuerpo y a sus pensamientos.

—**D**OS veces en menos de veinticuatro horas. Ya somos casi una pareja.

Ylva lloraba en silencio. Permanecía tumbada con la mejilla pegada en la cama y la mirada perdida en la pared.

—Y estabas mojadita.

Se levantó y se puso los pantalones.

—Ni siquiera te he visto las tetas.

Le dio una palmada en el gemelo.

—Date la vuelta, quiero verte las tetas.

Ylva permaneció inmóvil. El hombre clavó una rodilla en la cama, agarró a Ylva de la cadera y la volvió.

—Las tetas. No me lo pongas tan difícil. ¿Acaso te crees que nunca he visto unas?

Ylva se subió el jersey apartando la cara.

—Siéntate para que pueda verlas bien. Todas las tetas son planas cuando se está estirada.

La levantó por el brazo y dio un paso atrás.

—Súbete el jersey. Y el sujetador, nada de trampas.

Ladeó la cabeza de aquí para allá, haciendo muecas con la cara como un comprador de caballos escéptico.

—Estás flaca —dijo al final—. Hoy en día todas las tías lo están. Tendrás que ganar un par de kilos. A lo mejor al principio te cuesta un poco con todo el estrés, pero con el tiempo te acostumbrarás.

Se sentó a su lado en la cama.

—Creo que sé lo que estás pensando. Estás intentando descubrir la forma de salir de aquí, te estás devanando los sesos por lo injusto que resulta estar aquí en contra de tu voluntad. Miras la pantalla y esperas que de pronto pase algo, un evento dramático que lleve a tu liberación. Es normal.

—Y créeme —continuó—, yo no quiero ser un obstáculo para tus sueños y fantasías. Pero cuanto antes te acostumbres y aceptes tu situación, más fácil será todo.

Le cogió la barbilla para levantarle la cabeza. Ella se cruzó con su mirada sin corresponder a la sonrisa.

—Estás enfermo —dijo Ylva.

El hombre se encogió de hombros.

—Si consigues escapar, lo cual dudo muchísimo, saldré en portada durante una semana entera, eso está claro. Pero verás, cuando sufres una desgracia, como por ejemplo una pérdida, cambian muchas cosas en la vida. Cosas que antes significaban algo de repente pierden todo su valor y lo que antes carecía de sentido te absorbe por completo.

Le dio una palmadita en el antebrazo y se levantó.

—Te contentarás con muy poco. A lo mejor ahora te cuesta imaginártelo, pero te lo prometo, llegarás a ello. Y haremos el viaje juntos.

• • •

Se comieron la pizza directamente de la caja.

—No te olvides de la ensalada —sugirió Mike.

—No me gusta la col con vinagre —replicó Sanna.

Mike lo dejó correr. Mientras ponía la mesa había probado con un

inocente «¿Leche?», pero enseguida había capitulado ante el «Es sábado».

Mike había cortado la pizza de Sanna en porciones y la niña se la comía mientras miraba la carátula del DVD de *Trampa para padres*, una película sobre dos gemelas que se han criado sin saber una de la otra, una en casa de la madre, en Inglaterra, y la otra con el padre, en Estados Unidos. Tras encontrarse en un campamento de verano deciden intercambiarse los papeles. Cuando el padre planifica casarse otra vez con una cazafortunas, las gemelas juntan fuerzas para detener los planes de boda.

Una peli buena en toda regla, aseguraba Sanna. Mike estaba dispuesto a opinar lo mismo.

De la pizza de Sanna caían gotas de grasa.

—Toma —le dijo Mike pasándole un trozo de papel de cocina—. Te está goteando.

Sanna lo cogió y se limpió con dificultad. Mike estuvo a punto de intervenir cuando de repente le vino a la cabeza el irritado comentario de su padre: «¿No te das cuenta de que tienes los dedos pringosos?».

—Puedes lavarte las manos cuando hayas acabado de comer —dijo con cariño.

—Vale.

Como de costumbre, Mike ya había terminado antes de que Sanna se hubiese comido la primera porción. Se empeñó en que se comiera otro trozo que le puso en un plato. Después metió su cubierto en el lavavajillas y salió a la calle para tirar los cartones directamente al contenedor.

El ayuntamiento de Helsingborg había hecho una apuesta exageradamente ambiciosa por el medio ambiente y había decidido que los ciudadanos debían separar sus residuos según su composición. Una tarea sencilla repartida entre una docena de cacharros de plástico. A su vez, esto había despertado una actitud de lo más arrogante y engreída entre los basureros, que ahora se negaban a vaciar los contenedores que estuvieran en primera línea de la calzada.

Mike hizo trizas los cartones y luego se quedó un rato delante de la casa respirando el aire fresco, ignorando por completo que su mujer lo estaba observando entre lágrimas en una pantalla borrosa muy cerca de allí.

## 22

—PARTO de la base de que no piensas escribir nada al respecto.

Erik Bergman miraba a Calle Collin con ojos burlones. La inteligente mujer de gran corazón había organizado la reunión, recordándole al reportero de lo criminal que Calle era el sustituto que unos años atrás había rechazado un puesto de trabajo en la sección de noticias con las célebres palabras: «Si de verdad estuviera interesado en las noticias habría buscado trabajo en un periódico de noticias».

—Anders Egerbladh y yo fuimos a la misma clase —dijo Calle.

Erik Bergman asintió, interesado.

—¿Y cómo era?

—Un mierdas.

—A mí me habían dicho que era un follador de conferencias —dijo Bergman.

—Eso también, seguro —añadió Calle—. Pero si te soy sincero, nunca me crucé con él siendo adultos. A lo mejor había cambiado.

Erik Bergman lo miró escéptico.

—Y se había vuelto bueno —dijo Calle—. Aunque también me cuesta creerlo.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Bergman.

—Estuve leyendo tus artículos —dijo Calle— y es posible que me equivoque, pero me dio la sensación de que sabes más de lo que dices en los textos.

—¿Por qué quieres saberlo?

Calle se encogió de hombros al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Simple curiosidad. Parecía todo tan teatral. El asesino del martillo. Bestial.

—Precisamente, en este caso eran los términos correctos. Tuvimos algunos problemas con el nombre. Estuvimos barajando Asesinato en la calle Fjällgatan y Asesinato en la escalera. Ya se habían dado un par de asesinatos con martillo. Pero no cabía duda de que el asunto era espectacular. Lo que decía: Anders Egerbladh era un amante aplicado. Estaba divorciado, cierto, pero la mayoría de las mujeres a las que conocía a través de las páginas de contacto estaban casadas. No sé si eso le ponía o si las mujeres casadas abundan más en internet. En cualquier caso, el cuerpo de policía tuvo que emplear a la mitad de sus agentes para interrogar a todas sus medias naranjas.

—¿Pero...?

—No, no sacaron nada. A través de su lista de llamadas y correo electrónico supieron que se había citado con una mujer en el restaurante Gondolen. Después ella lo llamó en el último momento, seguramente para pedirle que fuera a su casa. Después de la llamada, Anders salió del restaurante, compró un ramo de flores en la estación de Slussen y se fue a la calle Fjällgatan.

—O sea, que era una trampa.

—Sin lugar a dudas. La mujer no existía. Lo había llamado desde un móvil de prepago y los *e-mails* habían sido enviados desde distintos ordenadores públicos repartidos por toda la ciudad. La foto de la página de contactos estaba tomada de un blog extranjero.

—Por lo que leí, tuve la sensación de que la agresión era más bien..., cómo decirlo..., ¿de carácter masculino?

Erik Bergman asintió en silencio.

—Creo que encajarías bien en noticias —dijo—. La policía partió de la base de que el asesinato lo había cometido un hombre, pero que también había una mujer implicada para llevar a Anders Egerbladh hasta la escena del crimen.

—¿Y no tienen pistas?

—No. Lo único que saben con seguridad es que el crimen se perpetró con premeditación y alevosía.

## 23

CUANDO Mike entró en casa después de haber tirado los cartones de las pizzas ya no tenía la menor duda. Sabía perfectamente lo que debía hacer.

Cerró con cuidado la puerta que separaba la cocina del salón y marcó el número.

—Kristina.

—Hola, mamá.

Mike le explicó de forma muy resumida que Ylva llevaba más de veinticuatro horas desaparecida y que ni las amigas, ni el hospital, ni la policía sabían dónde estaba.

—Pero ¿le ha pasado algo? —preguntó ella.

—No lo sé —dijo Mike—. Quiero que cojas un taxi y vengas para aquí, me gustaría que te quedaras hasta que Ylva aparezca.

Veinte minutos más tarde Kristina apareció por la puerta con cara acalorada. Saludó a Sanna deprisa y sin naturalidad antes de ir a hacerle compañía a su hijo en la cocina. Tenía mil preguntas que hacerle.

—No lo sé, mamá —respondió Mike a todas y cada una de ellas—. No lo sé.

—¿Puede haber...?

Mike levantó las manos y cerró los ojos.

—Mamá, no sé nada. ¿Te importaría, simplemente, hacerle compañía a Sanna mientras llamo a la policía?

Demasiado tarde. Sanna estaba en el umbral de la puerta.

—¿Por qué vas a llamar a la policía?

Mike se le acercó, se agachó y sonrió para no ponerse a llorar.

—No sé dónde está mamá.

Sanna no lo acababa de entender y miró a su abuela. Como si fuera una fuente de información más fiable que su padre.

—¿Ha desaparecido?

Mike respondió en lugar de su madre.

—No, no —dijo—. No ha desaparecido. Está en algún sitio, claro. Pero no ha llamado y quiero saber dónde está. No pasa nada. Si tú y la abuela vais a ver la peli, yo podré llamar tranquilamente.

—Pero quiero que mamá vuelva a casa.

—Y mamá volverá a casa —dijo Kristina—. Por eso papá tiene que llamar. Ven, cielo, vamos a ver juntas la película.

Alargó la mano y Sanna empezó a llorar. Mike la levantó en brazos al instante y la apretó contra su cuerpo.

—Ya está, cariño, no pasa nada. Pronto mamá estará en casa. No pasa nada. Mamá vendrá enseguida.

• • •

Estaban sentados a la mesa de la cocina. Mike les había ofrecido café, pero los agentes lo habían rechazado alegando la hora. La mujer policía le había pedido un vaso de agua. Kristina se lo había servido y después se había quedado a escuchar apoyada en la encimera, Sanna estaba en silencio en el regazo de su padre siguiendo la conversación con seriedad.

La mujer policía le sonrió, el hombre hacía las preguntas y anotaba las respuestas.

—De acuerdo, en resumen: ¿su mujer salió del trabajo poco después de las seis ayer por la tarde y después desapareció?

Mike asintió. El agente miró sus anotaciones y continuó:

—A sus compañeras de trabajo les dijo que se iba a casa. Pero a usted le dijo que se iría a tomar una copa con ellas, ¿cierto?

El agente descansó el bolígrafo sobre la libretita y miró a Mike sin levantar la cabeza.

—Sé lo que parece, pero no es así. Dijo que «a lo mejor» salía a tomar

una copa. Lo dijo por la mañana, antes de irse de casa.

—¿Sale muy a menudo con las compañeras del trabajo?

—Tenían una entrega. A veces se les alarga la cosa. Supongo que no contaba con que le diera tiempo de llegar a casa a cenar.

—O sea, que no se preocupó cuando vio que no volvía.

Mike negó en silencio.

—Di por hecho que habría salido con las amigas.

—¿La llamó?

—No hasta más tarde, no quería...

La mujer policía juntó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia adelante, interesada.

—¿No quería qué?

—Soy de la idea de que uno debe tener la posibilidad de salir a solas de vez en cuando, aunque esté casado. Confiamos el uno en el otro.

—Entonces no cree que...

La policía optó por no formular la pregunta por respeto a Sanna.

—No —dijo Mike.

Hubo un segundo de silencio, que fue suficiente para que Kristina comprendiera la situación.

—Sanna, cielo. Creo que papá tiene que hablar un momento a solas con la policía. Vamos a cepillarnos los dientes mientras tanto.

—Pero yo también quiero escuchar.

Mike bajó a Sanna de la silla.

—Ve con la abuela, cariño, no tardaré.

—Es mi mamá —se quejó Sanna.

Mike y los policías sonrieron amablemente y esperaron a que la niña hubiese salido de la cocina. Oyeron sus insistentes protestas y la mediación inteligente y tranquilizadora de la abuela.

Mike se inclinó hacia adelante y pasó la vista de un agente a otro.

—Ylva llama —continuó Mike—. Siempre lo hace. A veces ha vuelto tarde a casa, es cierto. Y sí, hemos tenido nuestros problemas, igual que todo el mundo. Pero, y esto es importante, ella siempre llama.

—«Nuestros problemas» —dijo la mujer policía con cautela—. ¿Está pensando en algo en concreto?

Mike se contuvo. No podía permitirse el lujo de ser descortés.

—No —respondió.

• • •

Mike se hizo cargo de su hija en cuanto la policía se hubo marchado. Era la primera vez que Sanna tomaba distancia de su abuela mostrando abiertamente que ella no le servía.

Mike se tumbó al lado de su hija, le acarició el pelo y la consoló lo mejor que pudo. Estaba seguro, le decía, de que mamá pronto volvería a estar en casa. No había sufrido ningún accidente, eso lo sabía porque había hablado con el hospital varias veces. Mamá no estaba herida.

—¿Os vais a separar?

—¿Por qué íbamos a hacerlo?

—Los padres de Vera se van a separar —dijo Sanna—. Su padre desapareció.

—Ah, no. Vamos a seguir juntos. O eso espero, vaya.

Sanna empezó a seguir las líneas del dibujo del empapelado y un cuarto de hora más tarde ya estaba dormida. Mike dejó la puerta abierta de par en par y bajó a hablar con su madre, que estaba en la cocina.

—Espero que no te lo hayas tomado a mal —dijo.

—No, no, no —aseguró ella—, es completamente comprensible.

—¿Qué hora es?

Miró el reloj de pulsera y se respondió él mismo.

—Las once.

—Voy a preparar café —dijo su madre—. De todos modos, no creo que ninguno de los dos podamos dormir.

Mike se sentó a la mesa de la cocina con las manos juntas y la mirada fija, movía los labios diciendo palabras sin pronunciarlas. Kristina sirvió dos tazas y se sentó frente a él.

—¿Te quedarás aquí después de algo así? —preguntó.

Él la miró con dureza.

—Mamá, todavía no sabemos qué ha pasado.

Kristina miró para otro lado.

—No, no, es verdad. No sabemos nada.

Probó el café, dejó la taza en la mesa, el silencio inundó la cocina.

—¿Con quién has hablado? —preguntó al cabo de un rato.

—Con Nour.

—¿Del trabajo de Ylva?

—Sí. Además de Anders y Ulrika, Björn y Grethe, Bengtsson.

—¿Y nadie sabe nada?

—No.

Kristina se movió, incómoda por la pregunta que quería formular.

—Ese..., ya sabes...

En un momento de debilidad, Mike le había contado a su madre el asunto que Ylva tuvo con Bill Åkerman, más que nada porque no tenía a nadie más con quien hablar. Se había arrepentido profundamente de haberlo hecho, casi llegando a sentir que su traición era mayor que la de Ylva.

Mike se cruzó con la mirada de su madre.

—No —dijo—. Nour lo ha llamado. Ylva no ha estado allí.

Kristina pasó a otra cosa.

—¿A quién más puedes llamar?

—No quiero llamar a nadie más. Todo esto ya está bastante mal. Y teniendo en cuenta que dentro de poco hará dos horas que hablé con Bengtsson, no me extrañaría nada que todo el mundo ya esté al corriente de lo que ha pasado.

—Estaba pensando más bien en su trabajo.

—He hablado con Nour —dijo Mike—. Es su mejor amiga.

—Exacto —respondió su madre—. Es la mejor amiga de Ylva.

—Mamá, déjalo. Me habría llamado, coño. ¡Como si me tuviera miedo o algo así!

—Desde luego que no.

—¿Qué insinúas?

Kristina bajó la mirada, deslizó el dedo por el borde de la mesa.

—Perdón —dijo—. No venía a cuento. Te pido disculpas.

Mike respiró hondo y aguantó el aire.

—Necesito tu apoyo más que tu ayuda, mamá. Tu apoyo.

## 24

### Culpa

A muchas víctimas se las obliga a trabajar para expiar una culpa. Tienen que pagar el viaje, la vivienda, la cama, los preservativos, la comida, un porcentaje al perpetrador por su protección. Obviamente, esa culpa es una construcción. La víctima jamás podrá comprar su libertad. Su única salida es volverse no rentable, lo cual es inviable en la práctica porque siempre habrá alguna necesidad que precise ser cubierta, algo para lo que ella pueda servir.

**E**L hombre y la mujer entraron juntos. Abrieron la puerta de golpe, sin preocuparse de cerrarla después. Ylva estaba tumbada en la cama; se había quedado dormida con la ropa puesta. Tardó unos segundos, un instante de desconcierto, antes de comprender que el sueño no era real, a diferencia de la pesadilla en la que se encontraba.

El hombre y la mujer se le acercaron cada uno por un lado de la cama. Ylva intentó huir del hombre, pero acabó al lado de la mujer. Era más pequeña que ella, pero el tamaño no tenía nada que ver. La mujer le soltó una bofetada en la cara, fuerte y con la mano abierta. Al mismo tiempo, el hombre la cogió por los tobillos y tiró de ella. Ylva cayó de bruces en la cama, se agarró y trató de resistirse.

—Yo te enseñaré a huir —dijo la mujer soltándole los dedos.

El hombre se la acercó de un tirón sin mayor dificultad, la puso de rodillas y la sujetó delante de sí en una llave contundente.

La mujer se subió a la cama. Era sorprendentemente ágil para su edad y asustaba verla tan cómoda en aquella situación tan violenta. La mujer se puso de rodillas delante de Ylva, que respiraba nerviosa y paseaba la mirada de un lado a otro.

—Mírame.

Ylva la miró insegura. El pelo le caía por la cara y la mujer se lo apartó con cuidado por detrás de las orejas.

—Deja de resoplar.

La mujer hablaba tranquila, casi susurrando. Ylva hipó un par de veces; la mujer cerró los ojos sonriendo, a la espera.

—¿Podemos hablar ya? —dijo la mujer tan flojito que apenas se la oyó.

Ylva asintió discretamente.

—Bien.

La mujer miró a su marido, que soltó a Ylva.

—Es muy simple —continuó cargada de paciencia, casi en tono instructivo—. Estás aquí y sabes por qué.

Ylva bajó la mirada.

—Mírame.

Ylva volvió a levantar la vista. La mujer sonreía arqueando las cejas.

—Sabes por qué estás aquí.

—Yo...

La mujer puso un dedo sobre los labios de Ylva.

—Chist, no hablemos más del pasado. Pagarás tu culpa. Ahora miremos hacia el futuro.

La mujer dio media vuelta y trazó un arco con el brazo.

—Este es tu mundo —dijo—. Lo que hay en esta habitación es todo lo que tienes en tu vida. A lo mejor te parece poca cosa y crees que puedes pasar sin ello. Te equivocas. Das muchas cosas por sentadas, hay beneficios que ahora no puedes ver.

La mujer se bajó de la cama.

—Te voy a enseñar lo que esperamos de ti. Cuando oigas que vamos a entrar tienes que ponerte aquí para que te veamos por la mirilla. Llamaremos a la puerta, tú te pones en un lugar visible con las manos sobre la cabeza para que las veamos. ¿Lo entiendes?

Ylva la miraba fijamente.

—Te encomendaremos tareas sencillas, como lavar ropa y planchar, pero en primer lugar estarás disponible. Mi marido te tomará cuando le apetezca para que nunca olvides el motivo por el cual estás aquí. Harás tu trabajo con ganas y convencida. En el cuarto de baño hay artículos de higiene personal que queremos que utilices. ¿Lo has entendido?

Ylva miraba a la mujer. El hombre estaba detrás de ella.

—Estáis completamente locos —dijo—. Estáis enfermos de la cabeza. Han pasado veinte años. ¿Creéis que Annika estaría orgullosa de vosotros? ¿Pensáis que sentiría que se ha hecho justicia?

La mujer la golpeó con fuerza en la cara.

—No pronuncies el nombre de Annika con tu sucia boca.

Ylva hizo un ademán de abalanzarse sobre la mujer y echarla al suelo. El hombre se interpuso, le dobló el brazo y la obligó a ponerse de rodillas. La mujer se sentó de cuclillas muy cerca de Ylva.

—Si intentas escaparte una vez más, mi marido te romperá los tobillos. A partir de ahora tu vida es un poco como *Las mil y una noches*, pero sin la parte de los cuentos. Vivirás el tiempo que a nosotros nos parezca.

• • •

Un tal Karlsson de la policía llamó poco después de las ocho de la mañana del lunes. Mike le contestó que Ylva aún no había dado señales de vida y que tampoco había logrado hablar con nadie que le pudiera dar ningún dato sobre el posible paradero de su esposa.

Mike lo dijo con cierta irritación, porque ya había hablado con la policía una docena de veces durante el domingo. Y por su propia cuenta también se había puesto en contacto con el periódico, que había publicado la noticia en las páginas locales. Pero sin mencionar el nombre de Ylva ni publicar ninguna foto suya.

—No tiene por qué ser algo tan malo como lo que puedes haberte imaginado —dijo Karlsson—. En este país entran cada día doscientas denuncias de personas desaparecidas. Seis, siete mil casos al año. De todas

ellas son apenas una docena las que desaparecen para siempre. Y normalmente acaba siendo por un accidente en el agua y cosas por el estilo. Gerda y yo habíamos pensado pasarnos por tu casa. ¿Estarás ahí en la próxima hora?

Gerda también era hombre. Se llamaba Gerdin de apellido, pero como el número de mujeres en el departamento era más bien bajo, los compañeros lo habían rebautizado para mantener el equilibrio de género, le explicó Karlsson.

La primera impresión de Mike fue que Gerda era el simpático, por la única razón de que Karlsson era quien hacía las preguntas. Los dos eran unos incompetentes. O no, mejor dicho, estaban resignados. Como si de antemano hubieran decidido que no podían hacer más que tratar de calmar a familiares histéricos y ver el tiempo pasar.

—¿Y tenéis una hija juntos? —preguntó Karlsson.

—Sanna. Mi madre la acaba de llevar al colegio.

—¿Allí arriba, al edificio de ladrillos amarillo?

Karlsson señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Sí, la escuela Laröd. Pensé que lo mejor sería continuar con la mayor normalidad posible. No sé qué más puedo hacer.

Miró a los dos agentes a la espera de aprobación. Gerda asintió y cruzó las piernas.

—¿Cuántos años tiene tu hija? —preguntó.

—Sanna tiene siete, cumple ocho dentro de un par de semanas. Va a segundo.

—Explica con tus propias palabras lo que ha sucedido —dijo Karlsson.

Mike lo miró irritado. «¿Con mis propias palabras? ¿De quién van a ser si no?».

—Ylva no volvió a casa —dijo—. Fui a buscar a Sanna a la ludoteca sobre las cuatro y media. Pasamos por la tienda a comprar comida y después vinimos a casa. Ylva me había dicho que a lo mejor saldría a tomar un vino después del trabajo.

—¿Con sus compañeras?

—Sí. Habían tenido una entrega y...

—¿Una entrega?

—Trabaja en un despacho que diseña revistas de empresa. Una entrega implica que hacen las últimas correcciones y mandan las páginas a imprenta. Normalmente se les alarga la jornada.

—¿El viernes también?

—No demasiado. Terminaron poco después de las seis.

—Y eso lo sabes porque...

—Como ya les he explicado a vuestros compañeros unas cuantas veces, la primera persona a quien llamé fue a Nour, una compañera de trabajo de mi mujer. Me dijo que se habían despedido en la calle sobre las seis y cuarto. Nour y las demás se fueron al restaurante, Ylva dijo que se iba a casa.

Karlsson asentía pensativo.

—O sea, ¿que a ti te dijo que se iba a tomar una copa con la gente del trabajo y a la gente del trabajo le dijo que se iba a casa contigo?

—Dijo que a lo mejor saldría a tomar una copa con ellas. No era seguro.

Karlsson ladeó la cabeza, estaba sonriendo. Mike estuvo a punto de soltarle un guantazo.

—Oye, me importa una mierda lo que pienses. A ti te gustaría que fuera de una forma en concreto, pero no es así, ¿vale?

Karlsson abrió los brazos.

—Sólo me parece un poco extraño que haya un mensaje ambivalente. A ti te dice una cosa, y a los compañeros de trabajo, otra. ¿No estás de acuerdo en que es un poco raro?

—Mi mujer ha desaparecido. No estaba ni deprimida ni tenía tendencia suicida, que yo sepa nunca ha sido expuesta a ningún tipo de violencia. Y si da la casualidad de que tiene un amante ardiente escondido en algún sitio, estoy seguro de que por lo menos se habría dignado a llamar a su hija.

—¿Qué te hace pensar que puede tener un amante ardiente?

Mike miró a los dos agentes, pasando la mirada de uno a otro. Karlsson le sonreía.

—Estáis locos —dijo Mike—. Estáis como una cabra. ¿Os parece divertido? Mi mujer ha desaparecido, ¿acaso no entendéis la gravedad del asunto?

—Sólo nos preguntamos si puede haber una explicación lógica a todo esto.

## 25

**E**L hombre y la mujer se llevaron el colchón, el edredón y la almohada, y después cortaron la luz.

Ylva se quedó hecha un ovillo en el suelo tapándose con una toalla. No sabía cuánto tiempo estuvo así, debajo de la toalla y llorando. Sólo se levantó para beber y hacer pis. Cuando finalmente volvió la luz de nuevo fue como si le volviera la vida. La lámpara del techo se encendió y la pantalla del televisor recuperó la imagen. Fuera era de día. A juzgar por el tipo de luz y la actividad inexistente en la calle debía de ser mediodía. El coche no estaba en la rampa del garaje. Ylva se preguntó dónde estaría Mike, qué medidas habría tomado. Si la estaría rastreando y colgando carteles con su foto. ¿La había visto alguien metiéndose en el coche? Ylva lo dudaba.

¿Qué habría hecho ella si estuviera en el pellejo de Mike? Después de intentar todo lo evidente, como llamar a amigos, policía y hospital, pondría un anuncio en el periódico, hablaría con los conductores de autobús que hubiesen trabajado en aquel horario. Llamaría a las puertas de cada vivienda desde la parada hasta su casa preguntando si habían visto pasar a su marido. Empapelaría toda la ciudad con fotos y anuncios de búsqueda.

La idea le vino de repente.

A lo mejor Mike llamaría a la puerta de la casa donde ella se encontraba. Se presentaría a la nueva pareja y en pocas palabras les explicaría lo que había pasado. Después les enseñaría una foto. El hombre y la mujer mostrarían interés, mirarían la foto de cerca y luego negarían compasivamente con la cabeza. La mujer se pondría una mano en el pecho y parecería compungida, el hombre se mostraría serio e intentaría ayudar a

Mike sugiriendo alguna idea, siguiendo la costumbre de todo el sector masculino de creer firmemente que pueden resolver cualquier problema que surja.

Ylva no podía hacerse oír, eso le había quedado claro. ¿Había alguna otra forma de llamar la atención?

Halonen fue la primera en aparecer en pantalla. Pasó con su pastor alemán, dobló por la calle Bäckavägen y siguió adelante. Halonen miró de reojo la casa de Mike e Ylva, de prisa y casi con remordimientos de conciencia. Ylva comprendió que se había enterado de la noticia. Y si Halonen lo sabía, todo el mundo lo sabía. Esa mujer se encontraba en los últimos eslabones de la cadena informativa.

Ylva se imaginó el cotilleo, buscó consuelo en las conversaciones que se estarían dando en el barrio.

«—¿Te has enterado de que Ylva ha desaparecido?

—¿Quién?

—La mujer de Mike, la de Estocolmo.

—¿Qué?

—No volvió a casa. Salió del trabajo pero no volvió a casa.

—¿Se ha largado?

—No lo sé.

—¿No ha dicho nada?

—No, ha desaparecido. Mike la está buscando. Ha ido a la policía y todo.

—A ver si lo entiendo, ¿estás diciendo que no ha vuelto a casa?

—Lo que oyes.

—Qué locura. ¿Se ha largado?

—No lo sé.

—¿Y la niña? No se puede largar dejando a la niña como si nada.

—O se ha largado o le ha pasado algo.

—¿Como qué?

—Ni idea.

—¿No tendría depresión o algo así?

—No siempre acaba siendo por eso. Mi padre tenía un amigo que...»

Independientemente de lo que pasara, todo terminaba quedando atrás.

Todo entraba dentro del gran teatro que es la vida. ¿Cientos de muertos en accidente de avión? Unos meses más tarde había caído en el olvido, lo único que quedaba era el aniversario de la tragedia. ¿Miles de desaparecidos en una catástrofe natural? Una semana dura de noticias y poco después un suceso que había que buscar en Wikipedia. El *tsunami*, ¿en qué año fue? Ah, sí, es verdad.

Nadie salvaría a Ylva. Su única opción era huir.

• • •

Se hizo un silencio absoluto cuando Mike llegó al trabajo de Ylva. Nour se levantó de la silla y fue a su encuentro.

—Ven —le dijo—, vayamos a la cocina.

Mike empezó a llorar de inmediato. Por la simple razón de que una persona amable veía su impotencia y le ofrecía algún tipo de alivio.

—Turbio —dijo él cuando Nour le preguntó cómo se sentía—. Como el plástico protector de un reloj o un móvil nuevos, me paso el día esperando a que alguien lo quite para que pueda volver a ver las cosas con claridad.

Nour asintió, le secó una lágrima de la mejilla con el pulgar y le dio un vaso de agua.

—Bebe.

Mike hizo lo que le ordenaban, miró por encima del hombro de Nour para comprobar que la puerta estaba cerrada y agitó nervioso la mano en el aire.

—¿Puede haber conocido a otro hombre?

Él la miró con una mezcla de miedo y esperanza.

—No, que yo sepa —respondió Nour al final.

Mike tragó saliva para reprimir las lágrimas.

—Es que si no, no entiendo qué puede haber pasado. —Mike negó con la cabeza y continuó—: Si fuera así, tendría que habernos llamado. No puede pasar de Sanna como si nada, me niego a aceptarlo.

—Y no lo hace —dijo Nour.

—Entonces ¿qué está sucediendo? ¿Le ha ocurrido algo? ¿La han atropellado o se ha cruzado en la calle con el tipo equivocado? No entiendo

nada. Tres noches, van tres noches. Ya ni siquiera sé si quiero que vuelva, ¿sabes?

—Te entiendo.

Mike hipó en un intento de coger aire; Nour le pasó un pañuelo de papel. Él se sonó como un crío, sin fuerza.

—Escucha, Mike. Tienes que ser fuerte. Hazlo por Sanna. Ella es una niña, tú eres adulto. ¿Oyes lo que te digo, Mike? Tú eres adulto.

El teléfono de Mike empezó a sonar. Él se sorbió y miró la pantalla.

Número oculto, su corazón empezó a palpar. Le levantó la mano a Nour y le dio la espalda.

—Mike —respondió.

—Aquí Karlsson. Me preguntaba cómo lo tienes para pasarte por comisaría. Tenemos una cosa que queremos enseñarte.

—¿La habéis encontrado?

—No, lo siento. Pero tenemos una lista de las llamadas entrantes y salientes de su móvil. Además de un archivo de audio con los mensajes de su buzón de voz.

—Ahora voy.

Mike colgó y se volvió hacia Nour.

—La policía —dijo—. Tienen una lista de sus llamadas.

• • •

Mike estaba al volante, nervioso. Tenso y expectante, asustado y resignado. Se sentía como en el examen práctico de coche. Aparcó delante de la comisaría, junto al acceso a la autovía, y entró.

La recepcionista llamó a Karlsson.

—Te están esperando —dijo en tono afable—. Cuarta planta, la segunda puerta a la derecha.

La mujer podría haber trabajado perfectamente en una agencia de publicidad.

Karlsson estaba en el pasillo cuando Mike salió del ascensor. Le hizo un gesto para que se acercara.

—Qué bien que hayas podido venir —dijo mientras lo acompañaba a su despacho, donde Gerda ya estaba sentado en una de las sillas de visita—. Siéntate.

Karlsson dio la vuelta al escritorio y se sentó delante del ordenador.

—El otro día nos comentaste que primero llamaste a Nour. Pero suponemos que antes de eso intentarías ponerte en contacto con tu mujer, ¿no?

—Evidentemente.

—¿Cuándo la llamaste por primera vez? Es sólo para ver que coincide.

Karlsson señaló la lista que tenía delante.

—No me acuerdo —dijo Mike—. Quería llamarla temprano para ver si vendría a cenar o no, pero al final no lo hice.

—¿Por?

—No quería que se sintiera mal. Pensé que por una vez que salía sola a pasárselo bien con sus amigas, mejor la dejaba tranquila.

—Entonces ¿cuándo la llamaste?

Mike se encogió de hombros, titubeante.

—Antes de acostarme —dijo—. ¿Sobre las doce?

Gerda movió las manos en el aire como para prepararse para hacer una pregunta incómoda que se veía obligado a formular en contra de su voluntad.

—¿Cómo estáis...? Quiero decir, a nivel de pareja.

—¿De verdad vais a seguir con ese rollo?

Karlsson alzó la mano para poner freno.

—Escuchemos esto un momento —dijo y movió el ratón con mano insegura hasta el archivo de audio correcto que aparecía en pantalla e hizo clic.

Mike oyó su propia voz y se sorprendió por lo débil que sonaba, sumiso y excusante.

«Sí, hola, soy yo. Tu marido. Sólo quería saber cómo lo llevas. Supongo que has salido con las del trabajo. Oye, me voy a dormir. Coge un taxi para volver, porfa. He bebido y no puedo ir a recogerte. Sanna está durmiendo. Besos. Adiós».

Después, una voz más mecánica de mujer informó:

«Recibido a las cero horas, catorce minutos».

Karlsson interrumpió la grabación y se volvió hacia Mike.

—En primer lugar, ¿sueles presentarte como su marido cuando llamas a tu esposa?

—No, supongo que quería parecer un poco divertido.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé.

—Yo tampoco. ¿Sabes qué me parece a mí? Me parece que estás más cabreado que una mona pero que no te atreves a demostrarlo. Me parece que suena como un lastimoso recordatorio del tipo «No te meterás en la cama con nadie, ¿verdad? Recuerda que estás casada. Conmigo».

Mike lo miraba fijamente. Karlsson le aguantaba alegre la mirada, como si lo acabaran de proclamar el hombre más estúpido del universo y estuviera orgulloso de ello.

Gerda agitó nervioso la mano en el aire.

—Lo que no entiendo es por qué le preguntas si ha salido con las del trabajo cuando tú ya sabías que iba a salir con ellas. Casi como si intuyeras que podía estar en otro sitio.

«Igual de gilipollas que el otro».

—Pareces nervioso —continuó Karlsson—. ¿Lo estás?

Mike miró a los dos policías.

—¿Éste es el motivo por el que me habéis pedido que viniera?

Karlsson juntó las yemas de los dedos bajo la barbilla. Parecía el director que salía en la vieja portada racista de Mastermind. El estratega, el pensador.

Karlsson se reclinó en la silla e intercambió una mirada con Gerda. Como si fuera la pieza del puzzle que estaban esperando. Un asunto de celos que había descarrilado.

Mike bufó por la nariz. Era más una constatación cínica que otra cosa.

—Tendréis que disculparme —dijo—. ¿Es esto todo lo que habéis conseguido? ¿Éste el motivo por el cual me habéis pedido que viniera?

Aún sin respuesta.

—¿Esto de estar callados es una especie de técnica de interrogatorio o algo así? ¿Es tan simple como que sospecháis de mí? ¿Que he raptado a mi mujer o, en su defecto, que la he matado y he ocultado el cuerpo? ¿Es eso?

—Solamente nos preguntamos si tu mujer tiene un amante.

Gerda intentó que pareciera algo trivial, como una circunstancia más, igual que el color de una casa o la marca de un coche.

—No, mi mujer no tiene ningún amante. Tuvo un lío con un tipo bastante desagradable al que por razones evidentes no tengo mucho respeto. Os lo diré así: el día que Bill Åkerman desaparezca sin rastro, entonces creo que deberíais buscarme y comprobar dónde estaba. Ha pasado un año desde eso y no, no he tenido motivos para pensar que la aventura haya podido seguir adelante. Además, Nour lo llamó el sábado por la mañana, por si acaso. Y no, Ylva no estuvo con él.

Mike se levantó.

—Si me disculpáis —dijo—, había pensado cruzar la calle hasta el periódico y pedirles que publiquen una foto de mi mujer. Alguien tiene que haberla visto, no puede haberse esfumado sin más.

## 26

—¿CÓMO que se perpetró con premeditación y alevosía? Me estás ocultando información.

Jörgen Petersson parecía casi irritado. Calle Collin soltó un suspiro.

—No quieres saberlo —dijo.

—Sí que quiero —se empecinó Jörgen.

—Créeme —añadió Calle—, no quieres.

—Eres un falso concienzudo, como esos presentadores de noticias que advierten de imágenes impactantes. No hay mejor manera de hacer que la gente se pegue a la pantalla. Sólo intentas alimentar el interés, eres como un director de circo antes del siguiente número.

—Te lo digo en serio, he tenido problemas para dormir.

—A mí nunca me ha pasado, yo duermo como los guapos de los anuncios.

Calle respiró hondo.

—Después no te quejes —dijo.

—¿Por qué iba a quejarme?

—Yo sólo te lo digo.

—No voy a quejarme.

—Vale —dijo Calle—. Alguien le abrió un agujero a Anders en la cabeza con un martillo y se lo encastró más o menos como haces con la mantequilla y luego dejó el martillo metido dentro, con el mango apuntando hacia arriba como una flor muerta en una maceta con tierra.

—Me cago en la leche.

—Ya te he dicho que no querrías saberlo.

—La puta de oros.

—No quiero ni una queja.

—¿Y eso se lo hizo su media naranja?

—Se lo hizo alguien que no tenía demasiada admiración por nuestro antiguo compañero de clase, hasta ahí podemos estar de acuerdo.

—Y entonces, la policía cree que fue un hombre quien cometió el crimen pero que una mujer lo atrajo hasta el lugar de los hechos.

—Más o menos.

—¿Y no tienen ni idea de quién fue?

—Ni la más mínima.

Jörgen asintió en silencio para sí.

—O sea que era célebre...

Calle dio un respingo.

—¿Qué has dicho?

—Anders Egerbladh —dijo Jörgen— debía de ser célebre.

Calle miró inquisitivo a su amigo.

—¿Has sido infiel? —preguntó al final.

Jörgen no entendía nada.

—¿De qué hablas?

—Has dicho célebre. Es una palabra clave que delata a los que han sido infieles. Para quitarle hierro a los desvaríos de uno mismo, se tiende a demonizar a quienes son ligeramente peor. Un poco como los alcohólicos que hablan de tomarse una pilsner. El que dice pilsner en lugar de cerveza es, por definición, alcohólico perdido.

Jörgen miró largo rato a su amigo.

—Me parece que ahora sí que te has ido a los confines de la galaxia.

—Por Dios, pero si es así —replicó Calle.

—No, no lo es —añadió Jörgen—. Y no, no he sido infiel.

—Eso espero —dijo Calle—. Tu mujer me gusta más que tú.

—Y si alguna vez me da por serlo, no haré que cargues con ese conocimiento.

—Te lo agradezco.

—Una palabra clave —dijo Jörgen soltando una risita—. Lo más tonto que he oído en mi vida.

EL restaurante había sobrevivido. Eso era lo más sorprendente. La vida de las terrazas normalmente era más bien corta en las ciudades de provincia y el ciclo repetía siempre el mismo patrón: descubrimiento del lugar, invasión del lugar y abandono del lugar.

Por regla general, el dueño de la actividad se emborrachaba con el éxito de la invasión y optaba por reducir el beneficio en un intento de mantener la clientela, pero ésta era un banco de peces que de pronto y sin previo aviso daba media vuelta y se largaba en cualquier otra dirección.

Había tres factores que explicaban por qué el restaurante de Bill Åkerman había conseguido sobrevivir. El primero era que tras una inesperada valoración positiva en la prensa local *Helsingborgs Dagblad*, Bill había decidido mantener la calidad de la comida y unos precios que rozaban lo indecente, lo cual convertía al restaurante en la elección evidente para las empresas cuando tenían que hacer cenas oficiales y para la gente mundana que una vez al año quería pagarse una buena cena.

El segundo factor era el emplazamiento del restaurante. El local ocupaba la planta baja de una antigua mansión patricia encima del Margaretaplatsen y tenía vistas al estrecho y a la costa danesa.

El tercer factor era Sofía, la esposa de Bill.

Sofía era la que llevaba el restaurante, contrataba al personal, elaboraba el menú, coordinaba las compras y creaba un clima agradable.

Bill sabía que no había podido elegir mejor socia para su negocio. La única pena era que se había puesto unos cuantos kilos de más en las caderas y que la inseguridad que esto le generaba la convertía en una persona

exageradamente servicial. Pero como ella ya estaba enterada de su lío con Ylva e, igual que la mayoría de los habitantes de Helsingborg, también sabía que Ylva había desaparecido, Bill no había intentado ocultarle que la policía quería hablar con él. Más bien esto reforzaba la imagen de Ylva como una sugerente seductora contra la que ningún hombre pensante podía luchar. Bill ya les había asegurado por teléfono que no sabía dónde estaba Ylva y había dejado muy claro que ya no mantenían ningún tipo de relación. Aun así, los policías insistieron en que querían citarse con él.

La reunión tuvo lugar en el bar del restaurante, que estaba vacío durante la comida.

—¿Cuándo viste a Ylva por última vez? —preguntó Karlsson después de aceptar un café gratis.

—¿Te refieres a cuándo nos acostamos por última vez o a cuándo la vi?

—Cuándo la viste. Y lo otro también.

—Tuvimos un asunto bastante breve en junio del año pasado. ¿Qué hará de eso, once meses? La última vez que la vi fue en la calle Kullgatan. Creo que fue en abril, no estoy seguro.

—¿Hablasteis?

—Sí. Discretamente.

—¿Qué quieres decir?

—Es una ciudad pequeña, siempre hay alguien que puede verte.

—Ya, ¿y de qué hablasteis?

—De nada en especial. Me preguntó cuándo empezaríamos a follar otra vez.

Karlsson y Gerda dieron un respingo, inseguros de si les estaba tomando el pelo o no.

—Es lo que dijo —afirmó Bill—. Le dije que no lo haríamos nunca más.

—¿Por qué no?

—Porque yo no quería. Pero eso no se lo dije. Si rechazas a una mujer tienes una enemiga para el resto de tu vida. Hay que andarse con cuidado.

—¿Y qué le dijiste?

—Le dije que no quería arriesgar mi matrimonio.

—Pero no era verdad.

—No.

—¿Y por qué no querías?

Bill los miró y se encogió de hombros.

—Tenemos gustos diferentes.

Los policías lo miraban con ojos como platos y la boca seca, como dos jovencitos en edad de la confirmación. Karlsson fue el primero en reaccionar.

—¿A qué te refieres con «gustos diferentes»? —preguntó, y luego se aclaró la garganta para deshacerse del nudo que se le había formado.

—Bueno, a ver cómo te explico...

—Dilo tal y como es —dijo Karlsson inclinándose hacia adelante con interés.

—Le iba el teatro. Tipo... echarse para atrás y decir ¡Atrápame!

—No te entiendo.

—Le gustaba que la dominaran.

—¿Te refieres a atarla y cosas así? —dijo Karlsson con el mismo interés palpitante que el de un adolescente en busca de material masturbatorio.

—No tiene por qué. Y no creo que tenga nada que ver con su desaparición. Sólo digo que le gustaba que la trataran con dureza, que la forzaran. A pesar de que parezca tan dócil. El sexo es lo que tiene, ¿no? El exterior no siempre se corresponde con el interior. Recuperamos en los columpios lo que nos hemos perdido en el tiovivo. Los chicos duros son amantes delicados, los blandos tienen más cosas que demostrar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Gerda.

Bill Åkerman probó el café.

—Que tendría que haber elegido a un tipo más blando.

• • •

Karlsson lanzó los papeles con desdén sobre la mesa, se reclinó en la silla y estiró las piernas.

—Vale —dijo entrelazando los dedos detrás de la nuca—. Tenemos a una calentorra infiel y a un marido cornudo. ¿Conclusión?

—¿Llega tarde a casa y la cosa al final se sale de órbita? —sugirió Gerda.

—Sí —continuó Karlsson y suspiró—. Tendremos que hablar con los

vecinos. Deben de haberla visto llegar a casa.

—¿En mitad de la noche? —preguntó Gerda.

—Siempre hay alguien despierto.

—He pensado que podríamos hablar con la niña —dijo Gerda mirando el reloj—. A estas horas debe de estar en el colegio, ¿no?

—Si tenemos suerte.

Aparcaron detrás del comedor y le preguntaron a un alumno con el que se cruzaron dónde estaba la sala de profesores. Se toparon con una mujer corpulenta que en su día fue guapa y que ahora se esforzaba en ocultar que ya no lo era. Karlsson y Gerda expusieron el motivo de su visita, la mujer entendió de inmediato de qué se trataba. A semejanza del resto del personal de la escuela, los últimos días ella tampoco había hablado de nada más aparte de la desaparición de Ylva. Les pidió a Karlsson y a Gerda que esperaran en la sala de profesores mientras iba a buscar a Sanna, que estaba en clase.

La mujer volvió con la niña de la mano y no le importó que la policía viera esa muestra de su afecto por los alumnos. Les presentó a Sanna a los dos policías y a la pequeña le dijo que querían hablar un poco con ella, quizá preguntarle algunas cosas.

—No pasa nada —aseguró con su voz más dulce y luego se volvió hacia Karlsson y Gerda—. Creo que sería conveniente que me quedara, si no os importa.

Karlsson asintió y la mujer se sentó en una silla al lado de Sanna sin soltarle la mano.

—Hemos hablado con tu padre —dijo Karlsson con la misma voz que utilizaba siempre, independientemente de quién fuera su interlocutor—. Nos ha contado que tu madre ha desaparecido. ¿Recuerdas cuándo la viste por última vez?

Sanna asintió en silencio.

—¿Cuándo?

Sanna se encogió de hombros. Gerda decidió intentarlo empleando un tono de voz más afable que el de su compañero.

—¿Te acuerdas de dónde viste a tu mamá por última vez?

—Sí —dijo Sanna.

—¿Dónde fue?

—Aquí en el cole.

La mujer completó la respuesta.

—Ylva dejó a Sanna el viernes por la mañana. El personal habló con ella.

Mike la vino a buscar.

Gerda asintió agradecido con la cabeza y volvió a mirar a Sanna.

—¿Y no has vuelto a verla desde entonces?

Sanna negó en silencio.

—¿Qué hicisteis tú y tu papá durante el fin de semana?

—Fuimos a Våla y al McDonald's. Alquilamos una peli.

—Parece divertido.

Sanna asintió.

—*Trampa para padres* —dijo Sanna.

Gerda no lo entendió.

—Es buenísima —añadió Sanna.

—Ah, vale, la película. ¿Tu padre también la vio?

—Hablaba por teléfono.

—¿Cuándo te explicó que tu mamá había desaparecido?

—Cuando llegó la abuela. Después vino la policía.

—Sanna, estos hombres también son policías.

Sanna asintió pero sin estar del todo convencida.

—Pero los otros eran policías de verdad —dijo al final—. Papá dijo que mamá iba a volver mientras yo estuviera durmiendo, pero no volvió. Me dijo que estaría en casa cuando me despertara, pero no estaba.

Gerda se sentó en el canto de la silla y se inclinó hacia Sanna en actitud confidente.

—Tu mamá y tu papá —dijo—, ¿suelen discutir?

• • •

Gerda miraba fijamente por la ventanilla del coche.

—Sólo espero que sea él. Si no, le habremos jodido la vida. Esa vieja chismosa no se dormirá en los laureles.

Se refería a la prominente mujer que había absorbido todas y cada una de

las palabras que habían sido pronunciadas en el interrogatorio.

—Eras tú el que quería venir —dijo Karlsson.

—Déjalo —respondió Gerda—. O la tía aparece con el rabo entre las piernas cuando haya acabado de follar o él se la ha cargado. No puede ser de otra forma. Y si no lo ha hecho él, pues habrá contratado a alguien.

Karlsson se mordía nervioso el dedo índice.

—Nos podría caer un puro por una cosa así —aclaró Karlsson—. Si yo fuera él nos pondría una denuncia, está claro.

—Oye —dijo Gerda—. Tiene otras cosas en la cabeza.

Karlsson encendió la radio. Alguien con voz amanerada hablaba a toda prisa y gritando más de la cuenta.

—¡Puta radio de mierda! —exclamó y la apagó.

• • •

Era todo tan extraño, tan difícil de entender...

Kristina llevaba toda la tarde delante del televisor. Había visto lo que había pasado y había oído lo que se había dicho, pero aun así todo le había pasado desapercibido. No lograba asimilar nada. El mundo de su alrededor parecía haberse bloqueado.

Una persona no podía desaparecer así sin más.

Una sola idea le rondaba por la cabeza, un único pensamiento que impedía que todas las imágenes y los sonidos de la tele quedaran registrados en su retina y en sus tímpanos.

Era una idea que ni quería ni podía pensar: una idea desagradable de la que no lograba desprenderse de ninguna manera.

La idea de que su hijo tuviera algo que ver con la desaparición de Ylva.

No le cabía en la cabeza, nunca había considerado a Mike una persona violenta. Al contrario, era de naturaleza muy tranquila.

¿Podría haberse colmado el vaso?

Y si realmente había sido así, ¿qué futuro les esperaba? ¿Quién cuidaría de Sanna? Kristina se imaginaba el rechazo del entorno, el pánico al contacto. Sanna lo tendría muy difícil para hacer amigos en los que pudiera confiar.

Kristina quiso evocar la imagen de un enfermo psicótico apuñalando a su nuera a plena luz del día. Intentó imaginarse a Ylva con una sonrisita irresponsable en la cama de otro hombre. No, no con una sonrisita irresponsable, más bien riéndose a carcajadas. Para que Mike por fin comprendiera qué clase de mujer era y pudiera liberarse de ella.

Pero ninguna de estas fantasías consiguió apartar la idea que bajo ningún concepto parecía querer salir de su cabeza: que Mike sabía más de lo que decía, que estaba implicado de alguna forma en la desaparición de su mujer.

Kristina oyó el teléfono. Ya llevaba un rato así, pero no sabía cuántas veces habría sonado. Al final su cerebro pareció reaccionar y se levantó para cogerlo. Miró la pantalla y vio que era Mike.

Respiró hondo, cerró los ojos y dijo:

—¿Has descubierto algo?

Su hijo lloraba al otro lado de la línea.

—No tengo a nadie con quien hablar —dijo entre sollozos.

Kristina contuvo la respiración, estaba preparada. Fuera lo que fuese. Le daba igual. Mike era su hijo, nada podía cambiar eso.

—Explícamelo —dijo ella—. Te escucho.

Ella esperó a que Mike se calmara lo bastante para entender de qué le estaba hablando.

—Han ido a la escuela —explicó al final.

—¿Quiénes?

—La policía. Han hablado con Sanna.

Kristina no dijo nada.

—¿No lo entiendes? —dijo Mike—. Creen que he sido yo. Creen que yo la he matado. ¿Cómo se les puede siquiera pasar por la cabeza?

Su voz era resignada y desesperada, pero no ocultaba ninguna mentira. Kristina sintió que los calambres de sus músculos desaparecían.

## 28

**K**ARLSSON y Gerda llamaron a las puertas de todos los vecinos. ¿Había visto u oído alguien algo que pudiera arrojar luz sobre la desaparición de Ylva? ¿Algún coche que hubiese llegado o salido de la casa de los Zetterberg? El lapso de tiempo que les interesaba era desde las nueve de la noche hasta la mañana siguiente.

Karlsson y Gerda eran conscientes de que todas y cada una de las preguntas que hacían alimentaban las sospechas en la misma dirección.

El resultado de dos días de trabajo de campo fueron dos testigos independientes que habían oído un coche saliendo de la calle Bäckavägen y que había subido por Sundsliden, sobre las tres y cuarto de la madrugada. Sin embargo, esa alternativa quedó rápidamente descartada cuando descubrieron que el coche había sido conducido por un chaval de dieciocho años, sobrio, que se había pasado todo el viernes en casa de la novia.

—Qué mala suerte la nuestra —dijo Karlsson—. Ya se podría haber quedado a dormir. En nuestra época lo hacíamos.

—Si yo tuviese una hija de quince años tampoco habría dejado que uno de dieciocho se quedara a sobar —repuso Gerda.

—No, supongo que si tienes niñas es otra cosa. ¿Tú qué quieres?

—No sé.

—Yo tampoco.

Se encontraban en la cola de la heladería del quiosco de Sofiero.

—Estaba pensando en un helado blando de nata —dijo Gerda.

—Muy valiente.

—Con virutas de caramelo.

—La casa por la ventana.

—Sólo se vive una vez.

—Cierto. Yo creo que pediré uno de tres bolas. Con mermelada y nata montada.

—Te has pasado.

—Me lo merezco. Si tú te pides virutas, yo me pido mermelada y nata. Les sirvieron los helados y se los comieron al sol, apoyados en el coche.

—No podríamos estar mejor que ahora, ¿verdad? —dijo Karlsson.

—Habla por ti —contestó Gerda—. Se me han acabado las virutas.

—¿Dónde te desharías del cuerpo?

—No sé. ¿Tú?

—En un lago —dijo Karlsson—. Con pesos.

—Mucho lío —repuso Gerda—. Tienes que cargar y arrastrar y tener barco y luego vas por ahí muerto de miedo de que el cuerpo se suelte y suba a la superficie. Mejor enterrarlo, digo yo.

—Pero entonces hay que cavar muy hondo. Siempre hay animales hurgando en la tierra. Me encanta cuando la nata se pega al helado y se pone dura.

—Sí, cuando se hacen grumitos.

—Tendremos que hablar con él otra vez. Ya han pasado algunos días. Quizá el peso de la conciencia haya hecho su trabajo.

• • •

Mike Zetterberg se preguntaba qué más podía hacer. Intentaba pensar de forma constructiva, encontrar un cabo suelto de donde tirar.

Ylva no se había subido al autobús. Incorrecto, eso no lo sabía. Lo que sabía era que ningún conductor ni ningún pasajero recordaba haberla visto. Era muy posible que nadie se hubiera fijado en ella, aunque a Mike le costaba creerlo. Ylva atraía las miradas y tenía esa sonrisa abierta que invitaba al contacto. Solía escuchar música para no tener que hablar con la gente.

¿Música? ¿Podría haberse bajado a la calzada y que la hubiesen atropellado sin que nadie lo viera? ¿Un conductor a quien le hubiera entrado

el pánico y se hubiese llevado el cuerpo inerte de Ylva para enterrarlo o tirarlo al mar? Poco factible. Estaba en el centro de la ciudad, había gente por todas partes. Extremadamente improbable, rozando lo imposible.

Lo más verosímil, no tenía más opción que darle la razón a la policía en este punto, era que se hubiese citado con alguien. A Mike le había dicho una cosa, y a las compañeras de trabajo, otra. Para cubrirse las espaldas. La pregunta era con quién había quedado.

Las listas de llamadas de su teléfono móvil no daban ninguna pista. Él mismo las había estado revisando con Karlsson y Gerda. Los *e-mails* que habían entrado y salido de su ordenador del trabajo tampoco dieron nada de sí. No había ningún flirteo *on-line* en la papelera de reciclaje. Claro que los había podido borrar para no arriesgarse a ser descubierta, o podría haberse creado una cuenta secreta, pero Mike lo dudaba. A las mujeres de mediana edad no se las cuestionaba de buenas a primeras y no tenía ninguna necesidad de esconderse. En la adolescencia era otra historia. Las chicas jóvenes se ganaban una mala reputación y los chicos se convertían en héroes.

Ylva llevaba cuatro días desaparecida. No se había marchado de fin de semana con un amante apasionado. Y su pasaporte seguía en la cómoda, así que no podía haberse ido con un billete de última hora.

El móvil...

Mike iba a llamar a Karlsson y a Gerda justo cuando los vio subir la rampa del garaje. Abrió la puerta de la casa y vio sus caras de seriedad.

—¿La habéis encontrado?

Karlsson le puso una mano en el hombro.

—Hablemos dentro.

Durante los treinta segundos que tardaron en llegar a la cocina y sentarse, Mike estuvo convencido de que habían encontrado el cuerpo de Ylva. Así que cuando le dijeron que aún no habían dado con ella le invadió una sensación de alivio.

—El móvil —dijo—. ¿No se puede ver dónde ha estado?

—Apagó el teléfono en la calle Tågagatan.

—¿Cuándo?

—El viernes, sobre las seis y media.

—Entonces tendría que haber estado en el autobús —afirmó Mike.

—¿Por qué?

—Salió de allí. Coincide con la hora a la que se fue del trabajo.

—Pero no estaba en el autobús —repuso Gerda.

—No hemos venido por eso —dijo Karlsson—. Hemos hablado con Bill Åkerman.

Mike se quedó de piedra por un segundo.

—Ah, ¿y qué ha dicho?

—En primer lugar, estuvo trabajando todo el viernes, el personal lo ha corroborado. Pero nos explicó otra cosa que nos pareció interesante.

—¿El qué?

Mike se inclinó hacia adelante con interés. Karlsson buscó apoyo en Gerda.

—¿Cómo era vuestra vida sexual?

Mike se puso rojo en un abrir y cerrar de ojos. Era un rubor de rabia, no de vergüenza.

—¿Qué cojones quieres decir con «¿Cómo era vuestra vida sexual?»? Nuestra vida sexual «es». Muchas gracias, me parece perfecto. Que se metiera en la cama con ese capullo no significa que no me quiera a mí, significa que no se quiere a sí misma. Sí, sé que parece muy estereotipado, pero en este caso resulta que es verdad. A mi mujer le gusta tontear, siempre va en busca de emociones absurdas. La he visto varias veces bailando pegada con los vecinos, pero también la he visto, que es mil veces peor, os lo aseguro, tener que aguantar la angustia que le viene encima después, cuando se odia a sí misma y sólo tiene ganas de morir.

—Creía que nos habías dicho que no estaba deprimida.

—Bill Åkerman fue la gota que colmó el vaso, el toque que ella necesitaba. Después de aquello fue como si volviéramos a empezar. Y, seguramente, en gran parte, fue por eso que decidió no salir con las del trabajo.

Karlsson y Gerda se miraron y asintieron juntos.

«Seguro».

## 29

**L**E costaba oír lo que decía la otra persona.

Calle Collin tenía delante a un viejo actor. Estaban sentados a una mesa junto a la ventana en un restaurante de categoría que el actor había elegido. El resto de comensales eran de la misma generación que éste y muchos lo miraban de reojo. Dos grupos habían pasado junto a la mesa antes de abandonar el local y le habían dado las gracias al actor por muchos momentos buenos y divertidos. Él había aceptado las palmadas en la espalda con falsa modestia y entusiasmo.

La razón por la que a Calle Collin le costaba oír lo que el actor le decía no era que vocalizara mal. El motivo era su falta de interés en la conversación.

—«Yo éxito anécdota pausa para reír récord de público infancia complicada no siempre tan fácil lo conseguí de todos modos yo humilde yo siempre duda yo siempre lucha yo lo central yo interpretar yo ahondar en el personaje yo retórica vacía yo».

Calle asentía atentamente con la cabeza mientras iba tomando apuntes. Sentía cierta nostalgia. El actor no era una mala persona, su egocentrismo nacía de un amor propio ajado y de una necesidad infinita de reconocimiento. Momentos como ése eran oxígeno puro para su persona.

La entrevista con Calle Collin iba a ser una copia a carbón de todas las anteriores que le habían hecho al actor. No obtendría nada nuevo y la verdad brillaría por su ausencia. Calle le pasaría el texto al actor para su aprobación y éste le vendría con algunos puntos de vista y quizá incluso le daría a entender que los esfuerzos de Calle no acababan de corresponderse con lo que el actor había esperado, pues a estas alturas, cuando le hacían un hueco

en una publicación, la relevancia de la entrevista era infinitamente más elevada, dado que el punto álgido de su carrera hacía tiempo que había quedado atrás.

Después, el actor tacharía todo aquello que Calle consideraría las únicas observaciones sinceras de la entrevista y le añadiría alguna que otra opinión ensalzadora de su cualidad profesional antes de que todas las partes quedaran satisfechas.

El actor había sido entrevistado infinidad de veces a lo largo de su carrera. Las preguntas habían sido las mismas de siempre y las respuestas, también. Calle reconocía las frases que salían de la boca del actor de fragmentos de otras entrevistas que había leído para preparar la suya. Eran idénticas, y las huellas del tractor tan profundas que por mucho que el actor se esforzara en parecer franco y sincero le resultaba imposible alejarse de la imagen que se había creado de sí mismo.

—¿Por qué? —preguntó Calle Collin de repente y sin previo aviso.

El actor perdió el hilo de la anécdota que estaba repitiendo por enésima vez.

—¿Perdón?

Calle Collin se dio cuenta de que había pensado en voz alta y de que no tenía la menor idea de lo que le estaba contando el entrevistado.

—¿Cómo te convertiste en la persona que eres hoy? —dijo Calle y cambió de postura.

—Cuando no te conviertes en lo que debías ser, acabas siendo lo que realmente eres —contestó de forma automática y mecánica.

Calle Collin esbozó una leve sonrisa y asintió en silencio.

—¿Quién eras en el colegio? —preguntó—. ¿El payaso de la clase? ¿Una tímida violeta?

El actor se quedó un buen rato callado antes de responder.

—Era malo —dijo al final—. Pegaba a la gente para que no me pegaran a mí.

• • •

Mike estaba sentado a la mesa de la cocina. Reinaba el silencio. Ni siquiera la nevera emitía su particular sonido. Estaba pensando en pasar la hoja del periódico para oír el ruido del papel, pero no tenía la menor idea de dónde sacaría las fuerzas para levantar la mano y ejecutar el movimiento.

Había hecho todo cuanto estaba en sus manos. Al menos eso se repetía una y otra vez. En verdad no sabía si era cierto. Quizá no había hecho nada. Quizá sólo estaba sentado en la cocina incapaz de actuar, con un periódico que no leía, un periódico que había salido a recoger del buzón porque siempre salía a recoger el periódico del buzón. Todas las mañanas de su vida adulta.

Ylva no había vuelto a casa, no había nada más que añadir. Había ido al trabajo, había estado en el trabajo y se había marchado del trabajo. Pero no había vuelto a casa.

Ylva había desaparecido. No daba señales de vida y nadie la había visto. Se había esfumado.

Dentro de cinco días su hija cumplía ocho años. Los compañeros de clase de Sanna estaban invitados a una fiesta. Mike no contaba con que Ylva apareciera para entonces.

Mike pensaba en su relación, en si a esas alturas la podían considerar como tal.

Su teléfono móvil empezó a vibrar sobre la mesa, y en el silencio el traqueteo sonó como un ruido sorprendentemente fuerte. Mike miró la pantalla, vio que era de la oficina y contestó.

El tono desenfadado y simpático del compañero de trabajo dejaba en evidencia su falta de naturalidad.

—Sólo quería saber si ibas a venir hoy por la oficina.

—Por supuesto, voy de camino. He pasado una mala noche.

—No hay prisa —aseguró el compañero—. La reunión no es hasta después de comer.

—Gracias por llamar —dijo Mike.

Cortó la llamada y dobló el periódico. Habían pasado diez días desde la desaparición de Ylva.

## 30

«**L**OS que aseguran que no hay diferencia entre los niños y las niñas nunca han organizado una fiesta de cumpleaños», pensó Mike. Los niños gritaban como energúmenos, jugaban a pelearse, iban esparciendo palomitas y derramaban los refrescos, mientras que las niñas se juntaban alrededor de Sanna para ver cómo abría los regalos.

Si la diferencia era genética o estaba motivada por factores culturales ya era otro tema, pero Mike estaba agradecido de tener una hija y no un hijo. Aunque hubiese excepciones, claro. Como el simpático y filósofo Ivan, que a la pregunta de cómo estaban mamá y papá había contestado con un «No muy bien, ahora somos bastante pobres, este año no podremos ir a Tailandia». O el tranquilo Tobías, que un par de años antes se había pasado la fiesta llorando al descubrir que la bolsa de chucherías no tenía bombones de licor. En los siguientes cumpleaños Mike se había encargado personalmente de que el error no se volviera a cometer.

Mike y Kristina habían metido una mesa plegable extra en la cocina y habían puesto platos para todos los invitados. Dos parejas de padres estaban sirviendo helado y merengues en bandejas, Kristina cortaba plátanos en rodajas y Mike diluía zumo concentrado en una jarra con agua. La caótica bulla que llegaba del salón era música para sus oídos, un recordatorio de que la vida continuaba con la misma fuerza de siempre a pesar de que él estuviera suspendido en el vacío.

Porque así eran las cosas. Nada cambiaba, todo seguía. Un océano de palabras y expresiones rígidas eran pronunciadas para marcar, atribuir significados, conciliar y consolar. Pero no impedían que Holst pasara por

delante de casa con su Volvo familiar o que Halonen saludara de lejos cuando paseaba a su pastor alemán.

La vida continuaba. Hasta lo más colosal era apenas una mera muesca en la superficie, y nunca sería nada más que eso. Los consuelos del entorno se habían reducido hasta convertirse en un simple «¿Nada nuevo?», que Mike respondía con expresión preocupada. Nada nuevo.

Miró la hora. Eran las dos y veinte. El postre de helado con merengue y plátano estaba casi a punto y, a juzgar por el nivel de ruido, la casa empezaba a recordar a *El señor de las moscas*.

—¿Los llamo? —preguntó Mike.

—Adelante —respondió su madre.

Mike salió al salón, dio un silbido para hacerlos callar y les explicó que ya podían ir a sentarse a la cocina.

• • •

Había globos en el buzón y en la puerta principal. Ylva seguía la llegada de los invitados a través de la pantalla. Los compañeros de la clase de Sanna estaban allí, bien vestidos y con regalos envueltos, listos para ser entregados a la cumpleañera. Los anfitriones les daban la bienvenida a los niños, Mike se quedaba en la puerta y charlaba un momento con los padres.

Ylva los veía incómodos, rígidos e inseguros. Daba por hecho que su ausencia todavía ocupaba gran parte de su pensamiento. Lo raro sería que no fuera así.

El sol brillaba, pero los globos se agitaban con el viento. Ylva supuso que no habían podido poner la mesa en el jardín, con platos de papel y vasos de plástico.

Anders y Ulrika se quedaron para ayudar, Björn y Grethe hicieron lo mismo. La madre de Mike había llegado la noche anterior. Seguramente, el resto de padres y madres aprovechaban para estar un rato a solas y dar un paseo, ir a la ciudad, al cine o algo similar. Si les daba tiempo. Las fiestas de cumpleaños no solían durar más de dos o tres horas.

Cuando todos los invitados hubieron llegado y la puerta estuvo cerrada,

Ylva ya no pudo ver lo que pasaba, pero se lo podía imaginar sin ningún problema. El recuerdo del nivel de ruido de fiestas anteriores todavía retumbaba en sus oídos.

Durante la siguiente hora lo único que pudo ver en la pantalla fue a Mike sacando la basura. Después, la puerta de la terraza se abrió de un bandazo y los niños salieron corriendo como una masa orgánica. Mike y Anders los dividieron en dos equipos e hicieron una especie de carrera de relevos con un naranja debajo de la barbilla. Luego jugaron al escondite.

Mike y el resto de adultos volvieron a meterse en la casa. Un cuarto de hora más tarde asomó la cabeza y gritó algo. Los niños interrumpieron la actividad y entraron a toda prisa.

«Pesca de chuches», constató Ylva.

La fiesta no duraría mucho más. Pronto empezarían a llegar los padres para liberar la casa del bullicio y el desorden. Algunos se quedarían a tomar una copa de vino en la cocina para hacerles compañía mientras se tranquilizaban y recuperaban el aliento tras el caos temporal que era en sí misma toda fiesta de cumpleaños.

• • •

Sanna se untó una tostada. Lo hacía con tanto esmero que Mike e Ylva no tardaron demasiado en coger el hábito de sacar dos cuchillos para la margarina antes de poner el paquete en la mesa, uno para ellos y otro para su hija.

Cada tostada era una obra de arte para Sanna, una obra que no estaba terminada hasta que toda la superficie quedaba cubierta por una capa uniforme de margarina. Sin rayas ni irregularidades.

—¿Ha sido una fiesta divertida? —preguntó Mike.

Sanna asintió sin apartar los ojos de la tostada.

Su fijación con el untado había sido motivo de broma constante entre Mike e Ylva. Se preguntaban de qué era señal, debatían largamente de quién lo había heredado y lanzaban propuestas imaginativas sobre otros aspectos de la vida que pudieran merecer la misma atención.

En alguna ocasión, Ylva se había preocupado y se había preguntado si Sanna tendría algún tipo de dolencia, un rasgo de autismo o alguna combinación extraña definida en iniciales en mayúscula. Pero no se trataba de eso. Untar una tostada era, según Mike, una forma de meditar. Y no había motivo alguno en el mundo para analizar hasta la destrucción aquello que funcionaba. Era mucho más sencillo clavar otro cuchillo en el bloque de margarina. Vive y deja vivir. Con las particularidades de todo el mundo igual que con las nuestras.

—¿Qué ha sido lo más divertido? —preguntó Mike.

—Mamá no va a volver, ¿verdad?

La pregunta era un latigazo en la cara. Mike ya había pensado en el amparo erróneo de su propia madre, intentando ocultarle el suicidio de su padre con palabras superficiales sobre el accidente de coche. Recordaba cómo la sensación de desesperanza y culpa lo habían derrumbado cuando la verdad terminó por salir a la luz. Se había jurado a sí mismo no embellecer la situación ni proteger a su hija de la verdad.

—No —contestó—. Parece que no va a volver.

Sanna alzó la mirada.

—¿Está muerta?

—No lo sé —dijo Mike—. No sé nada.

Sanna clavó el cuchillo en la margarina y le dio un mordisco a la tostada. Clavó los ojos un momento en la mesa y luego miró por la ventana y el mundo que la esperaba al otro lado: naturaleza verde, lilas en flor, inminentes vacaciones de verano.

Los ojos de Mike se llenaron rápidamente de lágrimas y las membranas mucosas se le inflamaron tanto que tuvo que respirar por la boca.

# 31

## Amabilidad, recompensas

Cuando las víctimas están lo suficientemente doblegadas, comienza el proceso realmente maléfico. El perpetrador, que hasta el momento les ha pegado y humillado, de repente se vuelve generoso. La víctima se queda desconcertada y empieza a reevaluar al perpetrador, incluso a negar los maltratos previos. El perpetrador sólo lo hacía porque se veía obligado a ello. La víctima lo comprende. La víctima empieza a vivir su situación como normal y elegida por voluntad propia.

—**C**IERRA los ojos.

Ylva lo miró con miedo. Estaba de pie con las manos en la cabeza, tal como la habían instruido. El hombre sólo entreabrió la puerta y se asomó.

—Es una sorpresa. Cierra los ojos.

Ella obedeció, sus párpados temblaban nerviosos. Oyó al hombre entrar y acercársele. Ylva abrió los ojos. En una mano tenía una lámpara de suelo, y en la otra, una pesada bolsa de papel.

—Algo para leer —dijo él—. Te puede ir bien para matar el tiempo. ¿Utilizas gafas?

Ylva negó con la cabeza. El hombre le sonrió.

—Siéntate —le ordenó.

Ylva obedeció de nuevo. El hombre dejó la bolsa y la lámpara en el suelo y se sentó a su lado en la cama.

—Ahora estás aquí —dijo—. Sé que es difícil de aceptar. Quieres creer

que es temporal, que podrás marcharte. Pero al mismo tiempo sabes que eso no ocurrirá jamás. Y cuanto antes te deshagas de esa idea, antes te sentirás en paz. Créeme, dentro de un año no querrás irte. Dentro de un año te quedarás aunque te abra la puerta.

Le acarició el pelo. Como si ella fuera una niña y él, un adulto más inteligente que la estaba consolando.

—Esta vida que te damos no es mala —dijo él.

Le puso el índice debajo de la barbilla y le volvió despacio la cara para vérsela.

—La violencia no me hace sentir bien —continuó él—. Sólo pego por necesidad, como una vía para obtener obediencia. Es efectivo, pero no crea lazos fuertes. Yo prefiero la zanahoria antes que el látigo, el elogio antes que la reprimenda.

• • •

—Pero ¿qué quieres que hagamos?

Igual que la mayoría de los hombres, Karlsson tenía sangre en las venas, a pesar de todo. Un desafeitado y lacrimoso marido fiel con la mujer desaparecida era más de lo que podía gestionar. Si Karlsson no estuviera convencido de que las lágrimas de Mike eran de remordimientos de conciencia y no de tristeza, le habría dicho que sí a cualquier cosa.

—Quiero que la encontréis —dijo Mike.

—¿Cómo? —preguntó Karlsson.

Mike no lo sabía.

—O no quiere ser encontrada o...

Karlsson se detuvo, pero ya era demasiado tarde. Mike estaba llorando otra vez.

«Por Dios, vaya llorica —pensó Karlsson—. Como siga así yo también me pondré a llorar».

—Perdón —dijo Mike.

—No pasa nada —contestó Karlsson—. Es perfectamente comprensible.

Abrió el cajón del escritorio y encontró un paquete de pañuelos de papel

que lanzó sobre la mesa.

—Gracias —dijo Mike.

«Navaja oxidada», pensó Karlsson.

Drama pasional, navaja oxidada, remordimientos de conciencia.

EL extranjero era un buen sitio para ocultar su alcoholismo. El hombre daba por hecho que ése era el motivo por el que, en el exilio, los hombres occidentales eran tan exageradamente parecidos.

Johan Lind estaba casado con una mujer africana y era un orgulloso padre de dos críos pequeños, pero sus globos oculares estaban enrojecidos y habían adquirido un color amarillo hepático, tenía las mejillas fofas y una barriga cervecera como la de la mayoría de los hombres blancos en el Tercer Mundo.

Johan Lind daba el primer trago a la hora del almuerzo y nunca dejaba escapar la oportunidad de pasarse por el bar después del trabajo. El bar era una barraca de uralita y la oferta de bebidas se limitaba a cerveza local y a un puñado de mujeres jóvenes que se sentaban en el regazo de los hombres a reírles los chistes a cambio de propina o de una copa.

El hombre adivinó que así era cómo Johan Lind justificaba su triste existencia, alegando que en África quizá fueran pobres, pero sabían disfrutar de la vida. Que las cosas no eran tan serias como se decía en Suecia. Allí la gente ya había olvidado la importancia de reír.

O algo parecido.

El hombre no podía estar seguro de que Johan Lind pensara así, porque guardaba las distancias y hacía sus pesquisas desde un coche de alquiler, pero le parecía que su suposición no andaba lejos de ser la correcta. Llevaba en Zimbabue seis días y quería finiquitar cuanto antes el asunto que lo había llevado hasta allí. Disponía de la siguiente información: Johan Lind trabajaba como capataz en una construcción en el centro de Harare. Vivía con su familia en Avondale, un barrio al noroeste del centro urbano. Cada día de

trabajo era igual que el anterior.

Al hombre sólo le quedaba esperar el momento oportuno. Y llegó al día siguiente.

Como era viernes, Johan Lind decidió coger la moto para ir al trabajo. Era una moto ágil con amortiguador largo y aceleración furiosa. El hombre lo vio salir de su casa y darle gas en la primera curva como si fuera un veinteañero provocando a la muerte.

Algo más que patético, constató el hombre y lo siguió de lejos hasta su puesto de trabajo en el centro.

Cuando después de la jornada Johan Lind, fiel a sus costumbres, hizo su parada de rigor en el bar, el hombre decidió que había llegado el momento.

Se quedó esperando un poco alejado. Una hora más tarde, cuando Johan Lind pasó por delante a una velocidad notablemente más lenta que la habitual, reducida en gran parte para compensar la ingesta de alcohol, el hombre giró la llave en el contacto del coche de alquiler y salió tras él.

Estaba oscuro y no había muchos coches.

El hombre esperó a una recta sin casas. Empezó a adelantar y volvió a su carril dando un volantazo justo delante de la moto. Johan Lind perdió el control y cayó al suelo. La moto se deslizó unos metros y él quedó tumbado en el asfalto. El hombre detuvo el coche en el arcén y se le acercó corriendo.

—*You idiot, you fucking drove me off the road* —gritó Johan.

El hombre llegó hasta él y echó un vistazo a su alrededor. Johan Lind hizo un esfuerzo por aguantarse el dolor.

—¿Cómo estás? —preguntó el hombre.

Johan Lind se quedó boquiabierto cuando oyó su lengua materna. Miró consternado al terrible conductor que por poco le había robado la vida.

—Deja que te ayude —dijo el hombre—. Soy médico.

Deslizó el brazo por delante del cuello de Johan y cerró la llave.

—¿Te acuerdas de Annika? —preguntó, y le partió la nuca a su compatriota.

• • •

—En otras palabras, no tenéis nada.

El fiscal levantó la vista de los papeles que había leído ostensivamente mientras Karlsson y Gerda repasaban las conclusiones que habían sacado acerca de la desaparición de Ylva Zetterberg, tres meses antes.

Se habían aferrado a la infidelidad de la mujer, a sus informaciones contradictorias de dónde iba a pasar la noche del viernes y, por último, a su supuesta afición a la mano dura en el catre.

Karlsson y Gerda intercambiaron una mirada, ambos con la esperanza de que su compañero, con un locuaz comentario, le diera algo más de empaque a un informe ya de por sí vago, por no decir vacío.

El fiscal continuó ordenando papeles, un gesto claro de lo poco que valoraba el trabajo que le acababan de presentar.

—Ni cuerpo, ni testigos, ni extractos bancarios sospechosos, ni *e-mails* misteriosos ni llamadas inexplicables. En una palabra: nada.

Se los quedó mirando con gesto interrogante. Ni Karlsson ni Gerda dijeron una sola palabra.

—Pues asunto zanjado —dijo el fiscal y volvió a sus quehaceres sin dedicarles a los dos agentes de policía ni un segundo más de atención—. Eso es todo —añadió en voz baja.

## 33

LAS plañideras existían, eran reales, e incluso había un buen número de ellas repartidas por todo el mundo. Personas que asistían a funerales a los que no deberían ir, ladeaban la cabeza y asentían con compasión y mirada atormentada. Pero la mayor parte de la gente guardaba las distancias, desconcertada ante la tristeza de su semejante y sin saber cómo comportarse ni qué decir. Temían ser indiscretos, avivar las llamas del dolor recordando la tragedia. Y temían también que lo oscuro y funesto recayera sobre ellos de alguna forma.

Los que sufrían alguna desgracia y quedaban expuestos ante la inseguridad del entorno, más tarde solían decir que era indiferente cómo reaccionara la gente, pues lo importante era que reaccionara. Independientemente de la forma.

En el caso de Mike no había nadie a quien llorarle. Sólo incertidumbre y preguntas.

—¿Y ha desaparecido así sin más?

—Sí.

—Pero ¿cómo...? ¿Se ha largado?

—No creo.

—¿Ha pasado algo?

—No lo sé. Ha desaparecido. Salió del trabajo y no volvió a casa.

—¿Qué dice la policía?

—Nada. Dicen que esas cosas pasan, que a veces la gente desaparece.

—Pero en algún sitio tiene que estar. No entiendo...

Los amigos y compañeros de trabajo de Mike no podían darle el pésame.

Eso sería lo mismo que rendirse. Al cabo de un tiempo comenzaron a distanciarse. No había nada que añadir. La desaparición de Ylva seguía siendo un misterio.

La prensa local publicó un largo artículo al respecto después de que el programa «Se busca» estuviera recabando información sobre el caso, cinco meses después de la desaparición. El periódico analizaba, entre otras cosas, el último día de trabajo de Ylva y se completaba con una lista de las desapariciones sin rastro acontecidas en los últimos años en la zona. PERSONAS CUYO CUERPO NUNCA HA SIDO ENCONTRADO, decía el titular.

La mayoría eran hombres, más de la mitad supuestamente ahogados en el mar. Algunos habían sido vistos días después de desaparecer, pero los testimonios eran vagos y contradictorios.

Karlsson hablaba en condición de policía experto. Soltaba datos estadísticos y sugería posibles escenarios.

—En los casos en que sospechamos que el desaparecido ha perdido la vida, nos centramos en los familiares y conocidos más cercanos. Allí es donde solemos encontrar al homicida.

La cita no estaba explícitamente vinculada a Mike, pero el artículo iba acompañado de una foto de Ylva, una imagen que el periódico había tomado prestada en relación con su desaparición.

Karlsson no podría haber señalado a Mike de forma más evidente sin llegar a ser culpable de difamación.

Mike dedicó gran parte de la semana siguiente a confrontar las acusaciones.

Llamó a Karlsson, quien aseguraba que lo habían citado mal y no habían interpretado bien sus palabras. Había hablado en términos generales, no del caso de Ylva en concreto.

A su vez, el fiscal decía que era un caso para la comisión que investigaba a la prensa.

—Si lees con atención verás que...

Mike colgó el teléfono con un golpe y llamó al periódico.

—Hoy he ido a buscar a mi hija al colegio. Ha salido llorando. ¿A que no sabes lo que le habían dicho los otros niños?

El redactor jefe se lamentó, lo comprendía y se mostró dispuesto a hacer

una rectificación, lo cual hizo, en efecto. Una breve nota junto al editorial en la que ponía que ni la policía ni la fiscalía tenían la menor sospecha contra ningún familiar de Ylva.

Como en la mayoría de los desmentidos, fue peor el remedio que la enfermedad.

## 34

YLVA estaba tumbada en la cama mirando la pantalla del televisor. La luz empezaba a hacer recular la oscuridad de la noche. Era el mejor momento del día. Cuando sabía que iba a ver a Sanna y a Mike pasando por detrás de varias ventanas y tres cuartos de hora más tarde salir por la puerta y meterse en el coche.

Ylva tenía los ojos clavados en la pantalla, como si la seguridad de su familia dependiera de su dedicada supervisión. Estaba tan concentrada que todo a su alrededor desaparecía. Era casi como si ella estuviera allí, dentro de la imagen de la realidad que estaba observando.

Mike y Sanna habían adquirido rutinas. Se podía ver en el automatismo de sus movimientos. En cómo Mike cerraba la puerta, en cómo Sanna daba la vuelta al coche para meterse en cuanto él lo abriera. El elevador tenía ahora su puesto fijo en el asiento del copiloto. Sanna puso la mochila debajo del asiento y estiró el brazo para coger el cinturón. Mike a lo mejor tiraba la basura del día anterior. Dudaba un instante mientras la distribuía en los diferentes contenedores.

Había adaptado su jornada laboral al horario escolar de Sanna. Al menos por las mañanas. Su madre iba casi todas las tardes. Llegaba con la compra o con Sanna cogida de la mano.

Ylva se preguntaba si su suegra era feliz. Si sabía apreciar la importancia que le había sido delegada.

Kristina también había perdido su media naranja. La diferencia era que ella había vivido todo el proceso. Seguramente habría cargado con gran parte de la culpa, dándole mil vueltas a lo que podría haber hecho diferente,

castigándose de esa manera. Pero al menos sabía lo que había pasado.

Sanna llevaba una chaqueta de otoño nueva. Ylva estaba segura de que Mike le había dejado escoger la que ella había querido. Pensó que ella no habría sido tan generosa.

En cuanto desaparecieron de la imagen, Ylva empezó con la gimnasia matinal. Cinco minutos de marcha en el mismo sitio levantando las rodillas y con los brazos en los costados. Cien abdominales y veinticinco flexiones.

Ylva quería aumentar el número, pero tenía miedo de lesionarse y tener que interrumpir la actividad física del todo. Para su salud mental era importante sentirse fuerte.

Habían asesinado a Anders, habían asesinado a Johan. Asesinado. El hombre se lo había explicado al detalle con orgullo y también le había dicho lo que esperaban de ella.

No había ninguna prisa, le había dicho la mujer. No tenían inconveniente en que Ylva prolongara su sufrimiento, no se merecía una salida rápida. Pero cuando estuviera preparada, ellos le suministrarían los medios que precisara.

Después, la mujer se había quejado del olor a sudor. Se quejaba de todo. Ylva le tenía más miedo a ella que al hombre.

Después de la ducha, Ylva preparó una taza de té y una tostada. Después puso una lavadora y planchó la ropa, que eran las tareas que le habían encomendado. Curiosamente, las hacía con total dedicación. A cambio de su trabajo le daban comida, electricidad y agua. En una palabra: vida.

La lámpara de suelo, el hervidor y los libros los había ganado gracias a su diligente trabajo.

Ylva se merecía ese estímulo, hacía más de lo que se esperaba de ella.

Y siempre estaba predispuesta.

• • •

Calle Collin estaba en el edificio anexo de la biblioteca estatal, en la calle Odengatan. Había carteles en los que ponía claramente que sólo se podía coger un periódico a la vez, pero Calle tenía prisa y agarró media docena de periodicuchos provinciales antes de meterse en la sala de lectura.

El periodismo era una disciplina cíclica en sí misma. Una cosa llevaba a la otra, que a su vez exigía profundizar, lo cual resultaba en nuevos datos que llevaban a...

Los libros de la escuela de periodismo solían subrayar la importancia de tener fuentes múltiples e independientes. El acceso a la información objetiva era un requisito para que el ciudadano pudiera tomar decisiones inteligentes y acabar votando por el partido que él o ella considerara más indicado para dirigir el país durante el siguiente mandato.

Actualmente, Calle no trabajaba en periodismo social. Ahora luchaba en primera instancia por mantener alejada el hambre y a los acreedores, pero incluso el contenido de las revistas semanales seguía el mismo patrón cíclico. Era en los artículos de otros de donde Calle sacaba ideas para sus trabajitos.

Pasó las hojas deprisa e impaciente, buscando entre los textos. Lo que más le interesaba eran las noticias locales. Allí era donde estaba la chicha, sucesos extraños en la vida de personas normales.

Hizo algunas anotaciones sobre todo lo que le llamaba la atención. Aunque no sirviera de base para un reportaje o una entrevista, sí que podía inspirar alguna que otra carta del lector. No estaban tan bien pagadas pero eran rápidas de hacer. Durante un tiempo, Calle había tenido como *freelance* la tarea de llenar esas páginas en una revista familiar, y enseguida se había dado cuenta de que era mucho más fácil escribir él mismo que corregir los ininteligibles textos que enviaban los lectores.

Treinta minutos más tarde, Calle salió de la biblioteca. Volvió a su casa y a toda prisa envió un *e-mail* a cuatro redacciones con tres propuestas de artículos a cada una. Enviar más era tentar la paciencia de los redactores.

Hacia el mediodía los llamaría para preguntarles si habían tenido tiempo de mirarse las propuestas. Con un poco de suerte, alguno se mostraría interesado.

Oyó el correo colarse por la ranura de la puerta y caer al suelo. No cabía duda de que el cartero tenía un pasado de jugador de básquet profesional. Calle fue al recibidor y recogió los sobres con un suspiro. Los abrió con el pulgar y constató, fiel a su costumbre, que incluso cuando las cosas iban mal podían ponerse peor.

Tres horas más tarde ya había hablado con el cuarto y último redactor

jefe. Nadie había picado. Dos de ellos querían echar un vistazo a dos de las propuestas, pero no le prometían nada. Uno había mostrado rechazo directo y había soltado un suspiro ruidoso en cuanto Calle se presentó. Otro, un chico joven con grandes habilidades sociales pero un gran vacío interior de cuello para arriba, había declinado la oferta con un canturreo y alegando falta de recursos. Calle estaba seguro de que el chico no tardaría en ascender en el consorcio mediático más importante de Suecia.

Acababa de tumbarse en la cama y estaba mirando apático el techo cuando sonó el teléfono. Miró la pantalla. Era Helen, la redactora jefe de *Familias con niños*. Calle lo cogió risueño.

—Ha llovido desde la última vez.

—Desde luego —dijo ella, estresada—, y te pido disculpas. Hemos estado muy liados. Y todavía lo estamos. Por eso te llamo. Una pregunta rápida. ¿Cómo lo tienes para pasarte por aquí y escribir algo?

—Por supuesto, ¿cuándo?

—Mañana y el viernes. Y, si puedes, la semana que viene también.

—Cuenta con ello —dijo Calle.

—¿En serio? Genial, eres un amor.

—No hay problema —añadió Calle antes de colgar—. Hay que ver cómo me llaman todos —dijo en voz alta esbozando una sonrisa.

## 35

Y LVA estaba muerta, Mike lo veía cada vez más claro. Ya no abrigaba ninguna esperanza de que de repente lo llamara desde el Mediterráneo, donde estaría recogiendo uva en chanclas y pareo y haciendo de las suyas como una hippie calentorra en su segunda pubertad. Algo había pasado y no le gustaba imaginar alternativas. Cuando pensó en lo terroríficas que podían haber sido las últimas horas de su vida, Mike decidió bloquear las ideas que iban en esa dirección y centrarse en cualquier actividad práctica que tuviera delante.

—¡Papá, te han invitado a una fiesta de disfraces!

—¿Qué?, ¿a mí?

Sanna apareció corriendo con una invitación en la mano. Mike levantó a su hija y la abrazó fuerte. Con un gesto de cabeza saludó a su madre, que estaba en delantal en la cocina mirándolos con una sonrisa.

—¿Qué te vas a poner? —preguntó Sanna.

—No lo sé. ¿Me enseñas la invitación?

Dejó a Sanna en el suelo y cogió la postal. Se quitó la chaqueta y todavía estaba leyendo cuando entró en la cocina.

—Así que cumple cuarenta —dijo y le dio un beso a su madre en la mejilla—. Mmm, qué bien huele.

—Sólo son albóndigas, nada del otro mundo.

—No hay nada mejor.

—¿De qué te vas a disfrazar? —insistió Sanna.

—No lo sé. Para empezar, ya veremos si voy.

—¿Qué? ¿No piensas ir?

A Sanna no le entraba en la cabeza. Fiesta de disfraces, lo más de lo más.

—Claro que irá —dijo Kristina.

—Ya veremos —respondió Mike robando una albóndiga directamente de la sartén.

Sanna miró desilusionada a su padre.

—Tú nunca quieres hacer nada divertido.

—¿Cómo que no? —dijo Mike.

—No, nunca —contestó Sanna.

—Es que no sé si una fiesta de disfraces me parece tan divertida.

—Papá, a ti nada te parece divertido.

• • •

Calle Collin suspiró en voz alta. Era un texto absurdo que no daba pie a ningún título sugerente. Las citas no decían nada, los datos que se presentaban ya eran conocidos y el punto de vista era menos estimulante que una velada en el pueblo de Nässjö.

Era viernes al mediodía y toda la redacción de *Familias con niños* estaba almorzando en la cocina. Helen había intentado convencer a Calle para que se uniera, pero éste se negaba a abandonar el escritorio sin haber sacado un título. Era su último día como redactor de apoyo y quería terminar el artículo, a pesar de no lograr comprender cómo se le había ocurrido a Helen siquiera comprar el texto.

Los teléfonos no paraban de sonar a su alrededor, uno tras otro.

—¿Puedes llamar a recepción y decirles que no pasen ninguna llamada? —gritó Helen—. Diles que estamos de reunión hasta las cuatro.

Calle levantó el auricular y llamó.

—Creo que será mejor que cojáis esta llamada de todos modos —dijo la recepcionista—. Y creo que debería cogerla Helen en persona.

—Vale, pásamela.

Calle se presentó a la mujer, que estaba muy alterada y exigía hablar con la redactora jefe.

—¿De qué se trata? —preguntó Calle, que no quería interrumpir el hermoso momento cotidiano de la redacción con otra suscriptora enfurruñada

a la que no le había llegado la revista a tiempo.

Calle tardó medio minuto en entender la gravedad del caso.

—Un segundo —dijo—. Voy a buscarla.

Dejó el teléfono sobre la mesa, tragó saliva como pudo y se acercó a la cocina. Por lo visto, la expresión de su cara reflejaba lo que le estaba pasando por la cabeza, porque todo el mundo enmudeció al instante y se lo quedaron mirando desconcertados.

—Hay una mujer al teléfono —dijo Calle—. Tenéis un reportaje en el último número. Algo de África.

Helen asintió.

—Sí, ¿qué pasa con él?

—El chico está muerto —respondió Calle—. Murió en un accidente de tráfico hace casi cuatro meses.

—Dios mío.

Helen se levantó rápidamente.

—¿Tu teléfono? —preguntó.

Calle asintió.

Se quedó en la cocina escuchando, igual que los demás, la réplica sabia y tranquilizadora de Helen. Sus disculpas y lamentos sinceros, su plena participación. Sus explicaciones, irrelevantes por el contexto pero al mismo tiempo francas, justificando el contratiempo.

Uno de los reporteros había sacado el número en cuestión y lo había abierto por el artículo del que hablaban. Lo habían escrito medio año antes, pero estuvo guardado en el cajón hasta ahora. Calle se inclinó sobre la mesa para ver la foto del hombre que había fallecido en un accidente de tráfico hacía cuatro meses. El hombre posaba orgulloso con su familia, una mujer africana y dos hijos en común. Una niña recién nacida, a juzgar por la ropa, y un niño que parecía tener unos dos años.

Calle tardó algunos segundos en reconocerlo. Su corazón empezó a latir más deprisa y sus ojos a pasear por el texto en busca del nombre del fallecido. Correcto. Era él.

El hombre que había muerto en un accidente en África era Johan Lind, uno de los tiranos del patio que perteneció a lo que Jörgen Petersson llamaba la Pandilla de los Cuatro.

• • •

Mike asistió a la fiesta de disfraces, a pesar de que le parecían un crimen contra la dignidad humana, algo que sólo las personas aburridas, sádicas y carentes de imaginación podían proponer.

Fue por hacer feliz a Sanna. Para dar buen ejemplo y no ser de esos que le dicen siempre que no a la vida.

Mike fue también porque le habían asegurado que Virginia estaría en su mesa.

Virginia era una mujer rígida, con boca fruncida, expresión de rechazo en la cara y que emanaba frialdad y distancia. Virginia era también, media copa más tarde, la más loca de la fiesta.

En ocasiones como aquélla, a Mike le gustaba tanto Virginia como le disgustaban las fiestas de disfraces.

El resto de invitados le dieron unas palmadas en el hombro y le dijeron que se alegraban de verlo otra vez entre ellos.

Habían pasado casi diez meses desde que Ylva desapareció y casi medio año desde el artículo en el periódico. Mike respiraba con dificultad, como si tuviera un nudo en la garganta. Respiraba así desde lo de Ylva, una actitud que había hecho mella en su cuerpo.

La cena fue bien, Virginia no decepcionó, *Dr. Jekyll and Mrs. Hyde*.

Fue más tarde, cuando retiraron las mesas y con la música animando la insensatez juvenil e invitando a hacer bailes de falso erotismo, cuando Virginia se lo acercó de un tirón y le gritó al oído.

—Creo que lo sabes.

Asintió embriagada con la cabeza para sí y le dio unos toquecitos a Mike con el dedo en el pecho. Él tuvo un mal presentimiento, pero era tan desagradable que no lo quiso reconocer.

—¿El qué?

—¿Eh?

Iba muy borracha.

—¿Que sé el qué? —repitió Mike alzando la voz.

Virginia se tambaleó un paso hacia adelante y le hizo un gesto a Mike

para que le acercara la cabeza y así poderle gritar al oído.

—Ylva —dijo—. Creo que sabes lo que pasó.

Mike se la quedó mirando boquiabierto y sintió cómo se le iba acelerando el pulso. Virginia se encogió de hombros y señaló al resto de invitados.

—Todos lo creen.

## 36

**M**IKE se quedó hablando con su madre la mitad de la noche y las horas siguientes apenas logró pegar ojo. Cuando llevaba un buen rato contemplando la luz que se filtraba por debajo de la cortina del dormitorio, se puso los vaqueros y un jersey y bajó hasta la casa de Virginia y su marido, en la calle Tennisvägen. Pasaban unos minutos de las nueve y el matrimonio se acababa de levantar.

Lennart abrió la puerta, Mike pasó por su lado y entró en la cocina, donde Virginia intentaba ocultar su cara avergonzada y una supuesta laguna de memoria detrás de un periódico.

—A mí no me vengas con esa mierda —dijo Mike señalándola con un dedo acusador—. Ni se te ocurra venirme con esa mierda otra vez. Ylva ha desaparecido, seguramente esté muerta, y tú tienes la caradura de hacer broma al respecto. Especular sobre el tema borracha de vino.

Lennart dio un paso al frente intentando hacer su papel de hombre.

—Mike, ¿por qué no te sientas y lo hablamos con calma?

—No me toques.

Mike respiraba trabajosamente.

—Me lo estaba pasando bien en la fiesta —dijo—. Y vas tú y me la revientas soltándome esa mierda a la cara.

Virginia seguía callada con las mejillas rojas.

—¿Qué cojones querías decir? ¿De verdad piensas, pensáis, que tengo algo que ver con la desaparición de Ylva? ¿De verdad lo pensáis?

—Claro que no lo pensamos —contestó Lennart—. Fue un malentendido, ¿verdad, Virginia?

Su mujer permanecía inmóvil, rígida como una estatua.

—Pues dejadme que os diga que no tengo nada que ver con ello. Lleva diez meses y siete días sin dar señales de vida. No pasa una hora sin que me pregunte qué pasó la noche que desapareció, ni una sola hora. Lo único que deseo es que fuera rápido, que no sufriera. Y vosotros tenéis estómago para ir por ahí especulando. ¡Especulando! Deberías moriros de vergüenza, los dos.

Mike se volvió hacia Lennart con los ojos llenos de desprecio.

—Ir con una Harley sin silenciador, ¿no te das cuenta de que todo el mundo se ríe de ti? Hombre maduro con moto. ¿Qué viene después? ¿Guitarra eléctrica? Si tuvieras la menor idea de lo que estoy viviendo, lo que Sanna y yo estamos obligados a aguantar cada día, seguro que no me habríais venido con gilipollecas como ésa, putos desgraciados.

Virginia seguía callada con la mirada fija en la mesa, Lennart hizo un nuevo intento de infundir respeto.

—Mike, joder.

—Cierra el pico. Te falta fuerza.

Mike dio un portazo al salir. Subió por la escalera hasta Ankarliden y luego continuó por la calle Bäckavägen. Caminaba deprisa a pesar de la fuerte pendiente y tenía más nervio en los pasos y más calma en el pecho de los que había tenido en los últimos meses.

Cuando llegó a casa, su madre y Sanna ya se habían levantado y estaban preparando el desayuno.

Su hija lo miró.

—¿Adónde has ido?

—A ver a Virginia y a Lennart. Había una cosa que tenía que decirles.

—¿Te lo pasaste bien en la fiesta de disfraces?

Mike estiró los brazos para levantarla.

—Fue divertidísimo —manifestó dando una vuelta de baile.

Se abrazó a Sanna y le sonrió a su madre.

• • •

Mike dejó a Sanna en el colegio y fue directo al hospital. Pagó por un día

entero de parking. No tenía la menor idea de cuánto tardaría, pero partió de la base de que se le podría alargar la cosa.

Fue hasta los ascensores y leyó el panel. Quinta planta.

La puerta del pasillo estaba cerrada con llave, así que Mike llamó al timbre. Una enfermera apareció arqueando las cejas y con cara desconcertada. Con aquel traje caro que llevaba, Mike no parecía un paciente.

La enfermera le abrió.

—¿Sí?

—Mi mujer ha desaparecido y seguramente esté muerta. Mis vecinos creen que yo estoy detrás de todo. Tengo una hija de ocho años, necesito ayuda. Alguien con quien poder hablar.

Vio que la enfermera titubeaba, como si le estuvieran gastando una broma. Después asintió una vez.

—¿Has estado aquí alguna vez?

Mike negó en silencio.

—Acompáñame —dijo ella.

La enfermera le mostró dónde podía sentarse y le prometió que volvería enseguida.

Pasaron un par de minutos antes de que regresara acompañada de un médico, un hombre de unos sesenta años de edad. A Mike le resultaba familiar. ¿Podía ser el padre de algún amigo suyo?

El hombre alargó la mano y Mike lo saludó agradecido.

—Hola, Gösta Lundin. ¿Querías hablar?

Mike asintió en silencio.

Se metieron en una consulta, el médico cerró la puerta.

—Siéntate, ponte cómodo.

—Gracias.

Gösta Lundin se sentó al otro lado de la mesa.

—Perdona, pero no recuerdo tu nombre.

—Mike, Mike Zetterberg.

El médico dio un respingo, le echó una mirada fugaz y apuntó el nombre.

—¿DNI?

Mike le soltó la ristra de números.

El médico dejó el bolígrafo y miró a Mike con una sonrisa.

—Vale —dijo—. ¿Has venido así, sin más?

—Sí.

—¿Y por qué motivo?

Mike se lo explicó.

—... simplemente, no volvié a casa —resumió la historia—. Pero no fue dramático. No tengo ni idea de lo que le puede haber pasado, si es que ha sufrido un accidente o si la han asesinado.

—Pero ¿tú crees que está muerta?

Mike tardó unos segundos en responder. Quería estar seguro de sus palabras.

—Me cuesta imaginarme otra cosa.

—Has dicho que tus amigos sospechan que tienes algo que ver con la desaparición de tu esposa. ¿Comparte la policía esa idea?

—Mi mujer tuvo un amante un año antes de desaparecer. A lo mejor más de uno, qué sé yo. Cuando se lo expliqué a la policía, se reclinaron en la butaca y se miraron el uno al otro. Como si estuvieran esperando a preguntarme dónde había escondido el cuerpo.

—Pero eso no te molestó tanto.

—Resultó irritante y ofensivo en todos los sentidos, pero precisamente entonces, con el caos que se había generado por la desaparición, me dio más o menos igual. De todos modos, tampoco eran acusaciones explícitas sino más bien insinuaciones en forma de miradas y largas pausas. Como si estuvieran esperando a que mi conciencia entrara en razón, me derrumbara y les contara todo lo que había pasado.

—¿Por qué es distinto ahora?

—Porque acabo de volver a lo que se podría llamar el día a día. La fiesta a la que acudí el otro día me pareció un punto de inflexión. Era un baile de disfraces. Odio disfrazarme, pero aun así fui para demostrar que he vuelto.

Mike levantó la mirada y se topó con los ojos analíticos del doctor.

—¿Crees que me debería dar igual? Lo que piensen los vecinos —dijo Mike—. ¿Que, teniendo en cuenta todo lo demás, debería resbalarme?

Gösta Lundin negó con la cabeza sin reparos.

—No he dicho eso. Y tampoco es lo que quería decir.

Mike se arrepintió.

—Disculpa.

—No pasa nada. Sólo quiero que le pongas palabras a lo que sientes. ¿Cómo llevas la añoranza?

—Es un vacío, me siento como una cáscara, hay como un eco por dentro. Pero a veces me pregunto si de verdad es así como me siento o si sólo es lo que espero sentir. A veces también es como el sudor en la frente. Siento una presión por dentro y unos golpes en la cara interna del cráneo. No son metálicos, son... no sé, acolchados. Es algo físico, por así decirlo. Pero normalmente lo siento como a distancia.

—¿A distancia?, ¿en qué sentido?

—Las voces a mi alrededor. Me siento desconectado. Oigo, pero me siento como en mitad de una niebla, casi como si estuviera borracho. Aunque tampoco es eso. Es más bien como si me viera a mí mismo como otra persona, como si me estuviera viendo desde fuera. Cuando le doy la mano a alguien es como si no tuviera nada que ver con mi mano. Y lo mismo cuando hablo, no es mi voz. Las palabras salen de mi boca como en un doblaje mal sincronizado, los movimientos de la boca no coinciden con los sonidos. Pero por encima de todo, las cosas siguen igual. Todo está como antes, continúa como si nada.

—Tu hija —dijo el médico tanteando.

—Sanna... —empezó Mike—. No sé. Es como si ella hubiese sabido salir adelante, pasar el luto, aceptarlo. Bueno, es lo que hay, mamá estaba, pero ahora se ha ido, ya no está aquí. Su actitud casi me asusta.

—¿Está a gusto?

—¿Te refieres en general? Yo creo que sí. Bueno, lo sé, para ella cada día es una aventura.

—¿Tiene amigos?

—Uy, sí.

—Entonces, todo esto que dices, lo que tú sospechas, no es nada que haya salpicado a tu hija.

—No, si fuera así me volvería loco.

Gösta Lundin cambió de postura.

—Entonces, en realidad todo lo que estamos hablando nace de lo que te soltó una mujer borracha y no demasiado inteligente en mitad de una fiesta...

Mike se rió brevemente por la nariz. Gösta lo miró con atención. Mike negó con la cabeza.

—¿Sabías que hay que esperar cinco años antes de poder declarar a alguien muerto? —dijo Mike—. Y primero tiene que declararlo Hacienda y luego tienes que esperar medio año más. ¿Y después? Después tienes que montar el funeral y mirar un ataúd vacío y hablar de una persona de la que ya nadie se acuerda. ¿Y por qué Hacienda? ¿Qué tienen ellos que ver?

—Te enfrentaste a la mujer —dijo Gösta—. Háblame un poco de eso.

—Fui a su casa. Primero intentó hacerme creer que no se acordaba de nada, después su marido me dijo que la había malinterpretado. Estaba avergonzada, por supuesto.

—Pero ¿tú estás convencido de que dijo lo de que todo el mundo piensa?

Mike asintió.

—Y si desarrollas esa idea, si te imaginas que tus amigos y conocidos hablan de esto y de nada más. Sin parar. Sentados en grupo y asintiendo en silencio ante todas y cada una de las acusaciones que se hacen o se insinúan.

Mike miró al médico y sonrió.

—Tú mismo oyes lo absurdo que parece, ¿verdad?

—Sí, puede ser.

—Opino que has hecho muy bien en venir. Te propongo que acordemos otra cita ahora mismo y que nos sigamos viendo hasta que te sientas mejor. ¿Te parece bien?

Mike asintió agradecido. Gösta Lundin lo observó mientras sacaba la agenda.

—Me resultas familiar —comentó—. Me pregunto si no te puedo haber visto en Laröd. ¿No vivirás allí, por casualidad?

—Casi, en Hittarp —dijo Mike—. Calle Gröntevägen.

—Gröntevägen —repitió Gösta—. Lo que me imaginaba. Mi mujer y yo acabamos de mudarnos de Estocolmo, vivimos en la calle Sundsliden, un poco más arriba.

Mike se quedó boquiabierto.

—¿En serio? ¿Y no nos hemos visto antes?

—Yo creo que sí que te he visto —dijo Gösta—. Supongo que has estado pendiente de otras cosas, por motivos evidentes.

—Pero igualmente —dijo Mike—. Somos prácticamente vecinos. ¿Te refieres a la casa blanca de la cuesta, la reformada? ¿Con sala de ensayo en el sótano?

Gösta soltó la agenda, empezó a tocar la guitarra en el aire y a tararear la introducción de *Smoke on the water*.

Mike no pudo aguantarse la carcajada. Un psiquiatra que jugaba a ser estrella del rock. Era bonito por su inesperada sencillez.

—Pero le doy más a la batería —dijo Gösta—. Es mi vía de escape. Bombo, caja, bombo, caja. Ideal para desahogarme.

SE trataba de meterse en el papel, de actuar de forma verosímil. Ylva estaba convencida de ser buena en su cometido. No le resultaba difícil, casi esperaba con ilusión las visitas. Toda forma de contacto humano era preferible a la soledad y al aislamiento. Lo que le habían dicho era cierto: había aprendido a contentarse con lo que tenía.

Ylva cumplía el rol de amante cambiante. De seductora desafiante a tímida virgencita.

Era de lo más ridículo. Él superaba los sesenta años, un hombre con estudios e inteligente. Debería ser más selectivo. Pero Gösta Lundin no se diferenciaba de los demás hombres. Prefería creerse los jadeos escandalosos de Ylva, prefería creer que curvaba la espalda para alcanzar el éxtasis, prefería creer que se apretaba contra él para sentirse llena de su virilidad.

Cuando él llamaba a la puerta, Ylva se ponía de pie, bien visible, delante de la mirilla con las manos en la cabeza. Se quedaba así hasta que él entraba y comprobaba que en la cocinita el cuchillo, las tijeras, la plancha y el hervidor estuvieran colocados en su sitio, sobre la encimera. Todos esos objetos se consideraban armas potenciales y si el hombre no los veía podía pegar a Ylva o, mucho peor, dar media vuelta para no volver en varios días. Entonces ella tenía que entretenerse con lo que tenía y soportar el olor de la basura acumulada.

A veces, la mujer de Gösta bajaba a buscarlo si consideraba que se estaba quedando demasiado tiempo o si se sentía obligada a informarle de algo. No había nada que le gustara más a Ylva. Si Marianne bajaba a buscar a su marido, Ylva se mostraba contenta, como si estuviera de lo más satisfecha.

Marianne hacía como que no lo veía, pero Ylva sabía que esa actitud hacía mella en ella.

• • •

Mike Zetterberg se detuvo en un semáforo en rojo. Se sentía animado, tranquilo y fuerte. Siempre le pasaba al salir del hospital. Ya había acudido a cinco sesiones y se sentía mucho más estable que la primera vez que había subido a la quinta planta.

Gösta Lundin era un médico inteligente, considerado y de gran corazón. Se llamaba a sí mismo jubilado de Florida. Había emigrado de Estocolmo al sur en busca de más comodidad para el otoño de su vida. Los de Estocolmo solían instalarse por Österlen, la costa sureste de la provincia de Skåne, pero Gösta y su mujer, Marianne, no entendían la gracia de continuar pegados al mismo mar de donde venían y donde las algas florecían en cuanto la temperatura del agua daba pie a bañarse.

Ambos estaban contentos con su elección y ninguno de los dos echaba de menos la capital. Excepto cuando el dialecto sureño se volvía muy fuerte o cuando los comentarios de desprecio hacia los forasteros eran demasiado descarados. En ese aspecto había una diferencia abismal entre Helsingborg y Estocolmo, Mike lo sabía de primera mano.

Los peatones cruzaban la calle al otro lado de su parabrisas. Cuerpos en movimiento, gente yendo y viniendo, un flujo de carne y hueso. Mike se sentía bastante bien. De alguna forma milagrosa, su vida parecía haber resucitado. No se atrevía a pensar que el dolor estaba remitiendo, pero lo cierto es que ya no era tan insoportable como al principio.

Sanna estaba ocupadísima con sus cosas, y vivía en una armonía y despreocupación casi sospechosas. Mike intercambiaba cada día unas pocas palabras con sus profesores, pero las primeras conversaciones después de la desaparición de Ylva se habían visto sustituidas por algo que se parecía bastante a frases vacías de saludo.

—¿Todo bien? —preguntaba Mike.

—Sí, a nuestros ojos, sí —decía el personal—. Es una chica fuerte.

Su madre era un apoyo enorme. Sin ella no habría sido posible. Iba a buscar a Sanna y preparaba la comida varios días a la semana. De vez en cuando se quedaba a dormir en la casa y al día siguiente limpiaba. Mike se sentía como un adolescente mimado, pero sabía que era un intercambio recíproco. El importante rol que se le había otorgado a Kristina parecía haberla revitalizado.

Hablaron bastante del padre de Mike, casi más que de Ylva. Por motivos razonables. Toda conversación sobre Ylva acababa en suposiciones y especulaciones, fantasías que no aportaban nada bueno pero que seguían creciendo en el subconsciente y dos días más tarde resurgían en forma de pesadilla.

Esas noches Mike no lograba dormirse de nuevo. Muchas veces llamaba a su madre y le lloraba por teléfono. Hablaban de la tristeza y la añoranza, de la desagradable sensación en la garganta que impregnaba de mal sabor todas las cosas y que impedía respirar con normalidad.

Su madre y Gösta Lundin. Dos personas sensatas, comprensivas e inteligentes que sabían escuchar y que le daban espacio para desahogarse, volverse pequeño, ser débil. Nada de pastillas que le nublaran la mente y le crearan adicción.

Sanna obligaba a Mike a estar presente y despejado.

Ella era su único objetivo. Era una fuente inagotable de energía. Al no preocuparse por nada más, Mike había desarrollado una nueva autoridad. El trabajo era un medio, no un fin. En las reuniones podía hacer las preguntas evidentes que nadie se atrevía a formular y las objeciones naturales que normalmente sólo los más poderosos y más influyentes podían permitirse hacer.

Alguien lo saludó desde la calle. Uno de los peatones se había detenido delante del coche para captar su atención. Una mujer hermosa esbozando una sonrisa.

«¿Cuál es el problema?», pensó Mike antes de darse cuenta de quién era. Levantó la mano y sonrió de vuelta.

Nour se acercó al coche y Mike abrió la ventanilla del copiloto. Ella asomó la cabeza.

—Hola, ¿cómo te va?

Mike comprendió a qué se refería. No habían vuelto a hablar desde el drama inicial de la desaparición de Ylva. Mike le sonrió.

—Estoy bien, gracias. Todo va mucho mejor, sin duda.

—He pensado en llamarte miles de veces, pero al final nunca lo he hecho —dijo Nour.

El coche de atrás soltó un bocinazo. Mike echó un vistazo por el retrovisor.

—Creo que estoy en medio.

—¿Adónde vas? —preguntó Nour.

—Al trabajo. ¿Tú?

—En la misma dirección. ¿Puedo?

—Claro.

Mike quitó el elevador de Sanna, Nour abrió la puerta y se metió en el coche. Mike puso la primera, pero el conductor del coche de atrás ya había cambiado de carril y lo estaba adelantando, irritado, fulminándolo con la mirada. Mike levantó amablemente la mano para disculparse, pero el otro negó con la cabeza.

—Cosas importantes de la vida —dijo Nour con ironía—. Cosas realmente importantes.

## 38

**E**L fluorescente del techo parpadeó hasta encenderse e Ylva se despertó con la repentina luz. Tenía los ojos pegajosos y se sentía febril.

No sabía cuánto tiempo le habían cortado la luz, pero calculaba que unas cuarenta y ocho horas. La leche de la nevera se había cortado y lo único que tenía para comer era una barra de pan de centeno seca y una lata de atún barato.

Desconocía el motivo del castigo. Más aún, había esperado una recompensa por sus favores sexuales. Había hecho más de lo que se esperaba de ella y había actuado especialmente bien. Gösta no había tenido ningún motivo de queja.

Ylva miró la pantalla. Fuera había luz y el coche de Mike estaba en la rampa del garaje. Supuso que era entre semana.

Se oyeron dos golpes fuertes en la puerta. Ylva se levantó con piernas temblorosas y puso las manos sobre la cabeza. Estaba mareada y notaba que todo su cuerpo se tambaleaba. Durante las jornadas de oscuridad que había pasado había estado acurrucada debajo de la manta tarareando nanas, había contado varias veces hasta diez mil, en ascendente y descendente, y sólo había dejado la cama para ir al baño.

Suelo, paredes, techo.

Ahora que había vuelto la luz y podía seguir la vida del exterior estaba dispuesta a hacer casi cualquier cosa con tal de no estar a oscuras otra vez.

Oyó la llave girando en la cerradura. La puerta se abrió y Marianne entró en la habitación. Llevaba un ovillo de cuerda en la mano; Ylva retrocedió de forma automática.

Marianne fue directa hacia ella e Ylva se hizo una bola en la cama, agachó la cabeza y levantó los hombros todo lo que pudo.

Marianne estaba encima de ella, mirando hacia abajo, observándola.

—¿Te crees que no me doy cuenta de lo que pretendes?

Ylva la miró insegura, sin responder. Las únicas palabras que podía decir sin pedir permiso previo eran gracias y perdón. Y tenía que decirlas con convicción. Si Marianne intuía una falta de sinceridad podía castigarla.

—Es ridículo —dijo Marianne—. Eres una puta que no vale nada y te crees que puedes crear discordia entre mi marido y yo. ¿Qué pasa, que no tienes sentido de la realidad? ¿De verdad te crees que él quiere estar contigo?

Hizo una pausa y observó a Ylva con la misma resignación con la que un profesor mira a un alumno poco dotado.

—¿Crees que alguien te quiere? Si abriéramos la puerta y te dejáramos salir, ¿qué crees que pasaría? ¿Crees que Mike te acogería, cuando se enterara de lo guarra que has sido?

Casi parecía que Marianne se estuviera divirtiendo. Su desprecio era total y soltaba su discurso apoyándose en la fuerza de su convencimiento. Ylva no tenía ninguna posibilidad de replicarle. Cualquier intento de objeción sería completamente en vano.

Marianne levantó la mano; Ylva se agachó por acto reflejo.

La mujer soltó una carcajada.

—¿Por qué te iba a pegar? —dijo—. No mereces el esfuerzo.

Tiró la cuerda sobre la cama y se dirigió hacia la puerta. Cuando metió la llave en la cerradura se volvió.

—Ha venido tu hija, ¿te lo he dicho? Le he comprado una flor de mayo. Le he dado una buena propina. Se podría decir que ahora somos amigas.

Abrió la puerta y se marchó.

• • •

—Por debajo de la calle Trädgårdsgatan —constató Mike mirando a su alrededor con los ojos de par en par.

—¿Muy terrible? —preguntó Nour y probó el café.

—Un poco.

—Me imagino. Yo me crié aquí mismo.

—Imposible —replicó Mike—. Nadie vive por debajo de la calle Trädgårdsgatan, simplemente, no se hace.

—¿Y tú dónde te has criado? A ver —dijo Nour—. ¿Tågaborg?

—Hittarp.

—¿En serio?

Mike asintió sonriente.

—De vuelta a la escena del crimen —añadió Nour, arrepintiéndose inmediatamente de sus palabras.

—Más o menos —respondió Mike sin tomárselo a pecho.

—¿La misma casa?

—Tampoco exageres.

—¿Calle arriba, calle abajo?

Mike no pudo reprimir la risa. Le salió por la nariz.

—Casi —dijo.

Nour asintió en silencio.

—Tuve una amiga —dijo ella— que decía que hay dos maneras de medir el éxito de las personas. La primera no recuerdo cuál era, pero la segunda era la distancia geográfica entre al sitio en el que te has criado y el sitio en el que acabas. Cuanto más grande, mayor es el éxito.

—Entonces soy un auténtico fracasado —afirmó Mike—. Aunque en realidad viví unos años en Estocolmo, y nací en Estados Unidos.

—Aplausos —dijo Nour—. ¿Y en cuanto tuvisteis a Sanna os volvisteis a casa?

—No para Ylva. Ella era de Estocolmo.

*Era...*

El tiempo verbal se quedó suspendido en el aire.

Nour miró extrañada a Mike, que tragó saliva nervioso. Al final ella le sonrió afable.

—¿Piensas mucho en ella?

Mike empujó la taza al centro de la mesa.

—No sé qué pienso —respondió—. No sé si pienso en palabras. ¿Tú cómo piensas? ¿En palabras o en imágenes?

Nour no contestó.

—De repente se me aparece —explicó Mike—. A veces con opiniones. Se me pone al lado y me dice que baje el fuego para no quemar la comida, se pone las manos en la cintura y pone los ojos en blanco cuando Sanna se pone la ropa que no toca. ¿Cómo se le llama a eso?

—¿Que vela por vosotros?

Mike respiró hondo y soltó todo el aire en un suspiro.

—O algo así. Un infierno, eso es lo que es. ¿Te apetece venir a cenar?

—¿Cenar?

Nour dio un respingo. La pregunta la había cogido por sorpresa.

—Si tienes novio puedes traértelo, sin problemas —dijo Mike.

—Sí.

—Vale. Genial. ¿El viernes?

—O sea, quiero decir que iré encantada. Pero sola. No tengo novio.

—¿O prefieres el sábado? Si hace buen tiempo podemos hacer una barbacoa.

Nour se rió, Mike no entendía por qué.

—¿Qué?

—Barbacoa.

—¿No comes carne?

—Sí, sí, desde luego. Es la actividad en sí. Me parece..., no sé, dulce.

—¿Dulce?

—Sí, dulce, tierna.

—¿Qué tiene de tierno hacer una barbacoa? —preguntó Mike.

—Porque es conmovedor —dijo Nour—. Hombres que creen saber hacer cosas. Como niños omnipotentes. Pueden solos.

## 39

### Bloqueo del yo

Para soportar la humillación y los constantes abusos, la víctima aprende a distanciarse de su propio cuerpo. No es ella de quien se aprovechan, es otra persona. El cuerpo se convierte en una cáscara que no tiene nada que ver con ella. Con el tiempo, esta forma extrema de desprecio por sí misma puede hacerse tan fuerte que la mujer nunca llegue a recuperar su yo real.

**L**LAMARON a la puerta e Ylva se colocó visible con las manos en la cabeza.

La puerta se abrió y apareció Gösta Lundin. Llevaba una bolsa en la mano. Ylva intentó sonreírle, él parecía enfadado con ella.

—No estás maquillada —dijo cerrando la puerta.

—Perdón.

Gösta señaló el lavabo con la mano e Ylva se metió corriendo.

Cuando salió llevaba los labios pintados de rojo intenso y rímel oscuro en los ojos. Gösta estaba en un lado de la cama y empezó a desabrocharse la camisa. Se había quitado los pantalones y los había dejado doblados en el borde de la cama.

—De rodillas.

Ylva se agachó delante de Gösta y cogió la goma de sus calzoncillos con ambas manos para deslizárselo lentamente mientras lo miraba sonriente a los ojos. Él se cansó del teatro, se agarró la polla y se la metió en la boca.

—Las manos en la espalda, sólo boca. Hasta abajo.

Ylva entrelazó los dedos a la espalda e hizo lo que le había ordenado. La

polla de Gösta creció en su boca e Ylva quiso retirarse para evitar las arcadas, pero Gösta la cogió de la cabeza y empujó con la cintura.

Ylva tosió, estuvo a punto de vomitar y giró la cabeza por instinto.

—Perdón —se disculpó.

Gösta la levantó del pelo.

—Te he dicho que las manos en la espalda —le recordó cuando Ylva se apoyó en la cama para levantarse con más facilidad—. De rodillas en la cama.

Ylva se volvió y cumplió la orden. Gösta le dio un empujón e Ylva cayó de cara en el colchón, esta vez sin poner las manos.

—Las manos todo el rato en la espalda.

Cuando terminó la echó a un lado.

Ylva estaba sentada en la cama mientras él se vestía. Ya no llevaba pintalabios, el rímel se le había corrido. Hacía tiempo que Gösta no era duro con ella.

—Mi mujer dice que te has vuelto descuidada.

Ylva no entendía.

—La ropa limpia —dijo Gösta—. Sólo planchas un lado. No es suficiente, tienes que planchar por dentro también.

—Perdón.

—No entiendo en qué pierdes el tiempo todo el día. Y te falta convicción. No quiero emplear la violencia, pero no dudaré en hacerlo si lo necesitas para entenderlo.

—Perdón.

—Tienes delirios de grandeza, te crees que significas algo. Tú no significas nada.

Él la miró.

—La próxima vez espero un poco de iniciativa.

Gösta suspiró y negó con la cabeza.

—Y pensar que Marianne y yo incluso habíamos hablado de dejarte subir a limpiar la casa...

• • •

Nour le dio el paquete envuelto. Sanna lo recibió con las dos manos y gran alegría.

—¿Lo puedo abrir? —preguntó.

—Claro —respondió Nour.

—Pero no es mi cumpleaños.

—Tampoco hace falta.

Sanna se fue corriendo a la cocina. Mike la siguió con la mirada y sonrió a la invitada. Le dio un abrazo discreto.

—Bienvenida.

—Gracias —dijo y metió la mano en la bolsa para sacar una botella de vino.

Mike la cogió y leyó la etiqueta.

—No es carísimo —manifestó Nour—, pero está muy bueno.

—Seguro que es perfecto. Gracias. ¿Me das el abrigo?

Mike la ayudó a quitárselo e insistió en que no se quitara los zapatos.

—Pero están empapados —dijo Nour.

—No te preocupes —contestó Mike.

—¿Te viene alguien a limpiar?

—Haces que parezca algo malo.

Mike se puso una mano en el pecho e hizo ver que la pregunta le había dolido. Nour se lo quedó mirando. Él sonrió, ella no.

—¿Qué pasa? —preguntó Mike inseguro.

Nour negó con la cabeza.

—Es lo último que le oí decir a Ylva —aclaró—. Le estábamos insistiendo en que se viniera a tomar una copa y ella dijo que quería irse a casa. Alguien le dio recuerdos para la familia y entonces ella se puso una mano en el pecho igual que tú y dijo: «Hacéis que parezca algo malo».

Se quedaron callados un momento, ambos sorprendidos por la carga emocional del recuerdo. Mike tragó saliva.

—Es mi madre —dijo, inseguro—. La que limpia, quiero decir. Me gusta pensar que lo hace por amor.

—¿Es su actividad favorita? —preguntó Nour.

—¿Quién soy yo para barrarle el camino a la felicidad? —bromeó Mike.

Fueron a la cocina. Nour arrancó un trozo de papel y se secó los zapatos.

—Me imagino que no harás barbacoa.

—No, hay que ver cómo se ha puesto el día. Al final hay lasaña. Vegetariana. ¿Te va bien?

—Riquísimo. ¿La ha preparado tu madre?

—No, la verdad es que la he hecho...

—¡Papá, lápices de colores! ¡Y libreta!

Sanna levantó su regalo.

—Sí, recuerdo que eras buena dibujando —dijo Nour—. De hecho, todavía guardo tu hipopótamo en el trabajo. ¿Te acuerdas?

—Era muy feo —aseguró Sanna.

—¿Qué dices? Es precioso —dijo Nour—. Lo miro cada día.

Mike sirvió el vino y le dio una copa.

—Sanna, ¿un refresco?

—Ahora no.

Primero quería probar los colores nuevos.

—Bueno, pues salud y bienvenida —expresó Mike alzando su copa.

Cataron el vino.

—Bueno —dijo Nour.

Mike miró a su hija y después pronunció un «gracias» con los labios mirando a Nour. Ella negó con la cabeza, «No es nada».

—Y por haber venido —dijo Mike—. A lo mejor parece ridículo, pero el café del otro día me «hizo» la semana. ¿Se dice así? ¿Hizo? ¿O es inglés? ¿Qué se dice en sueco?

—¿Alegró? —respondió Nour.

—Exacto. El café me alegró la semana, en serio que fue así.

Nour vio que a Mike le brillaban los ojos. Él se volvió y miró el horno. Nour sacó una silla y se sentó al lado de Sanna.

—¿Un gato?

—Caballo —aclaró Sanna.

—Sí, sí, sí, lo veo.

Nour levantó la mirada. Mike estaba de espaldas, sonándose.

—Uy, sí —confesó mientras tiraba el papel a la basura—. Soy un debilucho.

Se rió sonrojado.

—Tienes todo el derecho a serlo —dijo Nour.

## 40

—TRES de cuatro, muertos —dijo Jörgen Petersson—. No puede ser una coincidencia.

Calle Collin no pudo aguantar una risotada de escepticismo.

—¿Crees que están relacionados? —preguntó—. Morgan muere de cáncer, a Anders lo asesinan en la calle Fjällgatan y Johan se mata con la moto en África. ¿Serías tan amable de explicarme ese nexo de unión que has visto?

—Tanto como nexo de unión... —dijo Jörgen—. Más bien lo veo como una prueba de la existencia de Dios.

Calle levantó la mano para pararlo.

—Eso no se dice ni en broma —dijo.

—Lo digo en serio —replicó Jörgen con expresión grave—. Puede que el mundo no sea un sitio mejor sin ellos, pero no me jodas, está claro que es menos malo.

Calle lo miró con actitud severa.

—¿Qué te hicieron? ¿Cómo consiguieron hacerte unas heridas tan profundas que ni siquiera te disgusta que se les hayan arrebatado por lo menos cuarenta años de vida?

—¿A mí? —dijo Jörgen—. Yo me mantuve todo lo alejado que pude. Pero aun así me dieron de hostias un par de veces. No me digas que contribuyeron con algo bueno. Habían levantado un imperio del terror. Toda la escuela se doblegaba bajo su tiranía. Me moría de miedo cada vez que pasaba por su lado.

—Yo no lo recuerdo así.

—¿Cómo lo recuerdas?

Calle negó con la cabeza.

—La semana pasada entrevisté a un chico con parálisis de cintura para abajo. Se había tirado de cabeza donde no cubría y se había partido el cuello. Dieciocho añitos. Creo que es la persona más positiva que he conocido jamás. Le pregunté si no sentía rabia por haber sufrido un accidente como aquél. ¿Sabes qué me contestó? Me dijo que ese tipo de accidentes no eran fortuitos. Que él y otras personas que los sufrían eran por norma más osados que los demás. Se exponían a riesgos innecesarios. ¿Me sigues? Cargó con toda la culpa, no lo achacó al colmo de la mala suerte. Deberías conocerlo. Podría enseñarte algunas cosas.

—Seguro —dijo Jörgen.

Calle resopló, molesto, por la nariz.

—Esposa e hijos sanos y montañas de carne de cerdo. Y lloriqueas por unos idiotas fracasados que tuvieron su momento de gloria en el instituto. Y que encima ya no están entre nosotros. ¿A cuántas personas de éxito conoces que estuvieran a gusto en el instituto?

—Tienes razón —admitió Jörgen—, tienes razón.

—Claro que tengo razón.

—Pero ¿Ylva sigue viva?

—Y yo qué sé —dijo Calle—. No es que hayamos tenido contacto a diario, precisamente. No la he visto desde entonces. Creo que se casó con uno de Skåne o algo así.

—¿De Skåne? —preguntó Jörgen.

—Lo que oyes —contestó Calle—. Un destino peor que la muerte.

Jörgen se quedó con la mirada perdida.

—Déjalo —dijo Calle—. No te pega.

Jörgen no entendía.

—¿Qué? —preguntó.

—Darle vueltas al asunto.

—Sólo estaba pensando que...

—Déjalo —lo interrumpió Calle—. No va contigo y no sacarás nada bueno.

Jörgen hizo un aspaviento con la mano y cambió de postura.

—Esto que has dicho —continuó—, del chico paralítico, que se lo había hecho él mismo.

Calle se preguntó adonde quería llegar.

—A lo mejor pasa lo mismo con la Pandilla de los Cuatro —dijo Jörgen.

—¿A qué te refieres?

—Morgan tuvo cáncer, lo cual podría ser consecuencia de una vida insana. A Anders lo mataron en el centro de Estocolmo, y sólo podemos especular sobre qué llevó a acabar así. Y Johan se la pega con la moto en Zimbabue, seguramente no sobrio del todo.

Calle negó con la cabeza.

—No te rindes —dijo.

• • •

—Qué raro —comentó Mike—. Pienso casi más en mi padre que en Ylva. El pasado borbotea hasta la superficie.

Estaba en la consulta de Gösta Lundin, en la quinta planta del hospital de Helsingborg. Mike sentía que a aquellas alturas se conocían bastante bien y tenía plena confianza en su médico.

—¿Te refieres a lo que habrías hecho de otra manera? —preguntó Gösta.

Mike ladeó la cabeza e hizo una mueca escéptica.

—No exactamente, es más la sensación.

—¿La sensación?

—Justo después de que ocurriera, la atención recayó sobre mi madre y sobre mí. Familia y amigos, entierro, detalles. El día a día era un drama, cosa seria. Puede que parezca un poco loco, pero la verdad es que era bastante emocionante, un poco como el primer día de clase o como cuando te enamoras. En medio de la pena y la desilusión, la vida parecía llena de sentido. Supongo que yo, no sé, me sentía... ¿importante? Uf, parece tremendo.

—En absoluto.

—Es que no es eso lo que quiero decir.

—Lo entiendo. Continúa.

Mike se concentró, intentaba encontrar las palabras adecuadas para lo que quería expresar.

—Lo otro vino después —dijo.

—¿El qué?

—La vergüenza, el malestar, las caras que se volvían. La gente no sabe cómo tratar el dolor. Son muy pocos los que entienden lo que realmente necesitas. Alguien que te invite a casa y sea amable contigo, alguien que te llame para preguntarte si le apetece ir al cine, que te ayude a hacer una mudanza. Cualquier cosa que haga avanzar el reloj.

Mike sonrió a su médico.

—El tiempo que siguió después de que todo pasara, todos los rituales y esa mierda, cuando lo cotidiano empezó a recuperar el terreno y esperabas que la pena ya hubiese pasado. En ese momento habría preferido cualquier broma de mal gusto, cualquier cosa, antes que la distancia y el silencio.

Mike se rió, se miró las manos y levantó la cabeza.

—Parezco un viejo locutor de radio que sólo se refiere a una mala infancia —dijo—. Y supongo que la mayoría de los que se sientan en esta silla son iguales que yo. Debes de pensar que somos unos teleñecos que no paramos de hablar.

Gösta negó con la cabeza. Se inclinó hacia adelante y juntó las manos sobre la mesa.

—Tu padre —declaró Gösta afable—. ¿Tienes miedo de... heredarla? Su depresión, quiero decir.

Mike negó con la cabeza, se reclinó en la silla.

—Mi madre dice que fue el alcohol lo que le quitó la vida a mi padre. Fue un círculo vicioso. Al final, ella ya no sabía si él bebía porque estaba deprimido o si estaba deprimido porque bebía. Yo voy con bastante cuidado con el alcohol, en ese sentido he salido más a mi madre. Y mientras tenga a Sanna jamás se me pasará por la cabeza tomar esos derroteros, nunca. A pesar de que ahora, en cierto modo, pueda entender a mi padre. Quiero decir, su dolor era profundo y la vida ya no tenía sentido para él. Entiendo que la gente se quite la vida, sólo me gustaría que no fuera gente de mi entorno.

—¿Eso es lo que crees que le ha pasado a Ylva? ¿Que se ha quitado la vida?

—No.

—¿Tú qué crees que ha pasado?

—Creo que...

Volvió la cara y clavó la mirada en la pared.

—Creo que murió asesinada. Probablemente, asfixiada. Podría haber sido un juego sexual con la persona equivocada, un asalto con violación, no sé.

—¿No crees que siga viva?

Mike titubeó un momento.

—No, no lo creo —contestó después.

—¿No tienes ninguna esperanza?

Mike negó con la cabeza.

—Si la tuviera, perdería la cabeza —dijo.

—Las escenas que mencionas contienen sexo, las dos —constató Gösta.

—Ya hemos hablado de eso —dijo Mike escueto.

—¿Que ella era excesivamente coqueta?

—Sí.

Mike tuvo que hacer un esfuerzo por contener el volumen de la voz.

—Y crees que eso podría haberla llevado a los brazos de la persona equivocada.

—Yo ya no creo nada. Ylva no está, nunca volverá. La verdad es que no quiero entretenerme a pensar en lo que le pudo haber pasado.

—Te pido disculpas —dijo Gösta.

Mike se pidió calma a sí mismo.

—¿Alguna vez has perdido a un ser querido? —preguntó al final, fijando la mirada en su médico.

—Tuve una hija —respondió Gösta.

El rostro de Mike cambió del enfado a la disculpa en una fracción de segundo. Gösta lo miró.

—Han pasado veinte años. Ella tenía dieciséis.

—¿Cáncer?

Gösta permaneció en silencio un largo rato.

—No quiero hablar de ello —dijo al final—. A estas alturas ya no, y menos contigo. Eres mi paciente, no al revés.

## 41

AQUELLO era insostenible. Trabajillos esporádicos y siempre aislados. Lo único regular en la vida de Calle Collin eran los recibos. Dedicaba más tiempo y esfuerzo a buscar trabajo que a hacerlo. Necesitaba algo que tuviera continuidad, páginas fijas o una serie de reportajes que fueran exclusivamente suyos.

Se metió en la red y empezó a navegar con la esperanza de encontrar inspiración. Muertes y desgracias, siempre lo mismo. En pocas palabras, era de eso de lo que trataban las noticias: maneras singulares de morir.

¿Qué famosetes había de moda? ¿Qué salía por la tele?

¿Qué le había dicho el viejo actor? Pegaba para que no le pegaran. Claro que, lo único interesante que había soltado durante la entrevista, no quería que se publicara. Habría dado más resultado entrevistar a los antiguos compañeros de clase del actor, dejarles describir la imagen que tenían de él. Los años de infancia, de escuela. Era imposible pasar por alto el pasado. De ahí la fijación de Jörgen Petersson con la Pandilla de los Cuatro.

La Pandilla de los Cuatro, tres de ellos muertos, sólo Ylva con vida. Que Calle supiera, vaya. ¿Quizá podría entrevistarla? Título: ¡MIS AMIGOS MUEREN PRONTO!

No conservaría muchos amigos después de un artículo así.

Por otro lado, no dejaba de ser un tema bastante universal. ¿Quién no conocía a alguien que hubiese muerto antes de tiempo? La verdad es que no era mala idea. Una serie de reportajes sobre personas que han perdido la vida a edad temprana, dejando a familiares y amigos hundidos en el luto. ¿Cómo se podría titular?

Rápido y raro. No, no, no. Más sentimental, por supuesto. ¿Ella bailó un verano? Puede que no. ¿El día pasa y ya no vuelve? ¿De instante en instante? ¿El Señor da, el Señor quita? ¿En tu sombra? ¿El bosque de los recuerdos? ¿De vuelta al día a día? ¿El tiempo agotado? ¿Aprovecha el día? ¿De repente pasa...?

«Mierda, vamos».

Se acabó el juego.

Calle murmuró las palabras en voz baja. Sonaban bien. Era nefasto pero, al mismo tiempo, positivo.

Se acabó el juego. Cojonudo.

• • •

### Pérdida de la perspectiva de futuro

La mujer que consigue romper las cadenas de su perpetrador tiene pocas posibilidades de volver a su antigua vida. Pocas veces es relevante que haya sido obligada a vivir esa situación, la mujer suele decir igualmente en la mayoría de los contextos que ella ha tenido la culpa. Ha deshonrado a la familia y son pocas las personas del entorno de las víctimas las que están dispuestas a hacer el sacrificio que supone dar la bienvenida a una marginada. Como consecuencia, la mujer casi siempre busca volver con el perpetrador.

Había un mundo allí fuera. Sólo las paredes del sótano aislaban a Ylva de él. Intentaba recordárselo, recuperar la sensación que tuvo al principio, antes de que todas sus aspiraciones quedaran frustradas. Cuando todavía contemplaba la posibilidad de escapar. Cuando aún se esforzaba en pensar de forma lógica.

Antes de comprender el precio de sus vanos intentos, y de que los golpes y las amenazas la hicieran pequeña y la obligaran a aceptar. La situación, a sí misma.

Limpiar la casa.

La idea de poder subir y ver la luz del sol había despertado algo en su

interior.

En el sueño saltaba por la ventana y cruzaba corriendo los jardines hasta su casa y...

De allí no pasaba. Su cabeza se negaba a continuar la escena. Seguramente por instinto de supervivencia.

Limpiar la casa.

Nunca la dejarían. No era más que una nueva forma de castigarla, una promesa que le pasaban por la cara pero que en el último momento le negarían. Igual que habían hecho en otras ocasiones.

Ylva miró a su alrededor, pensó en lo que estaba en juego, todo lo que había conseguido a base de trabajar.

La pantalla que la conectaba con el mundo exterior, comida, agua, luz. Libros para leer.

Lo único que le exigían era obediencia. Por lo demás, podía ser ella misma. Que Gösta se adueñara de su cuerpo un par de veces al mes ya no le afectaba. El disfrute de Gösta era señal de que ella servía. Mientras Gösta la deseara no corría peligro. Siempre que Gösta volviera en busca de más, podría seguir viviendo.

Si es que quería seguir haciéndolo.

En los momentos más oscuros pensaba en la cuerda. A la larga era lo que Gösta y Marianne esperaban de ella. Ojo por ojo, diente por diente.

Pero Ylva aún no había llegado a ese punto. Y la media promesa de Gösta de dejarla subir a limpiar la casa había encendido una chispa. Casi podía verlo ante sus ojos: bajo vigilancia, pasear por la casa con el aspirador y cegada por la luz del sol que entraba por todas las ventanas. Los colores y sonidos del exterior revitalizándola. Sólo con pensarlo, Ylva se sentía abrumada.

Conocía cada centímetro del sótano, todas las irregularidades en el cemento estaban memorizadas en su cabeza. El sótano le daba seguridad.

Gösta le pegaba muy pocas veces. Le bastaba con levantar la mano. Ylva entendía que a veces se veía obligado a hacerlo. Para recordarle quién mandaba allí.

Marianne era peor, sarcástica y arrogante.

A veces, Ylva se imaginaba que Marianne moría. Que se quedaban solos

ella y Gösta. Ylva le deseaba sufrimiento a Marianne, una dolencia prolongada, no una desgracia repentina. Que tardara en morir.

—Recuerda bien cuál es tu sitio —le repetía Marianne una y otra vez—. No te olvides de lo que eres: una letrina para los fluidos corporales de mi marido. Nada más.

La última vez que bajó al sótano no se quitó aquella sonrisa burlona de la cara.

—Creo que sueñas con tu vida anterior. Estoy casi segura. Lo cual dice bastante de lo tonta que puedes llegar a ser. ¿Te has mirado al espejo? Eres tan fea que la mitad sería suficiente. Intento encontrar una palabra que te defina, pero no doy con ninguna. No, espera, ya sé. Dilatada. Ahí la tienes. Un ser dilatado, eso es lo que eres. Deberías plantearte lo de la cuerda.

Ylva intentó recordar lo que había oído decir a gente cristiana: cada uno escoge si cree o no.

Ella no creía. Ni en sus posibilidades de huir ni en que su antigua vida la estuviera esperando en el exterior.

Limpiar la casa.

Obtener permiso para salir del sótano, aunque sólo fuera de forma puntual. La idea le daba vértigo. Le resultaba casi imposible asimilarla.

Su estómago se estaba rebelando.

Deseaba que Gösta no le hubiera dicho nada, que no la hubiese alimentado con una engañosa esperanza como aquélla.

• • •

Sanna los vigilaba como si intuyese que Nour era una amenaza para el universo que compartían ella y Mike. Pero le resultaba demasiado difícil, puesto que Nour le gustaba y no sabía cómo iba a hacerle frente al hecho de que a su padre también parecía gustarle.

Mientras Mike cocinaba en la barbacoa, Sanna y Nour jugaban a bádminton y entonces no había preocupaciones. Se hizo más difícil después de comer, cuando los tres se subieron al coche para ir a Hamnplan a bañarse. Sanna se empeñó en que quería sentarse delante, en su asiento habitual.

Mike opinaba que el asiento del copiloto era, en primer lugar, para los adultos, pero Nour consiguió quitarle hierro al asunto, sentándose directamente detrás.

Una vez en el agua, Sanna le enseñó todas sus piruetas a Nour. Pasó entre las piernas de su padre, saltó del pantalán y nadó en estilo crol. Pero por mucho que se esforzara, curiosamente su padre y Nour siempre terminaban el uno al lado del otro.

Después del chapuzón fueron a Sofiero a comprarse un helado. Se lo comieron en el banco que había delante del quiosco. Sanna alargó su cucurucho y dejó que Nour lo probara.

—Mmm, rico —dijo Nour.

—¿Qué has cogido? —preguntó Sanna.

—Ron con pasas, ¿quieres probar?

Nour le acercó el helado y Sanna mordió un trocito.

—¡Puaj!, qué asco. Sabe a alcohol.

—Es alcohol. Ron.

—Yo no puedo.

—No creo que haya ningún peligro —dijo Mike.

—Los niños no tienen que comer alcohol —repuso Sanna.

—No, es verdad —dijo Nour.

—¿Y por qué me lo has dado?

—Creía que querías probar.

—No con alcohol.

—No es alcohol de verdad —aclaró Nour—. Sólo se ponen las pasas en alcohol para que tengan sabor.

—Un sabor asqueroso.

La cosa no fue más allá, pero aun así era un marcaje tan obvio por parte de Sanna que Nour y Mike intercambiaron una mirada por encima de la cabeza de la niña.

—¿Me llevas a casa? —preguntó Nour.

—Por supuesto —dijo Mike.

La dejaron en Bomgränden. Nour asomó el brazo entre los asientos delanteros y puso la mano en el hombro de Mike.

—Gracias por un día estupendo.

—Espera, me bajo. Tenemos que despedirnos de verdad.

Se bajó del coche y le dio un abrazo a Nour.

—Gracias —susurró.

Nour le dio una palmadita en el pecho, se agachó y miró a Sanna.

—Que te lo pases muy bien mañana montando a caballo. Espero verte pronto.

—Hum.

Mientras volvían a casa Sanna le preguntó a su padre si estaba enamorado de Nour.

—¿Por qué lo preguntas?

Sanna se encogió de hombros.

—Lo parece.

—¿Cómo que lo parece?

Sanna no contestó.

Mike fue por la calle Drottningatan y luego por Strandvägen. Era una buena ruta que mucha gente de Helsingborg prefería antes que coger la autovía de Berga. Sobre el estrecho, el cielo se abría inmenso y cercano; en cambio, la carretera 111 sólo ofrecía transportes y desplazamiento.

Mike recordaba la época en la que la cuesta de Tinkarpsbacken todavía estaba provista de adoquines y el ruido cambiaba cada vez que el coche salía del asfalto. En aquellos tiempos, los árboles de la avenida que había por encima de la cuesta eran grandes e imponentes, los antiguos rebaños de ovejas pastaban en el prado que bajaba hasta el agua y en la ventana de la casa blanca y roja que daba a la calle había una maqueta de un barco de vela con varios mástiles. Ahora la cuesta contaba con una agradable capa de asfalto, los árboles de la avenida habían sido replantados y estaban enclenques, y ya no había ninguna maqueta en la ventana de la casa.

—Echo de menos a mamá —dijo Sanna.

Mike miró a su hija. Ella seguía mirando al frente.

—Yo también —repuso él—. Yo también.

—KARLSSON.

—Sí, hola, me preguntaba si puedo permanecer en el anonimato.

La voz pertenecía a una mujer segura de sí misma pero titubeante por la situación.

—¿De qué se trata? —preguntó Karlsson.

—De Ylva Zetterberg —respondió la mujer.

—¿Quién?

—La mujer de Hittarp que desapareció hace cosa de un año.

—Ya le sigo —dijo Karlsson—. ¿Por qué quiere ser anónima?

—Porque lo que tengo que decirte es un poco delicado.

—Oigámoslo.

—El marido de Ylva está saliendo con otra mujer.

Karlsson guardó silencio a la espera de una continuación que no llegaba.

—¿Sí...? —preguntó al fin.

—Se relaciona con la compañera de trabajo de Ylva.

—Ah.

—O sea, relacionarse..., no sé si me entiende.

—¿Que están juntos? —preguntó Karlsson.

—Se muestran públicamente, sin reparos. Es una chica extranjera.

—Hay que ver.

—Lo primero que me viene a la cabeza es que lo han hecho juntos.

—¿Hecho el qué? —preguntó Karlsson.

—Quitar a Ylva de en medio.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Es lo que me viene a la mente, nada más. Tal vez a usted no le parece importante que el marido de una mujer que ha desaparecido sin dejar rastro tenga una relación con una compañera de trabajo de la mujer.

—Todas las observaciones son interesantes —dijo Karlsson poniendo los ojos en blanco de cara a Gerda, quien había aparecido en la puerta con cara interrogante—. Lo que ocurre es que no entiendo por qué sospecha que están detrás de la desaparición de Ylva.

—El móvil —dijo la mujer.

—¿Móvil? —repitió Karlsson, y acto seguido dejó de escuchar las tonterías de la mujer.

—Ella era un obstáculo para su amor.

—Parece una historia emocionante —dijo Karlsson—. ¿Tiene un número donde pueda localizarla?

—Por supuesto, cero siete tres... No, quiero ser anónima, ya lo he dicho.

—Muchas gracias por llamar. Le prometo que estudiaremos el asunto.

Karlsson colgó el teléfono y miró a su compañero.

—El marido homicida de Hittarp —informó Karlsson—. El de la mujer que desapareció.

—¿Qué quería? —preguntó Gerda.

—No, no, era una vieja; una vecina, supongo. Por lo visto el tipo se está cepillando a la compañera del curro de la mujer.

—¿Algo que debamos comprobar?

—¿Cómo?

—No sé.

—Exacto. ¿Hay café hecho?

• • •

Virginia miró por la ventana a la calle Tennisvägen. Se llevó la taza de té a la boca y sopló. Había hecho lo correcto. El error habría sido no decir nada. Quedarse callada. Mike no se saldría con la suya sin ser castigado.

• • •

Habían pasado tres meses desde que Nour había ido a cenar por primera vez, dos meses desde el primer beso y hasta la fecha sólo habían logrado tener sexo un puñado de veces. La primera, con manoseos patosos, mientras Sanna dormía intranquila en la habitación de al lado. Las demás, durante la hora del almuerzo, en el piso de Nour en Bomgränden.

Ésa era la primera noche que pasaban a solas, Sanna estaba en casa de la abuela.

Al día siguiente tomaron un desayuno copioso antes de volver al dormitorio para robarse el uno al otro las pocas fuerzas que les quedaran. Mike estaba febril y sus músculos le dolían por los desacostumbrados ejercicios. No podía recordar la última vez que se había sentido tan feliz. Hacía años de eso.

Mike llamó a su madre y habló con Sanna. Oficialmente había hecho un viaje de trabajo. Todo había ido bien, a juzgar por las ganas de cháchara que tenía su hija. Ella y su abuela habían cocinado juntas y habían comido delante de la tele, y Kristina le había leído un libro entero a la hora de dormir.

—... Y ahora vamos a ir a una tienda en Dinamarca donde lo tienen todo a diez coronas —dijo para concluir.

—O sea, que no quieres que vaya a buscarte.

—Aún no. Más tarde.

—Vale. ¿Me pasas con la abuela un momento?

Mike quedó a una hora con su madre, cortó la llamada y se volvió hacia Nour.

—No quería volver a casa —le informó.

—¿Significa eso que me puedo quedar?

Mike se le acercó y le dio un beso.

—¿Te apetece salir a caminar?

—¿Te refieres a dar un paseo?

Mike asintió, exagerando los movimientos como un niño. Nour dejó caer escéptica la barbilla.

—¿Te parece apropiado? ¿No nos tienen que amonestar primero o algo así?

—Mejor cogemos al toro por los cuernos.

—¿Estás seguro?

Mike la cogió de la mano y la llevó al recibidor.

—Ven.

Caminaban uno al lado del otro sin cogerse de la mano. No vagaban, pero tampoco andaban como haciendo ejercicio. Era un ritmo perfecto para pasear a un perro viejo.

Cuando llegaron al bosque se besaron con tanta pasión que después se les escapó la risa. Se cogieron de la mano, entrelazando los dedos, y continuaron por debajo de las copas casi eclesiásticas de las hayas en dirección a Kulla Gunnarstorp. Después de la caseta roja del guarda forestal se abrían los pastos a ambos lados del sendero y allí volvieron a caminar separados.

—¿Te sientes incómodo? —preguntó Nour.

—¿A qué te refieres?

Ella se encogió de hombros.

—A lo mejor sientes que debes seguir de luto un poco más.

Mike la miró.

—No va a volver —dijo.

Siguieron andando por el sendero. En los prados había caballos pastando y un viento sureño invitaba a los gansos del estrecho a alzar el vuelo.

—En realidad no eres mi tipo —dijo Nour—. Nunca pensé en ti como ahora cuando eras el marido de Ylva. Pero ahora te cargaría al hombro, saltaría la cerca eléctrica esta y tendría sexo contigo en medio del prado. Y aunque tuviéramos a todo el pueblo mirándonos no perdería ni un segundo en pensar en ellos.

Mike le cogió la cara con las dos manos y la besó cálidamente. Dejó que las manos continuaran bajando por su espalda y la retuvo un momento. Estaban en medio del sendero meciendo los cuerpos lentamente. Una pareja mayor se les acercaba desde el norte, pero Mike no se dejó vencer por las prisas. No fue hasta que vio quiénes eran que se separó con delicadeza.

—Ella es Nour —dijo Mike—. Y ellos son Gösta y Marianne, viven enfrente, en la calle Sundsliden.

Se saludaron estrechándose la mano.

—¿Dónde tienes a la pequeña? —preguntó Marianne.

—¿Sanna? —dijo Mike—. Está en Dinamarca con su abuela, se iban a una tienda de diez coronas.

Marianne no entendía nada.

—Todo cuesta diez —explicó Mike—. O veinte. La inflación no perdona.

Marianne asintió, alegre. Como si ir de compras fuera la actividad correcta para una niña de la edad de Sanna. Mike y Nour se despidieron de la pareja y continuaron hacia el castillo.

—Gösta es mi doctor —dijo Mike—. El psiquiatra que te conté. Sin él no estaría donde estoy ahora.

## 43

**M**IKE iba de camino al hospital para una de sus sesiones con Gösta. Le apetecía. Sabía de antemano que cuando saliera de allí, una hora más tarde, se sentiría animado. Gösta le hacía recuperar la fe en la vida, creer que todo era posible.

Ciertamente, era un sentimiento fugaz que enseguida perdía fuerza y era borrado de un plumazo por la gris y aburrida vida cotidiana, pero, aun así, era como si en cada visita Mike bajase un peldaño en la profunda oscuridad.

Los avances ya no eran tan evidentes. Gösta insinuaba que había otras personas que requerían más de sus servicios.

—Teniendo en cuenta lo que has pasado estás sorprendentemente bien — le había dicho antes de tachar la siguiente cita semanal en su agenda. Desde entonces se habían visto cada quince días.

Ahora ya pasaban tres semanas o incluso cuatro de una cita a otra, y a veces se pasaban toda la sesión charlando en lugar de ahondar en pensamientos adversos.

Mike sentía admiración por Gösta. Al margen de sus habilidades profesionales y de la inteligente distancia que tomaba de las preocupaciones de la vida, era todo un ejemplo. Gösta había perdido a una hija, había sobrevivido a su única descendiente. Annika, que era como se llamaba, habría tenido la misma edad que Ylva si hubiese seguido con vida. Si alguna de ellas hubiese estado viva.

Mike había pensado mucho en ello. No se atrevía a imaginar el dolor que debía de suponer perder a un hijo. No alcanzaba a imaginarse la vida sin Sanna, se negaba a hacerlo y procuraba quitarse la idea de la cabeza antes de

que empezara a tomar demasiada fuerza.

Durante veinte años Gösta había seguido adelante, acudido al trabajo, escuchado las penurias de los demás, intentado encontrar soluciones a problemas ajenos. No había intentado ahogar las penas en alcohol ni se había vuelto malvado y odioso. Gösta y su mujer se habían mantenido unidos, apoyándose el uno al otro, y de alguna forma milagrosa habían logrado salir adelante.

Jubilados de Florida.

Mike se preguntó si mudarse de casa era una forma de salir adelante, empezar de nuevo. Parecía un poco extraño que hubiesen tardado veinte años en dar el paso, pero a lo mejor no se habían atrevido a hacerlo antes. Las casas y las calles están cargadas de significado. Seguramente, se quedaron hasta que los recuerdos se desvanecieron lo suficiente como para volverse manejables.

Annika tenía dieciséis años cuando murió. Dieciséis. Tenía toda la vida por delante.

Mike se avergonzó. Pensaba que tenía la exclusividad del sufrimiento, se sentaba allí a machacar el tema, levantando la voz y actuando casi con chulería inspirado en su autocompasión. A pesar de saber que toda persona tiene su tragedia. Bastaba con rascar un poco con la uña para darse cuenta.

La pérdida de Gösta era mayor que la de Mike, a pesar de todo.

—¿Y bien? —preguntó en cuanto Mike se presentó en la consulta—. ¿Quién es ella, la mujer con la que ibas de la mano el otro día?

Mike se ruborizó un poco.

—Nour —dijo—. Una antigua compañera de trabajo de Ylva. Nos cruzamos un día por la calle y fuimos a tomar un café. Después vino a cenar y..., bueno.

—¿Y bueno? —repitió Gösta arqueando las cejas.

Mike respondió con una sonrisa.

—Te felicito —añadió Gösta—. Te lo mereces. Ya lo ves, la vida vuelve.

—Supongo que sí —aceptó Mike.

Gösta apartó una hoja de papel del escritorio y la puso sobre una pila de papeles.

—Bueno —continuó, juntando las manos y sonriendo afable—. ¿De qué

quieres hablar hoy? ¿Mariposas en el estómago?

Mike se rió.

—¿Es tan evidente?

—Bastante —dijo Gösta.

—Nunca pensé que volvería a sentir esto.

—La vida es curiosa.

—Casi me da miedo que se termine —dijo Mike—. Porque siempre pasa.

—Puede que se termine porque empieza otra cosa.

—Sí, claro. Y así es como me siento.

—Pues entonces... No hay nada de qué hablar.

—En realidad, creo que ni siquiera sentí esto con Ylva.

—¿No?

—No, por lo menos no este subidón tan natural, el enamoramiento.

—¿Qué dice Sanna de todo esto?

Mike soltó una carcajada y observó a Gösta, admirado.

—Eres increíble —dijo—, siempre sabes dónde poner el dedo. Al principio estaba un poco recelosa. Supongo que es lo que pasa con los cambios. Me pregunto si no será innato en el ser humano, esto de rechazar lo nuevo. Pero ahora va mucho mejor. El otro día, por la noche, vino a la cama y se puso entre Nour y yo. Casi parecíamos una familia otra vez.

• • •

Gösta y Marianne estaban sentados a la mesa de la cocina, tomando café y mirando por la ventana. Ambos habían leído el periódico que había sobre la mesa.

—No sé —dijo él—. Es como..., no sé.

Miró a su mujer.

—¿Te refieres a que vamos a seguir viviendo así? —preguntó ella.

Ahora le tocaba a Gösta permanecer callado. No por cuestiones tácticas sino por impotencia. No estaba cumpliendo las expectativas de Marianne.

—A ti te gusta —le reprochó ella.

—No me gusta.

—Sí, claro que te gusta. Y lo que es peor: a ella le gusta. La muy zorra se cree que ahora sois pareja, tú y ella. No tiene la menor intención de suicidarse. Tienes que forzarla con violencia, no sólo satisfacerte a ti mismo.

Gösta negó con la cabeza.

—Déjalo —dijo.

—¿Que lo deje?

Ella se lo quedó mirando.

—Tiene que acabar como Annika, ¿acaso lo has olvidado? Tiene que quitarse la vida. Si no lo hace ella misma, tendremos que presionarla.

Gösta se quedó en silencio, Marianne miró al techo y respiró hasta recuperar la calma.

—¿Durante cuánto tiempo te has planteado que puede aguantar? —dijo al final—. No es viable, date cuenta. Podemos dar gracias de que haya funcionado tantos meses. No puedes reprocharme que piense que lo estás alargando en beneficio propio.

—¡Déjalo!

Gösta dio un golpe en la mesa con la palma de la mano, un marcaje potente. Marianne prefirió no decírselo y esperó a que se tranquilizara.

—Quiero lo mismo que tú —dijo él—. Lo que pasa es que no sé cómo lo vamos a hacer. Por cuestiones prácticas, quiero decir.

Marianne se encogió de hombros.

—El baño es todo de azulejos —dijo ella.

Gösta respiró hondo y miró por la ventana. Marianne no le quitaba el ojo de encima. Parecía mareado.

—¡Madre mía! —exclamó ella—. Me parece que no es momento para ponerte susceptible.

Se levantó, cogió las tazas de café y las llevó al fregadero.

## 44

YLVA estaba tan cerca de la pantalla que la imagen se veía punteada. Dio medio paso atrás y enfocó de nuevo.

Nour estaba en casa de Mike, jugando a bádmin-ton sin red con Sanna. El entusiasmo era mayor que la destreza con la pelota. Por ambas partes.

Nour llevaba bermudas y la parte de arriba del biquini, no era ropa con la que hubiese ido hasta allí. Sanna estaba relajada y contenta, Nour tenía ganas de jugar y estaba metida en el papel. Como en casa, pero no.

La relación con Mike seguía adelante. Nour estaba a punto de quitarle el puesto.

Llamaron a la puerta.

Ylva corrió a su puesto, juntó las manos sobre la cabeza, puso morritos y echó los codos hacia atrás todo lo que pudo para sacar pecho, tal y como él le había dicho que hiciera.

Estaba maquillada y lista, iba en ropa interior y zapatos de tacón. Era una visita anunciada de antemano y Gösta Lundin le había encargado lo que quería.

Cerró la puerta, dejó una bolsa con comida sobre la encimera de la cocina y volvió a la habitación. Le hizo una señal para que se pusiera de rodillas y ella obedeció de forma automática.

Ylva jadeaba hambrienta, como si estuviera pidiendo que la llenara. Gösta se desabrochó el pantalón y se bajó la bragueta.

Ella cogió su miembro, se lo puso en la boca y separó los dedos con las uñas pintadas en actitud pornográfica. Él creció enseguida. Ylva miró hacia arriba y vio la expresión de desprecio en la cara de Gösta. Él la agarró por el

pelo y empezó a moverle la cabeza hacia adelante y hacia atrás.

—La mano en el coño, tienes que estar mojada.

Ylva se metió la mano dentro de las bragas y comenzó a acariciarse, notó el tacto del lubricante con el que se había untado y gimió como tenía aprendido.

Después, Gösta se percató del interés que Ylva ponía en la pantalla. Se preguntó si ella todavía albergaba esperanza, si realmente seguiría planeando una vida fuera de allí.

—Tu marido viene a verme —dijo.

Ylva lo miró.

—Ya lleva varios meses. Alguna loca del barrio lo acusó de tu desaparición en una fiesta. Dijo que todo el mundo pensaba que él tenía algo que ver.

Gösta se rió.

—Qué curioso. Puede hacerle frente a que tú desaparezcas pero no a que lo acusen de forma injusta y que vayan hablando de él.

El cerebro de Ylva se estaba revolucionando con la nueva información. Era la misma sensación desagradable que cuando Marianne le contó que le había comprado una flor de mayo a Sanna. Mike era paciente de Gösta, le explicaba sus sentimientos más profundos, se desnudaba ante el hombre que la mantenía cautiva y que la había violado de forma sistemática y ritual durante más de un año. Ylva no era una víctima aislada. El abuso de Gösta y Marianne afectaba también a su familia.

Notó la mano de Gösta en su vientre. La acarició hasta llegar a los pechos. Que la tocara después era lo que Ylva más odiaba. Cuando se suponía que ya había terminado, pero continuaba.

Esta vez estaba siendo peor que nunca.

Aun así hizo exactamente lo que se esperaba de ella: bajó los párpados y jadeó complacida.

Él bajó la mano hasta su vulva para comprobar si estaba húmeda. Lubricante y esperma.

—Tu marido y yo hablamos mucho. Dice que soy muy comprensivo. Me preguntó si había perdido a algún ser querido y le conté lo de Annika. Bueno, no entré en detalles, por motivos evidentes. Tu marido dijo que mi pérdida

era mayor que la suya, que no podía imaginarse lo que sería perder a su hija.

Gösta se quedó un rato en silencio.

—Creo que le doy la razón —dijo y le dio una palmada a Ylva en la cadera—. Date la vuelta. Voy a hacértelo por detrás.

• • •

La revista femenina *Familjejournalen* picó el anzuelo. Estaban contentos con el último trabajo de Calle Collin y ya le habían hablado antes de la posibilidad de invitarlo a la redacción en Helsingborg para hablar un poco más sobre una colaboración regular. Cuando les presentó su serie de reportajes *Se acabó el juego* dio en el clavo. Calle cogió un vuelo hasta Ängelholm a cargo de la redacción y luego tomó un taxi hasta el edificio plateado de la editorial, en el extremo sur de la ciudad de Helsingborg.

La jefa de redacción le enseñó las oficinas y lo invitó a almorzar en el comedor del personal. Quería saber más sobre la planificación, teniendo en cuenta la naturaleza sensible del tema.

Calle le propuso que después de dos reportajes introductorios podían dejar, en la medida de lo posible, que los lectores los llamaran o escribieran directamente, en lugar de estar ellos buscando de forma activa o hurgando entre antiguas necrológicas. Como los fallecidos eran descritos por un familiar, la perspectiva iría cambiando. Podía ser la pena de haber perdido a una pareja, un hijo, una madre, una hermana, un amigo. El tono sería lo más objetivo posible, lo cual, en contraste con el contenido desolador, fortalecía por regla general los sentimientos. Cada reportaje estaría formado por una breve biografía, una exposición detallada del proceso que llevó a la persona a su muerte, los mejores recuerdos que tenía el entrevistado del fallecido, detalles divertidos de la vida que se había truncado. Todo aquello que no tenía cabida o que se consideraba inapropiado para las necrológicas tradicionales.

—Quiero que el lector cierre la revista con la sensación de que la gran desgracia puede arrebatarnos en cualquier momento a nuestros seres más queridos —dijo Calle—. Van a tener ganas de abrazar largo y tendido a los

suyos.

La jefa de redacción lo examinaba con la mirada, como si quisiera comprobar que Calle no estaba siendo irónico. Cuando se sintió convencida asintió una vez.

—¿Cómo se te ocurrió la idea? —le preguntó.

Calle le habló de la Pandilla de los Cuatro, los tiranos del pasado que habían ido estirando la pata uno tras otro y de los que sólo quedaba una con vida.

—Por cierto, ella y su marido viven en Helsingborg. Había pensado buscarla para que me cuente un poco lo que sabe.

Calle había conseguido su apellido de casada llamando a Hacienda. La dirección y el nombre del marido los encontró en internet.

—¿Para los reportajes? —preguntó espantada la jefa de redacción.

Calle comprendió que ni los tiranos ni las muertes trágicas repentinas ocupaban los primeros puestos de la lista de reportajes de ensueño. Ella lo miró con una nueva sospecha.

—No, no —aseguró Calle—. Sólo me parece curioso. Tres de cuatro. ¿Vivieron vidas más duras? ¿Desafiaron al destino? No es una idea de reportaje, más bien me parece divertido volver a verla. Después de tantos años. Hace mucho que no sé nada de ella.

Intentó zanjar el tema con una sonrisa, pero la jefa de redacción seguía mostrando escepticismo. ¿A quién le interesaba encontrarse con los tiranos del pasado?

—Vive a las afueras de la ciudad —continuó Calle para romper el incómodo silencio—. Hittarp, o algo así.

—Yo vivo allí —dijo la mujer—. ¿Cómo se llama?

—Ylva —dijo Calle—. Se casó con un tal Mike Zetterberg.

La jefa de redacción abrió los ojos de par en par y lo miró despavorida.

Algo iba mal, comprendió Calle. Algo iba realmente mal.

## 45

CALLE iba en un autobús amarillo hacia el centro de Helsingborg. Le costaba tragar, tenía la cara acalorada y pensó en su adinerado amigo, Jörgen Petersson. ¿Quién era, en realidad? Estaba demostrado que podía ser duro e impasible cuando se trataba de negocios. La gente rica era en gran medida su dinero, el saldo de su cuenta era su identidad, así se definían. Pero de ahí a tomarse el derecho de decidir sobre la vida y la muerte...

Calle se acercó al conductor del autobús.

—Disculpe, sólo una pregunta. ¿Cómo puedo llegar a Hittarp?

—Pues tendrás que coger el doscientos diecinueve —dijo el conductor con un fuerte acento gutural de Skåne.

—¿Y de dónde sale?

—Pues vas en él.

—O sea, que este autobús va a Hittarp.

—Pues es que si no, no es el doscientos diecinueve.

Calle no entendía nada. ¿Le estaba tomando el pelo?

—Entonces, ¿tú vas a Hittarp? —preguntó Calle.

—Pues...

—No lo entiendo —dijo Calle—. ¿Es una broma o algo así?

—Pues sí, estoy bromeando un poco. Supongo que tendréis sentido del humor allí arriba en Estocolmo, ¿o no?

—¿Serías tan amable de avisarme cuando llegemos a Hittarp?

Calle volvió a su sitio. Pensó que jamás se iría a vivir fuera de los límites del centro.

• • •

—A lo mejor deberíamos ir a hablar con el desconsolado marido —dijo Gerda.

—¿Por qué? —preguntó Karlsson.

Gerda se encogió de hombros.

—A lo mejor ha madurado lo bastante como para explicar lo que pasó de verdad.

—Mucho riesgo —dijo Karlsson—. Se acaba de enamorar y tiene una hija de la que ocuparse. ¿Por qué nunca hay bollos para el café? Siempre esas galletas de mierda que hay que mojar en agua para poder tragarlas.

—Puede que no fuera él —opinó Gerda.

—¿Quién? ¿Qué? —preguntó Karlsson ausente.

—El burguesito. A lo mejor es inocente.

Karlsson soltó una carcajada.

—Seguro. Es Blancanieves en persona. ¿Qué fue lo que dijo?

—¿Quién?

—La actriz.

—No sé de quién hablas.

—Sí —dijo Karlsson—. La rubia que tenía voz de travelo. En blanco y negro.

—¿Rita Hayworth?

—Esa no parecía un travelo. Antes, por lo menos. Manos en la cadera, sin pelos en la lengua.

Gerda negó con la cabeza.

—Sí, sí que lo sabes —dijo Karlsson—. Algo con M.

—¿Marilyn Monroe?

—No, no. He dicho antes. De cuando las primeras pelis con voz, por decir algo.

—Ni idea.

—Mae West.

—¿Qué pasa con ella?

—Ella lo dijo.

—¿El qué?

—*I used to be Snow White, but I drifted.* Buenísima.  
—No te sigo —dijo Gerda.  
—Solía ser como Blancanieves, pero... O sea, que ya no lo es.  
—¿*I used to...*?  
—... *be Snow White, but I drifted.*  
—¿Qué significa *drifted*?  
—O sea, sé lo que significa, pero no lo sé traducir.  
Gerda asintió.  
—Vale.

• • •

Calle se bajó del autobús. Lo primero que vio fueron dos chicas en sus primeros años de adolescencia que iban al paso montadas cada una en un poni. Después apareció un coche subiendo lentamente la cuesta. Entre las casas se podía vislumbrar de fondo el estrecho de Öresund y la costa danesa.

Calle leyó los carteles: calle Sperlingevägen, calle Sundsliden. Sacó el mapa impreso que había sacado de internet e intentó situarse. Una mujer de mediana edad estaba rastrillando la grava de la rampa de su garaje. Calle la saludó con la cabeza.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó ella con un claro acento de Estocolmo.

—Gracias, estoy bien, creo que me las arreglo solo.

Calle levantó la mano en un gesto de agradecimiento. «Gente de la capital —pensó—. Eso sí que es gente decente». La mujer sonrió de nuevo y a Calle casi le pareció familiar. Era la tendencia general de las caras amables.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—A la calle Gröntevägen —respondió Calle.

—Sólo tienes que cruzar por allí, es al otro lado del césped. ¿Alguna casa en concreto?

—Michael Zetterberg —dijo Calle.

—Vive en la casa blanca y grande con techo negro.

La mujer le señaló la dirección.

—Gracias —dijo Calle y emprendió la marcha.

Estuvo a punto de dar media vuelta y preguntarle si casualmente se conocían de algo, pero teniendo en cuenta lo que le había contado la jefa de redacción de la *Familjejournalen* no tenía demasiados ánimos para ponerse a charlar con nadie.

Ylva llevaba desaparecida casi un año y medio. Tres de los cuatro, muertos. La cuarta, esfumada. ¿Qué significaba eso? ¿Podían estar relacionados? ¿O no era más que pura casualidad?

Calle siguió por la acera, frenando el impulso de cruzar el césped. Seguro que estaba mojado y se había puesto sus mejores zapatos para la ocasión, a pesar de que eran demasiado finos para la fría brisa otoñal.

La casa de Zetterberg era grande y el jardín se veía bien cuidado. Cuando Calle se acercó descubrió una cama elástica que parecía haber pasado los últimos inviernos a la intemperie, una pelota de fútbol olvidada y un trineo mal aparcado en la terraza.

«Bien», pensó Calle. Con los meticulosos había que ir con cuidado. Había escrito artículos para varias revistas de decoración y sabía que por norma las casas y los pisos más chulos olían a detergente de pino y divorcio.

La rampa del garaje estaba vacía.

Calle fue hasta la puerta y llamó al timbre. No había nadie en casa. De alguna forma de sintió aliviado. No tenía ni idea de lo que iba a decirle al marido de Ylva.

Calle miró el reloj, las cinco y cuarto. Había reservado billete para el último avión justo para tener tiempo de entrevistar a Ylva. A diferencia de lo que le había dicho a la jefa de redacción, era obvio que había pensado aprovechar el material para escribir un artículo. Una mujer joven y guapa que ha perdido a tres de sus amigos más cercanos de la infancia era un destino excelente que se vendía por sí solo.

Sin embargo, Ylva ya no estaba disponible. Y por eso Calle quería hablar con su marido.

¿Sobre qué?

Se sentía mal. ¿Qué era él, sino un parásito que se alimentaba de la desgracia recaída sobre otras personas? Decidió dar un paseo por el barrio para aclarar las ideas.

Las casas tenían poco espacio de separación. Había muchas antiguas,

pero también un número considerable de obra nueva con grandes paredes de cristal.

Bajó en dirección al mar, observó una casa horrible a la izquierda de la cuesta y notó el olor a algas. Cuando llegó al agua constató que los tejados de uralita podían quedar bastante bien, a pesar de todo, y luego giró a la derecha en dirección a los dos pantalanés que se adentraban en el mar. Calle sintió una necesidad imperante de pasear por alguno de los dos.

Se quedó de pie al final del pantalané. A su derecha, en el horizonte, el estrecho de Kattegatt; enfrente, la costa danesa y, a su izquierda, los ferris que cruzaban de Helsingborg a Helsingör. Detrás de los barcos asomaba la isla de Ven.

A pesar de que tan sólo una hora antes se había jurado a sí mismo no mudarse nunca fuera de Estocolmo sopesó ahora un cambio de idea. El cielo era infinito y lleno de promesas. Calle comprendió que la gente que se había criado allí tuviera serias dificultades para cambiar de lugar. Una gaviota se deslizó hábilmente cortando el viento y se burló de él con un ruidoso graznido. Calle dio media vuelta y se marchó.

Continuó hacia el norte siguiendo la costa y después subió por una larga cuesta. Al final encontró el camino de vuelta a la calle Gröntevägen, donde ahora sí que había un coche en la rampa del garaje.

Calle dudó un instante. ¿Qué le iba a preguntar?

Un hombre que lloraba la desaparición de su mujer. Salió a comprar el periódico y ya no volvió...

Puntos suspensivos.

Sólo por dinero, estaba claro.

Sin embargo, era una circunstancia bastante molesta: era la mujer la que había desaparecido, lo cual convertía automáticamente al marido en sospechoso. La maldad era siempre masculina, sin excepción alguna.

¿Cómo iba a planteárselo?

La Pandilla de los Cuatro, por supuesto. Pero sin mencionar el nombre del grupo.

Calle borró las ideas de su mente. No necesitaba ningún plan, era reportero, reportero de un semanario, y no había nada que mintiera más que eso. Era una pena que el resto del planeta no lo comprendiera.

Llamó al timbre y oyó unos pasitos rápidos acercarse al otro lado de la puerta. Una niña abrió expectante y se lo quedó mirando.

—Hola, ¿está tu padre en casa?

—Sí.

Dio media vuelta y se fue corriendo a la cocina.

—¡Papá!

Mike llevaba puesto el delantal y se secó las manos con un paño de cocina. Miró desconcertado a Calle, que enseguida le estrechó la mano y esbozó lo que a él le parecía una sonrisa irresistible.

—Calle Collin, hola.

—Hola —dijo Mike, dudoso.

No estaba seguro de quién tenía delante. ¿Testigos de Jehová?

La niña los miraba con interés.

—Fui al colegio Breviksskolan en Lidingö —dijo Calle—. Al mismo tiempo que Ylva. Me he enterado de que ha desaparecido y me preguntaba si podría entrar a hablar un momento contigo...

Mike, después de unos segundos de duda, volvió en sí.

—Claro, pasa.

## 46

YLVA constató que Mike y Sanna ya habían vuelto a casa aquel día y cambió de canal. Gösta le había instalado la antena un mes antes. Los canales eran su mayor lujo y solía dejar el televisor encendido. El sonido le hacía compañía.

A aquella hora de la tarde daban *sitcoms* antiguas. A Ylva le gustaban las risas grabadas, la llenaban de vida.

Había terminado de planchar la ropa limpia e incluso le había dado tiempo a sacarle brillo a un par de candelabros. En pocas palabras, había trabajado duro.

Hacía tiempo que el otoño había quedado atrás y más todavía desde que Ylva había tirado la toalla respecto a sus planes de fuga. Era una tonta de remate, no cabía duda, tal como solía decir Gösta. También se veía que estaba contento con sus servicios sexuales y le decía que tenía un don natural, que había nacido para ello.

—Y entrenas bastante, también hay que decirlo.

Ella le dio las gracias, y luego se atrevió a preguntarle si, a pesar de todo, no la podrían dejar subir a limpiar la casa. Prometió hacer un buen trabajo.

Él contestó que lo pensaría. Ylva presentía que tarde o temprano le darían la oportunidad. Últimamente Gösta se había mostrado generoso con la comida y los libros.

No había motivo para arriesgar todo aquello sólo por intentar escapar.

• • •

—Espera, espera, espera —dijo Mike levantando las manos.

Calle Collin guardó silencio. Le había explicado el trasfondo, que su primera intención había sido entrevistar a Ylva con motivo de la muerte prematura de varios compañeros suyos de clase, pero que la jefa de redacción de la revista *Familjejournalen*, que vivía por la zona, le había informado de que Ylva estaba desaparecida desde hacía más de un año.

—Entonces ¿eres periodista? —preguntó Mike con una expresión de evidente desprecio.

—De prensa semanal —contestó Calle—. No soy reportero de noticias.

—¿Y quieres escribir sobre gente que está muerta?

—Sí, no. Sí, pero...

—Pero ¿qué? —dijo Mike.

Estaba rojo de ira y su hija lo miraba intranquila.

—Sólo me parecía un poco raro —dijo Calle.

—¿El qué? —inquirió Mike.

—Tres de cuatro mueren y la cuarta está desaparecida.

—¿De qué hablas? ¿Tres de cuatro? ¿Tres de cuatro qué?

—La Pandilla de los Cuatro —respondió Calle, y bajó avergonzado la mirada.

Se había jurado a sí mismo que no le daría coba a las locuras de Jörgen, y aun así acababa de hacer hincapié en ellas. Lo hizo como mecanismo de defensa. Porque se sentía tonto e impertinente y quería disculparse.

—¿La Pandilla de los Cuatro? —repitió Mike negando con la cabeza.

Calle se cruzó con su mirada. O ahora o nunca.

—En el instituto, Ylva se juntaba con tres chicos. Johan Lind, Morgan Norberg y Anders Egerbladh. Eran el terror del centro. Morgan murió de cáncer. Anders fue asesinado en Estocolmo. Johan murió en un accidente de tráfico en África. Pensé que podría haber un vínculo con la desaparición de tu mujer.

La niña se volvió hacia su padre con una mirada tensa.

A Mike se le hinchó la vena de la frente, su torso comenzó a elevarse agitado, los labios se le tensaron. Cuando habló lo hizo en voz baja.

—Nunca he oído hablar de ninguna de las personas que acabas de mencionar, así que doy por hecho que no debieron de influir demasiado en mi

esposa. Si no tienes la suficiente sensatez de dejar en paz a las personas que están de luto hablaré directamente con tu jefe de *Familjejournalen*. De hecho, pienso hacerlo de todos modos. Quiero que te levantes y desaparezcas de mi casa y nunca más vuelvas por aquí.

—Pero..., sólo quería...

—Ahora.

Calle se levantó y abandonó la casa.

CALLE Collin pegó la frente a la ventanilla del avión, sintiendo el frío del plástico en su piel. El avión aceleró y empujó a Calle contra el asiento. No estaba acostumbrado a volar y solía imaginarse que el avión se estrellaba y todos morían. En su fantasía volaban muy alto, cuando de pronto y sin previo aviso, la nave se partía por la mitad y los pasajeros se veían arrojados a la silenciosa y fría nada. Allí se quedaban un buen rato flotando indefensos mientras hacían repaso de sus eventuales penurias, hasta que la tierra se les venía encima a toda velocidad.

En esos momentos la cabeza de Calle estaba ocupada con otras escenas. Veía a Michael Zetterberg poniéndose en contacto con la jefa de redacción de *Familjejournalen*. Puede que la llamara, puede que se cruzaran por la calle en el paseo del domingo.

Michael Zetterberg le explicaba lo que había pasado. Un reportero tarado de Estocolmo se había presentado en su casa para hablar sobre la desaparición de Ylva. Insinuó que Ylva no era un angelito y empezó a decir sandeces sobre compañeros de clase muertos, siendo de lo más desagradable. Además, aseguraba trabajar para *Familjejournalen*. ¿Era correcto?

Y Calle se imaginó a la jefa de redacción escuchando atentamente y con la rabia aumentando en su interior, afirmando que sabía de quién estaba hablando el marido de Ylva, pero la cosa parecía fuera de lugar y le prometía, le juraba, que se pondría en contacto inmediatamente con el reportero para poner fin a sus tonterías.

Lo siguiente que le vino a Calle a la cabeza fue la llamada telefónica, la bronca y la anulación del trabajo. Después, el chismorreo en la capital.

«Al Calle Collin ese, ¿qué diantre le ha pasado? Antes era un reportero bastante bueno. Ahora parece que ha perdido el gancho por completo».

Durante el tercer pensamiento, el avión ya había aterrizado y estaba rodando hacia la puerta de desembarque en el aeropuerto de Arlanda, giraba en torno a J-ö-r-g-e-n. Esa pérfida persona con los bolsillos tan llenos de billetes que no tenía nada mejor que hacer que alimentar mitos sobre sí mismo, como un excéntrico misterioso.

Era culpa suya. Todo. Por no decir que estaba detrás de todas las desgracias de la Pandilla de los Cuatro.

En lugar de esperar el aerobús, Calle cogió un taxi.

—Lidingö.

Encendió el móvil y llamó a Jörgen.

—Voy hacia tu casa —dijo Calle—. Tenemos que hablar.

• • •

—Hoy ha venido alguien —dijo Marianne.

—¿Aquí? —preguntó Gösta.

—En la calle. Preguntó por la calle Gröntevägen, iba a casa de Mike. Lo llamó Michael.

—Ah.

El interés de Gösta era mesurado. Continuó hojeando el periódico.

—Perdía aceite —dijo Marianne—. Tenía la misma edad que ellos, hablaba con acento de Estocolmo.

—Un marica de la capital, no te alarmes.

Marianne suspiró, cansada de su marido.

—Había algo más —declaró—. Me miró como si me conociera.

—¿Se presentó?

—No, evidentemente.

—¿Dijo algo?

—No.

—Entonces.

Marianne se levantó irritada y empezó a llenar el lavavajillas. Gösta

continuó leyendo sin prestarle la menor atención. Marianne cerró la puerta con un golpe rabioso. Gösta levantó la cabeza.

—No podemos seguir así eternamente —dijo ella—. Casi hemos terminado, sólo queda Ylva. Tenemos que acabar con ella, y tiene que ser pronto.

CALLE Collin pagó el taxi, se acercó a la verja y llamó al interfono. Miró a la cámara. El altavoz carraspeó.

—Pasa —dijo Jörgen, y sonó un chasquido del mecanismo de cierre.

Calle empujó la verja y se acercó a la casa. Jörgen abrió la puerta antes de que llegara.

—¿A qué se debe el honor?

Calle clavó la mirada en su viejo compañero de clase.

—¿Tienes a la familia en casa? —preguntó.

—Sí, claro —contestó Jörgen.

—Entonces propongo que vayamos a dar un paseo.

Jörgen no entendía el motivo, pero asintió.

—Deja que coja una chaqueta —dijo.

Apenas llegaron a cruzar la verja cuando Calle cogió a Jörgen de las solapas y lo empujó contra el seto podado.

—¿Qué cojones has hecho? ¿Vas a matarlos a todos?

Jörgen parecía consternado. Parpadeaba deprisa y su labio inferior tiritaba.

—Joder, suéltame. ¿De qué estás hablando?

—¡Los has matado! —gritó Calle—. ¡A todos!

—¿A quién? ¿De qué coño hablas?

Jörgen estaba a punto de llorar. Calle no lo soltaba.

—¿Piensas que no me entero de nada? ¿Tienes tanta pasta que crees que puedes decidir sobre la vida y la muerte de los demás? ¿A quién te vas a cargar la próxima vez? ¿Estoy seguro a tu lado? ¿No querrás matarme a mí

también?

—Para, Calle. Yo no he hecho nada. ¿De qué hablas?

Calle estaba temblando, tenía el cuerpo tenso, a punto de quebrarse. Jörgen lloraba abiertamente, los mocos le caían de la nariz e hipaba en busca de aire. Calle lo empujó más fuerte contra el seto.

—Voy a ir a hablar con la policía, que te quede bien claro —dijo él—. Voy a ir a la policía.

—Yo no he-he hecho nada —tartamudeó Jörgen.

Calle lo echó a un lado y empezó a caminar. Sólo se alejó cinco metros antes de dar media vuelta. Estiró un brazo, ayudó a su amigo a ponerse de pie y lo abrazó entre lágrimas. Volvieron a la casa cogiéndose de los hombros.

La mujer de Jörgen se los quedó mirando.

—¿Estáis jugando a *Brokeback Mountain* o qué?

Calle soltó una risotada.

—Uy no, todavía me queda algo de gusto.

La mujer dejó caer la barbilla.

—¿A diferencia de mí, quieres decir?

Jörgen le dio un beso en la mejilla.

—Lo que pasa es que Calle tiene celos —añadió.

Subieron y se sentaron en la cocina. Calle le explicó el día que había tenido en el suroeste de Skåne y que Ylva había desaparecido sin dejar rastro hacía un año y medio.

—Pero no puede desaparecer sin más, ¿no? —dijo Jörgen.

—Seguro que su marido se la ha cargado —sugirió su mujer.

Calle negó con la cabeza.

—Si hubiese sido culpable no me habría echado. Le habría dado la bienvenida a cualquier teoría que apuntase en otra dirección.

La esposa de Jörgen se levantó con un suspiro.

—Pareéis dos gnomos chismosos. Lo único que tenían en común los muertos es que fueron al mismo instituto.

—La Pandilla de los Cuatro —dijo Jörgen.

Su mujer le soltó una colleja.

—Para ya con eso —protestó—. Le estás comiendo el coco a Calle. Escuchad los dos. No podéis seguir con eso. Buscaos un hobby, un amante,

algo.

—Sí, algo tendré que inventarme —dijo Calle—, porque a partir de hoy no creo que me salga ningún trabajo más, eso está claro.

• • •

Llamaron a la puerta e Ylva se puso visible con las manos en la cabeza. La puerta se abrió. Era Marianne. Ylva lo presentía. La pantalla del mundo exterior revelaba que era pleno día y apenas había actividad. Gösta estaba trabajando.

Marianne cerró la puerta y entró. Llevaba un plato consigo.

—Ha sobrado un poco —dijo.

Ylva dio un paso adelante.

—Quieta —ordenó Marianne levantando la mano.

Ylva se detuvo.

—*Sit.*

Ylva obedeció.

Sin dejar de mirarla, Marianne hizo resbalar las sobras del plato para que cayeran en el suelo.

—¿Te parece digno? —preguntó.

Ylva no contestó.

—Eres una perra. La pregunta es qué tipo de perra. ¿Una cosa pequeña y molesta o una grande y patosa? Da lo mismo, todos huelen igual de mal. Nos supones un gasto importante, que lo sepas. Luz, comida y yo qué sé qué más. Y no es que valgas el dinero que cuestas, precisamente. No, creo que nos estamos acercando al final del camino. ¿No estás de acuerdo conmigo?

Ylva la miró desconcertada.

—Síiii, buen chico, entiende perfectamente lo que le dice su ama. Deberías hacer como Annika. Seguir su ejemplo. Eso sería lo mejor. Me refiero a que esto no es vivir. Ni para ti ni para nadie. Al mismo tiempo, las dos sabemos que no te mereces más, en eso estamos de acuerdo.

Marianne suspiró, cansada.

—Piénsalo —dijo.

Se fue a la puerta, giró la llave y se volvió.

—Y si no te sirve la cuerda te puedo pedir unas pastillas.

Señaló los restos de comida en el suelo.

—Anda, come.

## 49

**M**IKE llamó y pidió una cita de urgencia. Como cabía esperar, Gösta no puso objeciones.

—Cuéntame —le dijo, y Mike le explicó la misteriosa visita que había recibido.

Gösta sonreía con tranquilidad mientras se lo contaba, Mike se sentía cada vez más inseguro.

—¿Qué? —preguntó, sintiéndose como un crío ante la indulgencia de un adulto.

—Pensé que sería algo grave —dijo Gösta.

—Coño, como que es grave.

—No —dijo Gösta—, no es grave. ¿Qué tal con Nour?

—Bien, muy bien. ¿Qué quieres decir con que no es grave?

—Pensaba que tu relación se habría ido al traste —continuó Gösta—. Lo que me has contado es una avispa en un picnic. Sin duda, irritante y pesada, pero todavía estás haciendo un picnic.

Mike se dejó tranquilizar, al cabo de un rato incluso se atrevió a reírse de la historia.

—Pero parecía curioso, no lo niegues.

—¿El qué? ¿Que unos compañeros de clase hayan muerto de cáncer y en accidentes de tráfico? Tú mismo has dicho que Ylva jamás los había mencionado. No pueden haber sido amigos cercanos. Así que, ¿qué tenemos? ¿Tres muertes prematuras en un instituto más o menos grande? No veo el quid de la cuestión.

—Iban a la misma clase —dijo Mike—. El chico también. El que vino a

verme, quiero decir.

Gösta no dijo nada.

—¿Debería acudir a la policía? —preguntó Mike.

—¿Para qué?

—Para denunciarlo. La próxima vez a lo mejor se atreve a molestar a Sanna.

Gösta miró al techo, frunció los labios y movió la cabeza de un lado a otro mientras pensaba.

—No sé —dijo—. ¿Tú crees que hay riesgo?

—No demasiado —contestó Mike—. Es difícil decirlo. No podría perdonarme que le pasara algo a Sanna.

Gösta se inclinó sobre la mesa.

—¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Calle Collin.

—¿Lo has buscado en Google?

—Ha escrito en varias revistas, no tiene nada raro.

—Has dicho que trabajaba para *Familjejournalen*. A lo mejor podrías empezar hablando con alguien de allí.

• • •

—¿Cómo se llamaba? ¿Calle...?

Marianne pasaba impaciente las páginas del viejo álbum de fotos del instituto de su hija. Deslizaba el dedo por las listas de nombres.

—Calle, Calle, Calle. ¿Jonsson?

—No, Collin —aclaró Gösta.

—Aquí —dijo Marianne y leyó—. El tercero por la izquierda, segunda fila. Éste.

Inspeccionó la foto, parecía dudosa y se encogió de hombros.

—Nunca lo habría reconocido —manifestó.

Llamaron al timbre de la puerta. Gösta se inclinó hacia adelante, echó un vistazo por la ventana y vio que era Mike.

—Dios mío, es él —dijo.

—Ve a abrir —le soltó Marianne.

Gösta se dirigió a la puerta de la calle, cerró la que bajaba al sótano por seguridad. Abrió y puso cara de extrañado. Mike llevaba una botella en la mano.

—Una forma simbólica de dar las gracias —dijo.

—No tenías por qué hacerlo. No era necesario.

—Sí, has significado mucho para mí, no sé cómo me las habría arreglado sin tu ayuda.

Gösta cogió la botella, miró la etiqueta y arqueó contento las cejas.

—Vaya, pues muchísimas gracias. De verdad que no hacía falta, pero gracias. Te invitaría a pasar, pero estamos un poco mal de suministros.

—No, tranquilo, tengo que ir a casa y darle de comer a Sanna —explicó Mike—. Sólo quería venir un momento a darte eso y ya está.

—Gracias —dijo Gösta.

—Gracias a ti.

Mike levantó la mano y se marchó. Gösta cerró la puerta y volvió con su esposa a la cocina.

—Me reconoció —dijo repicando con el índice en el catálogo de fotos—. Creo que no logró situarme, pero cuando lo haga seguro que atará cabos.

—Tranquilízate. No llores al mal tiempo. Para empezar, ¿por qué te iba a reconocer? ¿A cuántos padres de tus compañeros de clase podrías reconocer? Y tú no lo reconociste a él.

—No, porque entonces él era un niño y ahora es una persona adulta. Seguro que nosotros también hemos cambiado, pero no de la misma forma.

Gösta suspiró.

—¿Y qué más da si te ha reconocido? ¿Por qué iba a relacionarlo con Ylva? No hay ningún motivo. Además, Mike lo echó de casa. No es muy probable que Calle Collin vuelva a ponerse en contacto con él.

—Puede que no, pero el riesgo sigue latente.

Marianne respiró hondo.

—Gösta, ha llegado el momento. Ella tiene que desaparecer. Si no lo consigues por sí sola, tendrás que echarle una mano.

• • •

Ylva lo vio todo en la pantalla.

Mike se acercó caminando a la casa en la que ella se encontraba con una botella de vino en la mano. Al poco rato se marchó con las manos vacías.

La cámara no cubría el área más próxima a la puerta de la casa, pero no hacía falta tener mucha imaginación para entender lo que estaba pasando. Mike había acudido a dejarles una botella de vino. Gösta no le había mentado: él y Mike habían entablado amistad; Gösta se había ganado la confianza de Mike.

El vino era un «gracias por la ayuda», sin lugar a dudas. Porque Gösta lo había escuchado, aunque en eso consistiera su trabajo. Así es como funcionaban las cosas en los barrios de las afueras, una botella por la amabilidad mostrada.

Ylva se preguntó qué le suponía a ella aquel gesto. Qué peligros podía acarrear. Gösta y Marianne no podían, bajo ningún concepto, mantener una vida social normal entre las cuatro paredes de su casa. Toda persona que cruzara el umbral de la puerta les suponía un riesgo grave. Estaban obligados a guardar las distancias con los vecinos que los visitaran, saludar con cortesía pero poco más.

El interés que Gösta mostraba por ella se había reducido, Ylva lo percibía claramente. El día que perdiera definitivamente las ganas sería el final de la historia, aquello era obvio.

Ylva probó de gemir más fuerte y renovarse de todas las formas imaginables, pero aun así Gösta parecía aburrirse. En realidad, sólo cuando la tomaba con violencia lograba recuperar por un instante el mismo interés que le había mostrado durante los primeros seis meses.

## 50

**E**RA importante que no se precipitaran. Estaban obligados a planificar, sopesar detenidamente todas las alternativas. Matarla no suponía un gran problema. Pero Gösta todavía pensaba que podrían inducirla a dar el paso. Se trataba de hacerle abrir los ojos, que se diera verdadera cuenta de la situación y asimilara por completo en qué se había convertido y que sólo quedaba una cosa sensata que hacer.

No, lo complicado era deshacerse del cuerpo y borrar todas las huellas dejadas por el camino.

Si hubiese tenido un barco podría haberla arrojado al mar. Pero ¿cómo se mete uno en un barco con una bolsa de basura negra al hombro sin que nadie lo vea? Había casas por todas partes. Resultaba difícil encontrar una costa más vigilada que aquélla. Y si se metía por un sendero, por muy impracticable que éste fuera, siempre existía el riesgo de que algún cazador de setas pasara por allí y se quedara con el número de la matrícula.

Enterrar el cuerpo era una tarea fatigosa, y el peligro de ser descubierto, elevado.

¿Por qué deshacerse del cuerpo? Quizá lo mejor sería que lo encontraran lo antes posible. Para que Mike pudiera meterla bajo tierra y terminar el luto. Librarse de las sospechas silenciosas del mundo que lo rodeaba. Por mucha ayuda y terapia que Mike necesitara el día que se enterara de que Ylva había estado cautiva y con vida la mayor parte del tiempo que había estado desaparecida.

La mejor manera de deshacerse del cuerpo era tirarlo en la cuneta de algún camino perdido. Era más cuestión de elegir bien el momento que el

lugar. De noche, cuando no se vieran los faros de otros vehículos. Entonces tendría tiempo de tirar el cuerpo y seguir adelante. Obviamente, lo haría aprovechando la excusa de algún viaje. Para asegurarse una buena coartada en el caso de que, en contra de lo esperado, se viera expuesto a algún tipo de sospecha.

El cuerpo iría amortajado en bolsas de basura negras para no dejar rastro en el coche. Tendrían que limpiarle debajo de las uñas, y los últimos días Gösta no podría correrse dentro. Esto último no dejaba de ser un pequeño sacrificio.

Mientras Gösta se deshacía del cuerpo, Marianne limpiaría la casa y sanearía el sótano. Había que limpiar todas las superficies y sustituir los muebles por una batería y una guitarra eléctrica.

Tenían que hacer un plan de trabajo y ponerle fecha.

Gösta se preguntó cómo se sentiría sin Ylva. Aliviado, sin duda, cuando por fin hubiese terminado todo. Pero también un poco nostálgico.

Vengar la muerte de Annika había sido el motor de sus vidas durante casi tres años. La batalla por la justicia y la redención había eclipsado casi todo lo demás. El objetivo había sido claro y, de alguna forma, la vida les había resultado más fácil.

Dentro de poco habría terminado todo y el vacío se abriría como un abismo.

La posibilidad de poder bajar a follarse a Ylva independientemente de la hora que fuera le había otorgado cierta sensación de riqueza. Una nueva dimensión.

En breve eso también sería historia.

• • •

¿Era un vino demasiado barato? Seguramente no. La botella costaba bastante más de cien coronas. ¿A lo mejor Gösta se esperaba una botella de whisky? Mike lo había pensado, pero supuso que el alcohol quedaba un poco raro si no era Navidad.

Bah. Dejó de pensar en ello. Era obvio que no era por desilusión. El

motivo por el que Gösta se había mostrado un pelín reservado era que prefería cierta distancia social, teniendo en cuenta que Mike todavía era su paciente.

Era eso. Nada más.

El día que Mike hubiese terminado la terapia podrían cenar juntos los cuatro.

La mujer de Gösta parecía simpática. Seguro que ella y Nour se llevarían bien. ¿Quién no se sentía a gusto con Nour? Mike sintió un cosquilleo sólo de pensar en ella. Casi se le escapó la risa.

Como una señal de Dios, Nour entró por la puerta. Sanna salió corriendo al recibidor para darle la bienvenida. Mike se quedó a unos metros, casi ruborizado por el arrebató de felicidad que le recordaba a *Los niños de Bullerbyn*. Las cosas no podían irle mejor. Esperó su turno y le dio un beso en la boca. Le cogió el abrigo y lo colgó en una percha.

—Huele bien —comentó ella.

—Salsa boloñesa —dijo Mike—. Roja.

Nour no entendía nada.

—Un poco difícil de explicar, es una receta bastante avanzada.

Sanna salió corriendo al salón, donde, para la alegría comedida de Mike, había volcado su nada despreciable colección de Lego sobre la esponjosa alfombra. Por mucho que Mike la aspirara y sacudiera, siempre quedarían piezas ocultas, lo presentía.

Sirvió dos copas de tinto y le dio una a Nour.

—Gracias —dijo ella.

Mike la miró y sonrió.

—¿Qué pasa?

—Nada, que me siento muy feliz —afirmó él.

## 51

GÖSTA se tomó el tiempo que quiso, haciendo un repaso a todo su catálogo. Los gemidos de Ylva y sus posturas sugerentes rozaban el límite de lo verosímil, pero Gösta no tenía ninguna queja. Después, se quedó un buen rato tumbado a su lado recuperando el aliento con el pecho sudado.

—Eres buena —dijo.

—Gracias.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió Ylva.

—Mike y Sanna también están bien —dijo Gösta.

Ylva no contestó. Ni él ni Marianne mencionaban nunca a su familia por casualidad, siempre había alguna razón para hacerlo.

—Ahora está con Nour, ya lo sabes. Nunca lo he visto tan feliz. Sanna también, por su parte. Nadie es imprescindible, y menos tú.

Ylva no dijo nada.

—La liarías bastante gorda si de repente llamaras a su puerta.

—Aquí estoy bien —dijo Ylva.

—Muy bien, teniendo en cuenta el motivo por el que estás aquí.

—Contigo —añadió Ylva—. Estoy bien contigo.

Gösta soltó una carcajada, se sentó en el borde de la cama y empezó a ponerse los calzoncillos.

—Marianne dice que yo ya he tenido lo mío.

—¿Está celosa?

Gösta le echó una mirada inquisitiva. Ella bajó la cabeza.

—Perdón.

—Tú y yo no estamos unidos. Tú eres una puta barata y deberías estar contenta de que baje a follarte. Lo hago por caridad, a ver si lo entiendes.

—Lo sé, gracias. Perdón.

—Tus mil y una noches se están acercando al final, todo esto se está volviendo una rutina. Por muchas vueltas que te dé sólo tienes tres agujeros. Mañana volveré. Y quiero que me sorprendas, ¿me oyes? Si no lo consigues tendremos que buscar una solución.

• • •

Tal y como Ylva sospechaba, la visita espontánea de Mike y la botella de vino habían puesto nerviosos a Gösta y a Marianne. Era una invasión en su esfera privada, una señal de que el mundo de su alrededor se les estaba aproximando, el círculo se estaba estrechando. Por extensión, eso significaba que tendrían que deshacerse de Ylva. Se había convertido en un lastre. Sin ella no tenían nada que ocultar, sin ella podrían abrir la casa y enseñarla.

Marianne quería que Ylva lo hiciera por sí misma. Como remedio. Gösta también. Ése era su plan original.

Ambos subrayaban lo absurdo de su situación. Que a pesar de seguir con vida no tenía ningún futuro por delante. Era una puta, nunca podría ser otra cosa.

Tenían razón, evidentemente. Todo el mundo haría las mismas preguntas: ¿Por qué no escapaste? ¿Por qué ni siquiera lo intentaste?

Ylva no pensaba darles el placer de quitarse la vida, jamás podría hacerlo. Cruzaba los dedos para que la mataran mientras dormía. O que la envenenaran para que se quedara dormida. Aunque quería saber qué pensaban hacer con ella después. Quería que la enterraran, otorgarles a Mike y a Sanna el conocimiento que no tenían y que así pudieran seguir adelante.

Deseaba no sospechar nada, pero era demasiado evidente. Gösta se la iba a follar una última vez. Ella podría hacer su mayor esfuerzo a la espera de unos días de prórroga. Pero no serviría de nada. La próxima vez tendría que tomarla como la muñeca hinchable inerte en la que él mismo la había convertido.

Primero dormiría un poco. Estaba cansada y quería disfrutar de unos sueños que la liberaran. Cuando se despertara se acordaría de todos.

Ylva se metió debajo del edredón, estiró el brazo hasta el interruptor de la lámpara de suelo y apagó la luz.

Se quedó completamente a oscuras.

AL final llegó la llamada. Calle Collin no se sorprendió, la estaba esperando.

La jefa de redacción se presentó, preguntó cómo estaba y qué tiempo hacía en la capital, toda esa cháchara eterna que la gente de fuera de Estocolmo se empecinaba en hacer.

«Ve al grano —pensó Calle—. Dame el tiro de gracia».

—Bueno —dijo al final la mujer.

«Por fin».

—He hablado con los demás redactores jefe y hemos estado intercambiando puntos de vista, y estamos muy de acuerdo, sí.

Más rodeos no, por favor. ¿Por qué no podían, simplemente, pedirle que se esfumara y cortarlo de una vez por todas?

—O sea... —dijo la jefa de redacción.

Ahora sí que sí. Calle cerró los ojos y aguantó la respiración. En el mejor de los casos podría seguir haciendo entrevistas humillantes a famosos para los fines de semana largos. ¿A QUIÉN QUIERES BESAR ESTA SEMANA SANTA? O MI MEJOR CANCIÓN DE CHUPITO. Horas y horas pegado al teléfono para dar con famosetes del pasado que querían enseñar su triste cara.

—¿Sí? —preguntó Calle.

—No queremos suicidios —explicó la jefa de redacción—. Sé que el *Kamratposten* nunca escribe sobre suicidios por la simple razón de que tienen una tendencia contagiosa. Ahora tenemos un círculo de lectores de mayor edad y, esperemos, más inteligente, pero da lo mismo. No escribimos sobre el suicidio porque es despreciable. No hay perdón para el suicidio y,

afortunadamente, no estamos en el umbral de los números sueltos. Así que no escribimos sobre eso. Punto pelota.

—¿Na-nada de suicidios? —dijo Calle.

¿No la había llamado el marido de Ylva? ¿Todavía estaban interesados? ¿Querían su serie de reportajes sobre personas que habían perecido antes de tiempo?

—¿Qué pasa? —inquirió la jefa de redacción—. ¿No te parece bien?

—Sí —dijo Calle—, claro. Nunca se me pasaría por la cabeza escribir sobre un suicidio. Nunca.

—Pues mira qué bien. Entonces sólo me queda desearte buena suerte. ¿Cuándo crees que podríamos tener el primer texto?

Calle colgó y estaba tan contento que subió el volumen de la minicadena y empezó a bailar por el piso hasta que se dio cuenta de que había una persona en el edificio de enfrente que lo estaba mirando.

• • •

Todo negro y en silencio, como estar flotando en el universo. Ylva casi podía ver el planeta azul en la distancia, una distancia con la que nada de lo que hubiera en la superficie terrestre tendría la menor importancia. Todas las ambiciones planetarias quedaban reducidas a arena y tierra. El viaje de Ylva estaba a punto de terminar, el fuego fatuo que ella era se iba a extinguir. Sin más, pasaba cada segundo de cada día desde el origen de los tiempos.

Su vida había dado giros repentinos. Su adolescencia complicada, que había descarrilado y terminado en catástrofe. Todo empezó como un juego pero había tenido graves consecuencias. La hija tarada del psiquiatra. Annika.

El largo interludio, en el que había estado imaginando que así era la vida. Los veranos pasados en el barco, Mike, la felicidad con Sanna.

Las tonterías con las que Ylva se entretenía cuando le entraba el aburrimiento.

Sanna se las apañaba perfectamente sin su madre, Ylva lo entendía aunque le doliera reconocerlo. Daba por sentado que el recuerdo que su hija podía tener de ella se habría difuminado. Podía oír la voz de Mike intentando

hacerla recordar.

«Te acuerdas de mamá, ¿no?».

Una especie de atención mal dirigida al recuerdo de Ylva que daría lugar a remordimientos de conciencia y una lejana sensación para Sanna de una persona que una vez ocupó un lugar en su vida pero que ya no estaba.

Ylva intentó imaginarse el mundo a través de los ojos de su hija. ¿Qué recordaba Sanna de ella? Podía ser cualquier cosa. Quizá alguna vez que Ylva la hubiese chinchado un poco más en serio, haciéndole cosquillas en la barriga o jugando a guerra de cojines. O quizá un comentario, a ser posible uno bueno. Quizá una película que hubiesen visto juntas. Seguro que alguno de sus múltiples chapuzones en el estrecho. Ylva se metía en el agua de un salto. De pie, sí, pero otras madres lo hacían por la escalera. Además, muchas de ellas se metían de espaldas. Eso era rebasar el límite de la precaución exagerada. Mujeres de menos de cuarenta que se metían marcha atrás hasta la cintura, tras lo cual se dejaban caer de espaldas y empezaban a chapotear como una vieja con las piernas estiradas. Sin meter la cabeza.

Ylva pensó que ésa sería su aportación al mundo, así era como perduraría. Como la madre que saltaba del pantalán y sólo usaba la escalera para salir del agua. Ylva estaba satisfecha. No era un mal legado el que dejaba.

No quería detenerse a pensar demasiado en el último capítulo de su vida. Era lo que había y pronto se habría terminado. Aunque escogiera verlo desde la perspectiva del matrimonio, había expiado la culpa y se había reconciliado con la idea del espectro de lo bueno y lo malo que había en cada persona.

Estiró el brazo, apretó el interruptor de la lámpara y de pronto la habitación quedó bañada en luz. Fue al baño, hizo pis, tiró de la cadena y volvió a meterse bajo el edredón. Alargó la mano, apretó el interruptor, oscuridad.

Volvió a apretar el botón, luz.

Y otra vez, oscuridad.

Naturalmente.

Eso es, naturalmente.

JÖRGEN Petersson había dado con una auténtica ganga.

—Tres por cien coronas —constató alegre el multimillonario y puso seis cervezas en la mesa.

Le acercó tres a Calle.

—¿No podríamos haber empezado con una cada uno?

—No te preocupes, yo invito —dijo Jörgen.

—Qué caballeroso.

—Si no, nos pasamos la tarde yendo de aquí para allá, ya lo sabes. Cuéntame tus progresos.

Calle le explicó la conversación que había tenido con la jefa de redacción y que había estado sujetando el móvil a medio palmo de la oreja para que no le reventaran los tímpanos cuando le echara la bronca. Y que al final todo había salido de fábula.

—O sea, que no se puede escribir sobre el suicidio —dijo Jörgen.

—No —respondió Calle—. Siempre hay algún depresivo que lo lee y se deja inspirar: «Yo también quiero salir en una revista».

—Aunque sea lo último que haga —apuntó Jörgen.

—Exacto. Se me hizo un poco raro que la jefa de redacción tuviera que recordármelo. Es un poco degradante, tengo que reconocer.

—Y ¡zas!, de pronto el éxito pasa a ser una desgracia —dijo Jörgen—. Te puedes sacar un sobresueldo haciendo de correveidile. Podemos meterte en una sala llena de gestores de fondos. En cuanto suba la bolsa te agarras la cabeza y dices alguna frase ingeniosa que se te ocurra.

—No habría estado mal —aseguró Calle.

—Estoy de acuerdo. Salud.

—Salud.

Se acabaron la primera cerveza, dejaron el vaso vacío a un lado y cogieron los llenos como quien coge un biberón.

—O sea, que el suicidio se contagia —dijo Jörgen pensativo.

—Igual que el mareo —confirmó Calle.

—¿Te acuerdas de aquella chica del instituto que se quitó la vida?

—¿Quién?

—Aquélla, la hija del psiquiatra. Annika.

—Ah, vale, no.

—Vivía en la casa blanca junto al agua —dijo Jörgen—. Justo en la punta. La del perro negro que empezaba a ladrar y correr junto a la valla cuando pasabas en bici.

—Ah, ella. Se ahorcó, ¿no?

—Creo que sí. Creo que nadie entró en detalles. La madre estaba bastante buena, si no recuerdo mal.

—No era mi estilo —dijo Calle.

—El padre tampoco estaba mal. Un poco Richard Gere.

—Ahora sí te sigo.

—Pero la hija era bastante del montón —continuó Jörgen en tono filosófico.

—Qué boca tienes.

—A lo mejor habría mejorado con los años, quién sabe. Pero creo que nunca habría llegado a ser tan sexy como su madre. ¿No te acuerdas de ella? Era la *mqm* del barrio. Siempre estaba rastrillando la grava de la rampa del garaje.

Calle dio un respingo, se sumió en su universo interior: rastrillando la grava. La mujer de Hittarp. La que le había resultado familiar. La que le había indicado cuál era la casa de Michael Zetterberg.

—Aquel perro se ponía como loco cuando todos los chicos pasábamos para verla —dijo Jörgen.

Estaba rastrillando la grava. Igual que antes. Era ella, la madre de Annika. Jörgen chasqueó los dedos delante de la cara de su amigo.

—¿Calle? ¿Hola? ¿Me escuchas?

• • •

El cable se metía en el pie de la lámpara. A unos veinte centímetros había un interruptor. Estaba pensado para accionarlo con el pie, pero Ylva solía apagar la luz con la mano para no tener que levantarse de la cama. Después del interruptor había por lo menos un metro y medio de cable que había pasado por debajo de la cama para que no se viera desordenado.

Cuando el interruptor estaba apagado la electricidad no llegaba a la lámpara.

Gösta y Marianne la habían reducido y encerrado con ayuda de una arma de electroshock. Ahora le tocaba a Ylva pagarles con la misma moneda.

No era una puta, era la madre que saltaba desde el pantalán.

Ylva se levantó de la cama y fue a la cocina. La oscuridad era total, pero se conocía hasta el último centímetro de su limitado espacio. Cogió las tijeras y el cuchillo y volvió a la cama. La lámpara estaba apagada, así que la corriente no pasaba del interruptor.

Se puso de cuclillas, buscó el cable a tientas y lo cortó lo más cerca del pie que pudo. Con ayuda del cuchillo peló las puntas y luego las dobló para separarlas un par de centímetros. Después metió el extremo del cable debajo de la lámpara.

Desde ese momento no podía encender la lámpara bajo ninguna circunstancia. Hasta que llegara el momento.

Volvió a la cocina y puso las tijeras y el cuchillo bien visibles, siguiendo las órdenes de comportamiento que tenía y por las que era severamente castigada si no las cumplía o las olvidaba.

Abrió el cajón de la cocina y cogió el tenedor, el único cubierto que le habían dado para que pudiera comer, regresó a la cama y lo escondió debajo del colchón.

Aquello iba a aportarle una experiencia nueva, absolutamente nueva.

• • •

—No —dijo Calle Collin—. No, no, no.

Se habían tomado seis cervezas cada uno y la cuenta ascendía ya a cuatrocientas coronas. Por veinte más les pusieron un cuenco de cacahuets. Calle dudaba mucho que su adinerado amigo fuera a dejar más de diez coronas de propina.

—No puede ser una simple coincidencia —apuntó Jörgen.

—Ah, ¿no? —exclamó Calle—. ¿Y cómo lo relacionas? A ver.

—Y yo qué coño sé. Pero una cosa está clara, no creo en las coincidencias.

—No hace falta que creas en ellas —dijo Calle—. Nuestro mundo de clase media, perdón, mi mundo, bueno, te incluyo igualmente. Lo que pasa es que has ganado un dinero y nuestro mundo de clase media es tan ridículamente pequeño que no nos lo podemos imaginar. ¿Sabes qué suelo hacer yo cuando me siento paranoico y quiero echarle leña al fuego? Busco algún antagonista en Facebook. Todos están en Facebook, los muy desgraciados. Así consigues una foto de la persona en cuestión y, de regalo, todos los amigos del muy idiota. Después le das a actualizar y entonces sale otra panda de amigos. Te lo juro, no hace falta que actualices demasiadas veces para volver a dar con un nombre que te suene de algún otro contexto. Le das y ¡pam!, de pronto tienes a un nuevo protagonista y una galería con todos sus amigos. Actualizar, ir haciendo clic. Todo el mundo está unido. Que los padres de Annika vivan donde viven, entre otra gente adinerada, no es una simple coincidencia. Seguramente buscan juntarse entre sí. Para evitar a la gente con puntos de vista divergentes. Ahí tienes tu coincidencia, muchas gracias.

—Joder, estás borracho —dijo Jörgen.

—No estoy borracho.

—Vale, pero plantéatelo así. Imagínate que el psiquiatra y su *mqm*, por alguna razón, responsabilizan a la Pandilla de los Cuatro por la muerte de Annika...

—No hay ninguna Pandilla de los Cuatro. Fueron amigos por un tiempo durante el instituto y sí, eran unos mierdas y tendrían que haberlos encerrado a todos, no puedo estar más de acuerdo contigo, pero, y digo pero, no era una banda. A finales de noveno ya no se les vio nunca más juntos. Uno de los

chicos dejó de estudiar, si no recuerdo mal. Jörgen, puto tacaño acomodado, ¿me estás escuchando?

—Te escucho, te escucho.

—Pues que se note, no te quedes ahí mirando la pared.

—No estoy mirando la pared, estoy pensando.

—¿Sería posible participar de tus extraordinarias ideas?

—Estoy pensando que tengo razón. El grupo se disolvió después del suicidio. Paso de ti, pienso llamar al marido de Ylva.

—Si lo haces, me quedaré sin trabajo, te lo aseguro.

—Yo te puedo contratar, podrías escribir mis memorias.

—No creo que sea demasiado estimulante: se despertó, ganó la lotería, se volvió a dormir.

—Voy a llamar —dijo Jörgen.

—No vas a llamar —replicó Calle.

—Intenta detenerme.

—Jörgen, joder, vamos. Perderé el trabajo, en serio, no estoy de broma.

—KARLSSON.

El comisario de policía respondió sin apartar los ojos del periódico. Las páginas locales eran un sine qua non para un hombre de su posición.

—Sí, hola, mi nombre es Jörgen Petersson.

«De Estocolmo», pensó Karlsson.

—Estoy buscando a alguien que trabaje con la desaparición de Ylva Zetterberg —continuó Jörgen—. Desapareció hace un año y medio, si no me equivoco.

«La desaparecida viciosa», pensó Karlsson. La que fue borrada del mapa por su cornudo marido, el de las lágrimas de cocodrilo. Que encima ha salido indemne. Sin cuerpo no podían vincularlo con el asesinato.

—Yo estoy en el caso —dijo Karlsson.

—Tengo una serie de datos que creo que podrían ser de interés.

—¿A ver? —pidió Karlsson, y volvió al periódico.

El que tenía datos de interés los soltaba, el que tenía datos de interés no decía «Tengo datos de interés». Era tan evidente como cuando alguien afirma que tiene sentido del humor o que es inteligente. Si lo hace es que carece de ello.

—Bueno —dijo Jörgen—, fui al mismo instituto que Ylva, Breviksskolan, en Lidingö, aquí en Estocolmo.

—Vale.

«Vengo de Lidingö, así que lo que digo es importante», pensó Karlsson mientras pasaba la página. Constató que Kallbadhuset pronto abriría las puertas otra vez. Ya era hora. ¿Cuánto se podía tardar en renovar una piscina

cubierta?

—Ylva pertenecía a un grupito. Eran ella y tres chicos. Unos gallitos. Los llamábamos la Pandilla de los Cuatro.

—Vaya, vaya.

—Lo sé, parece ridículo, pero escúcheme, por favor.

—Le escucho.

—Los chicos están muertos —informó Jörgen.

Karlsson le echó un vistazo a la cartelera de cine. Tenía la sensación de que estaban dando una película que quería ver, pero ningún título le sonaba familiar. Tendría que alquilar una, como de costumbre.

—Qué mal suena eso —dijo.

—Sí —afirmó Jörgen—. Y además Ylva está desaparecida. Me parece muy sospechoso.

—Hum.

Karlsson había llegado a la programación de la tele. Echó un vistazo rápido. No había nada que pareciera especialmente emocionante.

—No puede tratarse de una coincidencia —constató Jörgen.

—Los gallitos esos —dijo Karlsson—, ¿cómo murieron?

—Uno de cáncer hace casi tres años. Otro fue asesinado y el tercero murió en un accidente de tráfico en África hace más o menos un año.

—No pinta bien —añadió Karlsson—. Pero no acabo de ver el nexo. Aparte de que de pequeños fueron amigos.

—Bueno —confirmó Jörgen—. Había una chica.

—¿Ylva?

—No, otra.

—Ah.

«Una bala perdida», pensó Karlsson.

—Annika Lundin —dijo Jörgen.

—Annika, sí.

—Y ella se suicidó.

—Vaya —dijo Karlsson y dobló el periódico.

Se reclinó en la silla y miró por la ventana.

—Después de aquel suceso, los cuatro se separaron y cada uno se fue por su lado —dijo Jörgen.

—¿Después de qué? —preguntó Karlsson.

—Después del suicidio. ¿Me está escuchando?

—Le escucho.

—Bien, pero lo más interesante es que los padres de Annika, Gösta y Marianne Lundin, se han mudado a una casa justo enfrente de la de Ylva.

—¿Gösta y Marianne...?

—Lundin —añadió Jörgen—. Me parece demasiada casualidad.

—Sí, parece raro —afirmó Karlsson y bostezó.

—Tienen que hablar con ellos —dijo Jörgen.

—Por supuesto —asintió Karlsson—. ¿Tiene un teléfono donde le pueda llamar?

Jörgen le dio su móvil y el número de casa. Karlsson hizo como que apuntaba.

—Me pondré en contacto con usted en cuanto sepa algo más —dijo Karlsson—. Gracias por llamar.

Colgó. «Cine —pensó—. ¿Qué peli era la que quería ver?».

Gerda llamó a su puerta con cuidado y lo interrumpió en sus cavilaciones. Karlsson levantó la cabeza.

—¿Vamos a comer? —preguntó su compañero.

Karlsson se levantó de la silla y se puso la americana.

—Por fin oigo algo sensato.

• • •

Jörgen Petersson pensó en lo tonto que había parecido. En su cabeza sus ideas eran claras como el agua, transfiguradas en palabras parecían una locura total. El comisario le había prometido que hablaría con los Lundin, pero Jörgen dudaba mucho de que siquiera se molestara en descolgar el teléfono.

Se preguntó si el comisario habría mostrado una actitud distinta si hubiese sabido con quién estaba hablando y las aptitudes que tenía. Sin duda, la respuesta era afirmativa. Pero no podía ir por ahí enviando por fax una copia de un extracto bancario. ¿Conocía a alguien que pudiera responder por él? ¿Alguien de la policía? No. Su mayor aproximación al poder judicial y

legislativo no pasaba de los abogados de empresa con los que coincidía cuando tenía que elaborar contratos.

Si a su vez esos abogados, aplicando la teoría de Facebook de Calle, conocían a otros picapleitos que fueran amigos de fiscales que se relacionaban con la policía, quizá al cabo de unas horas de conversaciones telefónicas podría lograr su objetivo. Aunque, a esas alturas su credibilidad estaría más que mancillada por una buena cantidad de exposiciones sobre su teoría conspiratoria.

Si Jörgen Petersson quería avanzar en sus indagaciones no le quedaba más remedio que hablar directamente con el marido de Ylva. Daba lo mismo que le hubiese prometido a Calle que no se iba a meter en el asunto. El marido de Ylva era la única persona que se dignaría escucharlo.

Existía la posibilidad de que Jörgen se estuviera equivocando, que sus sospechas fueran tan estúpidas como parecían, pero había una pregunta que daría respuesta a ello. Y esa pregunta sólo se la podía hacer directamente al marido de Ylva.

YLVA miró la pantalla. Mike, Nour y Sanna se estaban subiendo al coche. Sanna volvía a ir en el asiento de atrás, pero no se la veía disgustada. Sus rutinas se desarrollaban con tan poco dolor como cabía esperar de las rutinas matutinas con una hija que tardaba una eternidad en untar las tostadas, comía más despacio que un caracol y no se rendía hasta que los cordones de los lazos de los zapatos fueran exactamente igual de largos.

Posiblemente era la última vez que Ylva los vería. Lo que era seguro era que sería la última vez que los vería en la pantalla. No le daba pena. Ahora estaba bien consigo misma.

Apagó el televisor, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Repasó el plan una vez más. Si es que se le podía llamar plan, porque no estaba segura. Iba a hacer lo que se había propuesto, saliera como saliese, el resultado ya no dependía de ella.

El vaso con agua, el cable, el tenedor debajo del colchón.

Jamás se había peleado, no sabía cómo se hacía. Sacó el tenedor y lo tocó. No estaba demasiado afilado. Apartó la sábana y apuñaló el colchón. Ni siquiera consiguió perforarlo.

«Los ojos», pensó. Apuntaría a los ojos.

Escondió el tenedor otra vez debajo del colchón, recolocó la sábana y se fue al baño para mirarse en el espejo. Ahora era otra persona, no era la misma que habían bajado a rastras a ese sótano hacía dieciocho meses. Se preguntó si Mike la reconocería.

Ylva fue a la cocina y abrió la nevera. Tenía que comer y descansar.

Independientemente de lo que pasara, aquél iba a ser su último día en

cautiverio.

• • •

Mike se inclinó hacia Nour y le dio un beso en la boca.

—Nos vemos esta noche.

—Sí. Adiós.

Nour bajó del coche, cerró la puerta y se despidió de nuevo con la mano desde la acera. Mike metió la primera y arrancó, viendo alejarse a Nour por el retrovisor.

Se sentía reconfortado y feliz por dentro.

La euforia le duró hasta la hora del almuerzo. Después pasó a ser melancolía.

No pasó nada en concreto que le hiciera perder la alegría. Ni notificaciones aburridas, pronósticos lúgubres ni empleados quejumbrosos que le sesgaran la felicidad. Ni tampoco una bajada repentina del nivel de azúcar, *flashbacks* odiosos ni compromisos pesados que aparecieran de la mano de la tristeza. Era un cambio habitual del humor de Mike y él le daba la bienvenida. Si iba por ahí sintiéndose siempre como por la mañana, pronto lo rechazarían y como alternativa se vería obligado a mudarse a Noruega, donde semejante comportamiento tan sano no se consideraba sospechoso.

Abrió un informe nuevo y empezó a leer. Tres cuartos de hora más tarde apartó el montón de documentos, se frotó la nariz debajo de las gafas y constató que no había ganado ni un miligramo de inteligencia. Era otro de aquellos textos sin envidia que le costaban una fortuna a la empresa y que se solicitaban para que los jefes de poca monta pudieran tener algo de que quejarse cuando las cosas se torcían.

Mike miró la hora y constató que podía irse a casa sin remordimientos de conciencia. Llamó a Nour desde el coche, pero ella aún tenía trabajo que hacer y pensaba coger el autobús.

—Pues nos vemos en casa —dijo él—. Yo cocino.

Mike se metió por el centro de Laröd y estuvo paseando sin rumbo en busca de inspiración. Carne, ¡uf! Pescado, no, no. Pollo, ¿otra vez?

Vegetariano. ¿Qué había además de pastel de brócoli?

Gösta también estaba en la tienda y se saludaron e intercambiaron algunas palabras sobre lo difícil que era ser variado en las comidas.

Espaguetis con salsa de queso azul y beicon crujiente, ése sería el menú. Y ensalada. Mike buscó los productos y compró también algo para desayunar.

Fue a la escuela y entró en la ludoteca. No pudo ver a Sanna y el personal se lo quedó mirando desconcertado. Mike sintió una puñalada en el corazón y por una fracción de segundo se vio arrojado al vacío hasta que recordó que Sanna había empezado clases de música. Sonrió y empezó a caminar hacia la sala desde donde brotaban unas notas desafinadas.

*Compra... perritos... calientes. Compra... perritos calientes. Lala lala, lala lala. Compra perritos calientes.*

Por el momento, Mike no tendría que reservar la sala de conciertos de Berwaldhallen.

—Bravo —dijo aplaudiendo—. Suena bien.

—Otros días me sale mejor —aseguró Sanna.

—A mí me parece que sonaba muy bien. ¿Habéis terminado?

Miró interrogante al profesor, que asintió, contento.

—Pues gracias —dijo Mike.

—Gracias —repitió Sanna.

—De nada, de nada —respondió el profesor—. Hasta la semana que viene.

Sanna salió brincando de la sala y se fue al coche.

—¿Puedo ir delante?

—Cariño, son doscientos metros. No me apetece cambiar el elevador.

—Vale.

«¿Qué? —pensó Mike—. ¿Sin protestar?» Sanna se subió al asiento de atrás sin soltar una sola queja y siguió soplando la flauta dulce. Mike quería decir algo para animarla, pero no sabía qué.

—¿Te gusta tocar?

—Sí —contestó ella enseguida y continuó.

*Compra... perritos calientes. Compra. Perritos. Calientes.*

• • •

Ylva se había maquillado y estaba vestida y preparada. El pelo recogido en una coleta. A Gösta le gustaba tirar de ella cuando se corría. Como una expresión de éxtasis animal.

Se había arreglado como él quería. Pero esta vez no se había untado lubricante. No la iba a penetrar, ni ese día ni nunca más.

Oyó los toques en la puerta, respiró hondo y comprobó que todo estaba en su sitio. El vaso de agua pegado a la pared.

Se puso donde siempre, juntó las manos sobre la cabeza, echó los codos hacia atrás para sacar pecho y puso morritos con la boca abierta.

Gösta abrió la puerta. Llevaba una botella de vino espumoso y dos copas en la mano.

Miró automáticamente a la derecha y comprobó que las tijeras, el cuchillo, el hervidor y la plancha estuvieran bien visibles sobre la encimera, que Ylva no se hubiera armado para intentar alguna tontería.

—Pensé que podríamos celebrarlo —dijo él levantando la botella.

Ylva se puso de rodillas y juntó las manos en la espalda. Lo había planeado tanto, lo había repetido tantas, tantas veces... Tantas, que no sabía salirse de él.

Gösta dejó la botella en el suelo, cerró la puerta con llave y la miró.

—¿No puedes aguantarte?

Ylva negó lentamente con la cabeza, todavía con los ojos cerrados y la boca abierta.

—Tranquilízate un poco —dijo él y le quitó el envoltorio dorado a la botella y empezó a desenroscar el alambre.

Ylva seguía de rodillas, viendo cómo Gösta quitaba el tapón con un pof y luego llenaba las copas.

Él se le acercó, miró hacia abajo.

—Eres una auténtica guarra. Toma. —Le ofreció una copa—. Te lo has ganado.

Ylva cogió la copa y se llenó la boca sin tragarse el champán. La dejó en

el suelo y empezó a desabrocharle los pantalones. Se metió la polla en la boca y dejó que el gas le hiciera cosquillas en el glande y que el líquido comenzara a correr poco a poco por el miembro de Gösta.

Se llenó la boca con lo que quedaba en la copa y le bajó los pantalones chinos. Él estuvo de acuerdo, no quería mojárselos. Se los quitó del todo, hizo lo mismo con los calzoncillos y dejó que Ylva le quitara también los calcetines.

Ella hizo un montón con la ropa sobre la cama y luego lo tomó de nuevo en su boca. El champán recorría el interior de los muslos de Gösta, mientras ella, sin soltarlo, le levantó ansiosa la copa. Gösta se la llenó de nuevo y continuó vertiendo el líquido sobre la cara de Ylva y en la raíz del pene.

El suelo se estaba mojando y Gösta se encontraba en medio del charco. El plan de Ylva estaba funcionando. El champán le iba igual de bien que el agua. Lo importante era la humedad.

Ylva miró hacia arriba y vio que Gösta la estaba observando como a una puta a la que había pagado y sobre la que tenía derecho a hacer lo que quisiera. Era una expresión que conocía bien y que auguraba una agresión sexual.

Ylva se llenó la boca de nuevo. Dejó la copa en el suelo y juntó las manos a la espalda. Él le agarró la coleta y empujó hasta el fondo. Ylva sintió el reflejo de vomitar pero se lo contuvo fingiendo placer.

Tenía el cable cogido a sus espaldas. En cuanto Gösta le soltara la coleta, en cuanto le soltara la coleta...

## 56

EL timbre del teléfono fue una interrupción más que bienvenida. Las notas de la flauta dulce se sucedían en una ristra eterna por todo el salón y Mike no tenía corazón para pedirle a su hija que parara.

La pantalla indicaba que era un número oculto. Mike dio por hecho que sería Nour, que le llamaba desde el trabajo. Cerró la puerta del salón y cogió la llamada.

—Hola —saludó con voz dulce.

—¡Eh, hola! —contestó un hombre con voz desconcertada—. Me llamo Jörgen Petersson, estoy buscando a Michael Zetterberg.

—Soy yo —dijo Mike, ahora en un tono más serio.

—¿Llamo en mal momento?

—No, no, no hay problema, pero no compro nada por vía telefónica.

—No llamo por eso —le aclaró Jörgen.

Mike sintió de inmediato que se le formaba un nudo en el estómago.

—Quiero que me escuches —continuó Jörgen—, y te pido que no cuelgues hasta que hayas oído lo que tengo que decirte.

Mike se dejó caer en una silla de la cocina.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Fui al instituto Breviksskolan en la misma época que tu mujer —dijo Jörgen.

—Mi mujer está desaparecida —explicó Mike con voz estridente—. ¿Por qué no me dejáis en paz?

—Una pregunta —dijo Jörgen—. ¿Qué te dijo Ylva de Gösta y Marianne Lundin?

Mike no entendía nada.

—Gösta y Marianne Lundin tenían una hija, Annika, también iba al mismo instituto. Se quitó la vida. Los chicos del grupo de Ylva están muertos. Creo que hay una conexión en todo esto. Estoy convencido de que de alguna manera tu mujer tuvo algo que ver con el suicidio de Annika, por lo menos tengo la idea de que Gösta y Marianne la responsabilizan de la muerte de su hija. Michael, ¿estás ahí? ¿Michael...?

• • •

Gösta soltó la coleta. Ylva apartó la cabeza hacia atrás y sacó el cable de su escondite. Puso los extremos pelados sobre la piel brillante de su miembro y apretó el interruptor.

Saltó una llamarada, se oyó un pof y de repente todo quedó a oscuras.

Ylva desconocía lo que iba a suceder, pero no había pensado en la posibilidad de que saltaran los fusibles.

—¡Ay, mierda! ¡Hostia puta!

La voz indicaba dolor e Ylva oyó cómo Gösta se desplomaba con la espalda pegada a la pared. Respiraba con dificultad y había un olor a piel quemada en el ambiente.

—Te voy a matar, puta.

Ylva tanteó debajo del colchón en busca del tenedor, lo rodeó con la mano y trató de clavárselo en la cara. Gösta logró parar el primer golpe, pero, en el segundo, el tenedor se hundió en el cartílago de su mejilla.

Ylva subió a la cama de un salto, se hizo con los pantalones y comenzó a hurgar en los bolsillos en busca de las llaves.

—No soy una puta —gritó, soltando una coza en el aire en el sitio donde intuía que podía estar Gösta—. Soy la madre que salta desde el pantalán. ¿Me oyes, viejo perturbado? Soy la madre que salta desde el pantalán.

Sacó las llaves y se abalanzó sobre la puerta. Las manos le temblaban y no lograba encontrar el agujero. Oía cómo Gösta se esforzaba por levantarse. No iba a darle tiempo.

—Voy a romperte el cuello, ¿te enteras?

Gösta se le acercó arrastrando los pies. En la cocina había un cuchillo y unas tijeras. Ella dudó. La puerta o el cuchillo.

Dio dos pasos hacia la cocinita, cogió el cuchillo y lo sostuvo en ristre en la oscuridad. Las llaves en la mano derecha, el cuchillo en la izquierda. No estaba cómoda. El cuchillo debería estar en la derecha. En la izquierda no tenía ni fuerza ni coordinación.

Podía oír la respiración de Gösta, su risa carrasposa. Ylva no tenía ninguna posibilidad de alcanzar la puerta. Él estaba de pie y era más fuerte que ella.

—Me estoy acercando —dijo él—. Acabarás como siempre. No puedes esconderte.

Ylva estaba en la cocinita, intentaba respirar sin hacer ruido. Gösta estaba a tan sólo un par de metros de distancia. Se había detenido y estaba aguzando el oído, igual que ella.

—Te escondes en la cocina, ¿eh? No es un buen escondite. Esa cocinita tan pequeña y estrecha. Apenas hay sitio.

Dio un paso adelante.

—¿Te he follado en la cocina alguna vez? Creo que voy a hacerlo ahora, follarte en la cocina. Con una botella rota pienso follarte en la cocina, ¿me oyes?!

Los separaban menos de dos metros. Ella esperaba aguantando el aliento. Tenía que cambiar de mano, pasarse el cuchillo a la derecha. Sólo tendría una oportunidad, era importante que el cuchillo penetrara del todo en su cuerpo para que no pudiera perseguirla.

Ylva se agachó. Se oyó un levísimo chasquido de sus articulaciones.

—Vaya, vaya, vaya —dijo él—. Crequetecrec, así que estás en la cocina, tal como sospechaba. Estás esperando a que vaya a por ti. Que te coja como a ti te gusta.

Se acercó un poco más. Ylva podía sentir su presencia justo delante. Algo pasó por encima de su cabeza y de pronto la botella de champán estalló en mil pedazos contra la pared que tenía detrás.

Ylva lanzó el manojó de llaves hacia la puerta para hacer un ruido de distracción, cogió el cuchillo con la mano derecha y se impulsó con las piernas. El cuchillo penetró en el abdomen de Gösta. Ylva lo sacó y volvió a

apuñalarlo.

—¡Hasta el fondo! —gritó—. ¿Cómo lo sientes, eh? ¡Hasta el fondo!

Le clavó el cuchillo por tercera vez y lo dejó allí. Gösta se desplomó sobre el suelo.

Ylva se puso en pie, se acercó a trompicones a la puerta, tanteó y encontró las llaves. Sus manos parecían firmes. Metió la llave correcta en la cerradura y la giró.

**M**IKE se sentía febril y mareado. Las ideas se le arremolinaban en la cabeza, eran demasiadas y no querían estarse quietas. No se dejaban analizar, no esperaban comprensión, se estaban burlando de él como una clase entera rodeando al marginado del grupo. Daba igual cuántas vueltas diera Mike, las ideas y las preguntas estaban esperando el momento adecuado para volver a empujarlo al centro.

Otro tarado, no cabía duda. En connivencia con el reportero de la revista semanal que lo había vejado en su propia casa la semana anterior. Una persona gravemente trastornada que encontraba placer en ir soltando tonterías para poder sentir por un momento la significativa proximidad de la muerte. La muerte atraía, no cabía la menor duda. Era azúcar para los locos. Como aquella gente que después del *tsunami* llamaba a la familia afirmando que la persona desaparecida estaba con vida y que pronto volvería a casa.

Pero al mismo tiempo... Gösta había tenido una hija que había muerto muy joven. Él no quería hablar de ello. Lo cual era perfectamente comprensible. En especial teniendo en cuenta los respectivos roles que tenían él y Mike.

«¿Qué te dijo Ylva de Gösta y Marianne Lundin?».

¿A qué se refería con eso? ¿Por qué mezclar a Ylva con Gösta y Marianne? No vivían aquí cuando ella desapareció, se mudaron un poco más tarde. O más o menos al mismo tiempo. Fue justo entonces.

En cualquier caso, Ylva no había mencionado que se había cruzado con unos vecinos nuevos.

¿Y por qué aquel tarado sacaba a relucir a Gösta y a Marianne Lundin?

¿Cómo sabía él quiénes eran?

Mike no entendía nada. Pero después lo vio claro como el agua.

Un paciente.

Por supuesto. El que llamaba era uno de los pacientes de Gösta. De alguna forma había oído hablar a Gösta y a Mike, y en su cerebro enfermo había creado una realidad paralela.

Eso era. No había otra explicación.

Mike soltó el aire con un suspiro sonoro. Todavía estaba alterado, casi temblando y parpadeaba deprisa con los ojos húmedos. Aun así, la calma comenzó a esparcirse por su cuerpo como una copa del viernes por la noche.

Poco a poco fue integrando el mundo que lo rodeaba, dejándose llenar por las visiones y los sonidos, esto último en forma de notas de flauta dulce que llegaban desde el salón.

*Compra perritos calientes, compra penitos calientes... lala lala, lala lala. Compra perritos calientes.*

La versión para flauta de *Für Elise* para piano.

La versión para flauta de *Smoke on the water* para guitarra...

Mike recordó la primera vez que visitó a Gösta, cuando se dieron cuenta de que eran vecinos. Gösta se había instalado en la casa de la calle Sundsliden, la del sótano reformado para montar un estudio de grabación. Gösta había simulado tocar una guitarra eléctrica y había tarareado la intro del *hit* de Deep Purple *Smoke on the water*.

Obviamente, era una ironía, pero ¿tanta ironía?

Comenzó a afectarle de nuevo. Le costaba tragar saliva.

Mike le había explicado a Gösta lo del mariquita de la revista semanal que le había estado hablando de tres muertos. Gösta le había contestado que no entendía cuál era el tema. «Tres muertos», había dicho. No era nada del otro mundo. Tres muertos antes de tiempo que habían ido al mismo instituto.

Tres...

Pero no eran tres, con Ylva sumaban cuatro. Mike y Gösta siempre hablaban de Ylva como si estuviera muerta. Ninguno de los dos pensaba que fuera a volver jamás. Pero Gösta no dijo cuatro muertos, dijo tres.

Seguramente, un simple malentendido. Pero aun así.

Mike negó con la cabeza para desprenderse del malestar, abrió el grifo y,

cuando el agua salió fría, bebió directamente del chorro.

Además, era tan fácil de comprobar.

Abrió la puerta del salón.

—Hola, cariño, qué bien tocas. ¿Sabes qué estaba pensando?

Ella negó con la cabeza.

—Estaba pensando que podríamos pasarnos por casa de Gösta y Marianne, ya sabes, los que viven en la casa blanca de Sundsliden. Tienen un estudio de música muy bonito. A lo mejor podríamos grabar lo que tocas. Así podrás comparar cuando hayas aprendido un poco más. ¿Te gustaría?

• • •

Ylva giró la llave y abrió la primera puerta. Fue tan fácil..., no le entraba en la cabeza que no lo hubiese hecho antes. Buscó la siguiente llave del manajo y notó algo frío en la espalda. Después volvió a notarlo.

Respiró hondo, pero sólo se le llenó la mitad del tórax. Exhaló y la boca se le llenó de sangre. Uno de sus pulmones había pinchado. Le sorprendió la sensación de que fuera como un globo roto. Nunca se había imaginado los pulmones como dos globos. Los pulmones eran pedazos de carne, flácidos y asquerosos como la mayoría de las cosas que había dentro del cuerpo, no como globos.

Giró la llave y abrió la segunda puerta. Una tenue luz bajaba por la escalera hasta entrar en el sótano. Gösta estaba en el suelo justo detrás de ella, incapaz de levantarse otra vez. El tenedor seguía clavado en su mejilla, por debajo del ojo. En la mano tenía el cuchillo de cocina.

A Ylva le sorprendió que el odio de Gösta fuera tan fuerte que había logrado sacarse el cuchillo de su propio cuerpo, ponerse de pie y apuñalarla dos veces por la espalda. No se sentía afectada, ni asustada ni enfadada, simplemente la llenaba un sentimiento de sorpresa.

—Éramos unos críos —dijo con la boca llena de sangre—. Unos críos.

Se tambaleó hacia la escalera. La sangre brotaba de sus labios, le caía por la barbilla, por encima del sujetador negro y continuaba por el vientre, las bragas y los muslos. Buscó apoyo en el pasamanos y venció el desafío de la

escalera juntando todas sus fuerzas, paso a paso.

Oyó unas voces, notó una brisa fresca llena de aromas fantásticos. Quería llenarse los pulmones, los dos, pero enseguida se puso a toser. La luz se hizo más fuerte. Era auténtica luz del día, la luz cegadora del sol.

Sólo unos peldaños más.

MIKE llevaba a su hija de la mano.

—¿Tenemos prisa?

—No, no, prisa no. Pero quiero que nos dé tiempo de hacerlo antes de comer. Nour no tardará mucho en llegar. Podría ser una bonita sorpresa para ella. Tu propio single.

—¿Qué es eso?

—Una canción grabada. Para que se pueda escuchar muchas veces. Cada vez que uno quiera.

—¿Como en el ordenador?

—Exacto.

Cruzaron por el césped comunitario. Mike le aguantó la puerta de la verja a Sanna, vio a Marianne por la ventana de la cocina y la saludó con la mano. Ella abrió la puerta antes de que hubiesen llegado.

—Gösta no está en casa —informó ella.

—Qué pena —dijo Mike y puso las manos sobre los hombros de su hija—. Sanna ha empezado a tocar la flauta dulce. Queríamos saber si podríamos utilizar un momento el estudio. Para grabar su primera canción.

—¿El estudio?

Marianne no entendía.

—El estudio de música —repitió Mike—. En el sótano.

—Ah, sí. No..., no puede ser.

Mike sonrió sorprendido. Marianne cambió el pie de apoyo.

—Gösta es muy suyo con el estudio. No le gusta que nadie entre allí. Es como si fuera su refugio.

—Entiendo, entiendo.

Mike se sintió inseguro, no sabía cómo continuar la conversación.

—Vale —dijo y siguió sonriendo a falta de algo mejor que hacer—. Pero gracias de todos modos.

Esperaba no parecer demasiado irónico.

—O sea, no es que no se fíe ni nada de eso —apuntó Marianne.

—No, no, lo entiendo. Dale recuerdos.

—De tu parte.

Mike dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo en el último momento.

—Vuestra hija —dijo.

La reacción fue inmediata. Mike lo vio en sus ojos. Aun así le parecía tan inconcebible que siguió hablando a pesar de que en ese momento ya lo había comprendido.

—Fue al mismo instituto que Ylva —continuó y sintió cómo las piezas iban colocándose cada una en su sitio.

Todas las sandeces que le había soltado aquel tarado coincidían, cada palabra era cierta.

Marianne no decía nada. La cara de la mujer era fría y expectante, no reflejaba ningún sentimiento.

Se oyó un ruido desde el sótano.

—Voy a bajar al sótano —dijo Mike y pasó junto a Marianne.

En ese mismo instante Sanna soltó un grito cuando vio a un ser ensangrentado, cadavérico y casi desnudo en el umbral de la escalera.

Mike se detuvo en el acto. La piel de la mujer era como de plástico, casi transparente. Lo único que parecía real era la sangre que le salía de la boca y que le caía por el resto del cuerpo. Levantó el brazo y lo estiró. Mike supo desde el primer momento de quién se trataba, pero fue la forma de levantar el brazo lo que le hizo reconocer a su mujer.

**M**IKE se abalanzó sobre Ylva, le pasó el brazo por los hombros y la sacó de la casa. Se detuvieron en la verja. Ella ya no tenía fuerzas. Mike se sentó en la gravilla, descansó la cabeza de Ylva en su regazo, empezó a mecerla. Sanna guardaba distancia, no se atrevía a acercarse.

—Perdón —dijo Ylva.

Mike negó con la cabeza.

—Perdóname a mí —replicó él.

Ylva buscó a su hija con la mirada.

—Sanna —dijo Mike—. Es mamá.

Mike alargó la mano, invitándola a acercarse. Sanna dudó un instante. La mujer ensangrentada le daba miedo. Los dientes rojos, el pelo gris, la piel de porcelana. Quería salir corriendo, no tener que ver aquello.

Ylva levantó la mano con dificultad.

Sanna se le acercó despacio, se sentó de cuclillas.

—Sé tocar —afirmó—. ¿Quieres oírlo?

• • •

Había sangre por todas partes y en un primer momento el personal de la ambulancia no sabía quién estaba herido y quién no. Cuando Mike les hubo asegurado que la sangre de su ropa era de Ylva, la examinaron a toda prisa, la subieron a una camilla y se la llevaron a la ambulancia. El corro de vecinos hipnotizados por el espectáculo se abrió para dejarlos pasar.

Mike cogió a Sanna de la mano y se metieron en el vehículo. La enfermera le puso una máscara de oxígeno a Ylva y el conductor se puso al volante.

Ylva había perdido el conocimiento con las notas de *Compra perritos calientes*. A Mike le había parecido ver algo parecido a una sonrisa en sus labios.

Fuera se oía un corrillo de voces. A través de la ventanilla de la ambulancia Mike vio llamaradas en la cocina de Gösta y Marianne. La cortina había prendido y las llamas acariciaban el techo.

—¿Hay alguien dentro de la casa? —preguntó el conductor de la ambulancia.

Mike no respondió. Vio que la enfermera apretaba una válvula de goma que estaba acoplada a la mascarilla de Ylva y comprendió que la estaban ayudando a respirar. Mike sabía que iban en una ambulancia que aceleraba cuesta arriba y era consciente de que estaba cogiendo a su hija de la mano. Todo lo demás ni siquiera lo oía.

La enfermera repitió la pregunta del conductor:

—¿Hay alguien dentro de la casa?

—Sí —dijo Sanna.

El conductor llamó a la central. La enfermera tenía una actividad frenética. Suministraba oxígeno, inyectaba sustancias, decía cosas. Ellos estaban entre bastidores.

Mike pensó que era una labor extraña, eso de trabajar tan cerca de la muerte. «Innecesariamente trágico», pensó. La enfermera hablaba sin parar, informaba al conductor del estado de la paciente. Al final miró el reloj. Dijo la hora en voz alta. Mike no entendía qué importancia tenía aquello.

De todos modos, Ylva ya llevaba mucho tiempo muerta.

## 60

**A**LGUIEN se ocupó de la ropa manchada de sangre de Mike y le prestó una camisa de algodón de manga corta con el logo de la seguridad social en el pecho. Les ofrecieron una salita de espera para ellos solos. Sanna estaba sentada en el regazo de su padre; Nour, en la silla de al lado. Los tres se cogían de las manos, nadie decía nada.

La salita tenía el suelo de linóleo y muebles de madera clara con mantelitos verdes.

Sanna se inclinó hacia adelante y cogió un cómic de la mesa. Se lo dio a Mike. Él se lo leyó.

Era del oso *Bamse* y su amigo el conejito *Lille Skutt* y algún personaje malvado que se llevaba una torta pero al que acaban perdonando e integrando en la comunidad de amigos. Mike continuó con la siguiente historia a pesar de no estar del todo seguro de que Sanna lo estuviera escuchando de verdad o si sólo quería oír su voz. La niña movía nerviosa el pie en el aire.

La puerta se abrió y los tres se volvieron hacia la enfermera.

—Está lista —dijo.

Cruzaron el pasillo. La enfermera se detuvo delante de una puerta y se volvió para comprobar que estaban preparados.

Nour miró a Mike.

—No sé si...

—Sí —dijo él, apretándole la mano—. Por favor.

La enfermera abrió la puerta y los dejó pasar.

Ylva estaba tumbada en la cama con la manta subida hasta los hombros. Su cabeza descansaba en paz sobre la almohada. Tenía los ojos cerrados y le

habían limpiado la sangre. Su piel clara, casi blanca como la porcelana, asustaba menos bajo la tenue iluminación. Aun así, resultaba evidente que era un cuerpo y no una persona.

Nour se quedó un poco más atrás, dejó que Mike y Sanna se acercaran y se sentaran en las sillas que había junto a la cama.

Tras unos minutos, la espalda de Mike empezó a moverse. Después se dejó caer sobre el cadáver de su mujer. Sanna alargó la mano y lo acarició para consolarlo.

Cuando finalmente se pusieron en pie tenía la cara roja e hinchada de tanto llorar. Mike agitaba nervioso los dedos en el aire.

Nour se estiró y los abrazó a los dos.

## 61

KARLSSON probó el café y volvió al artículo que acababa de leer. Había muchos datos que asimilar y memorizar. Muchos de ellos eran nuevos para él, y tanto amigos como conocidos le exigirían material extra, como si se tratase de un DVD.

Y no tendría más remedio que tragarse los comentarios si no quería perder su reputación. «¿No lo sabes? ¿Que no estabas al corriente? Deberías saberlo, tú que trabajas en la policía. ¿No eras tú el que llevaba el caso?».

Gerda estaba sentado enfrente con otro ejemplar del mismo periódico. También estaba leyendo ese artículo, por la misma razón.

—Joder, putos enfermos.

—Ni que lo digas.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí metida?

—Más de un año y medio.

—¿Y su marido estuvo yendo a ver al viejo todo el tiempo? Casi que debería de haberse dado cuenta, ¿no?

—Desde luego.

—Qué raro que no sospechara nada.

—¿Quién? ¿El marido?

—Sí.

—Muy raro.

—Me parece imposible.

—Nosotros no podríamos haber hecho nada.

—¿Qué íbamos a hacer? ¿Cómo nos íbamos a imaginar algo así?

Gerda se sumió de nuevo en el artículo.

—¿Ya estaba muerto?

—¿El viejo? Seguramente. No tenía humo en los pulmones. A diferencia de la mujer, que murió a causa del fuego.

—Así que ¿Ylva se lo cargó?

—Sí.

—Bien hecho.

—Ya ves.

—Pero ¿por qué no lo había hecho antes?

—No habría tenido la oportunidad.

—Ya, pero igualmente.

Karlsson negó con la cabeza.

—Qué pedazo de desgraciado.

Gerda asintió en silencio. Alguien llamó a la puerta. Los dos agentes levantaron la cabeza. Un compañero estaba allí con un periódico abierto de par en par y una amplia sonrisa en los labios.

—¿Habéis visto esto?

Les lanzó el periódico y se alejó silbando. Gerda rodeó la mesa para leer al mismo tiempo que Karlsson.

YLVA MURIÓ DE FORMA GRATUITA. LA POLICÍA IGNORÓ UNAS PISTAS DECISIVAS.

El artículo iba ilustrado con una foto de Karlsson y explicaba la conversación que había tenido por teléfono unos días antes.

—¿Quién ha escrito esta mierda? —preguntó Karlsson, y buscó el nombre del que firmaba el artículo—. ¿Calle Collin? ¿Quién coño es Calle Collin?

SANNA insistió en darse otro chapuzón hasta que su padre se lo consintió. Quería pillar las olas de las seis y media del ferri de Oslo. El barco partía a las cinco de la tarde de Copenhague y pasaba por delante de Hittarp a las seis y veinte. Diez minutos más tarde el oleaje alcanzaba la costa. No eran unas olas salvajes, pero sí fiables en su regularidad.

Mike no era difícil de convencer. Sabía que con un poco de insistencia Sanna se saldría con la suya. ¿Qué otros recursos tenían los niños para hacerse valer? Además, él también se había bañado en las olas de las seis y media cuando era pequeño, y era una tradición que estaba encantado de transmitir.

Llegaron con tiempo de sobras y Sanna saltó directamente al agua. No tenía ningunas ganas de esperar en el pantalán. Lo que de verdad le apetecía era bañarse, las olas eran un añadido. Nour se quedó sentada en el banco.

—Ya vienen —dijo Mike, señalando al mar.

Sanna nadó a toda prisa hacia la escalera y subió. Se puso en posición y miró a su padre.

—¿Tú no te bañas?

—Sí, claro. Por supuesto.

Estiró los cordones del bañador.

—¿Estás preparado? —preguntó Sanna.

—Sí.

—A ver esos saltos —dijo Nour.

Sanna tenía la mirada fija en el oleaje, que poco a poco se iba acercando. Le dio una palmada a su padre en la barriga.

—Cogemos la más grande, ¿vale?

—Hecho —respondió Mike.

—Ahora.

Salieron corriendo hacia el borde del pantalán y saltaron al agua.

ANNIKA está tan contenta de que se lo hayan preguntado, de que ni siquiera sepan cómo se llama. Los que están subidos al alféizar y se apoyan en la ventana, y tienen siempre una vista panorámica. Sitios en los que los más chulos y los más líderes siempre se han sentado y donde los tristes y los reprimidos jamás se atreven a acercarse. Saben quién es ella porque Ylva la ha llamado y la ha acompañado a gimnasia, ha hablado con ella y le ha dicho que parece una chica legal y hasta la ha invitado a su casa. No es una fiesta ni nada por el estilo, van a estar de tranquilos. «¿Tele?» «No, hombre, tele no. Joder, tele. No, no».

Pero es muy raro, porque no tienen nada de qué hablar e Ylva apenas dice nada, hasta que uno de los chicos aparece con una botella que ha robado del minibar de sus padres, pero entonces Ylva habla sin parar, y beben y se ponen raros y se ríen. Annika también intenta reír, pero cuando le preguntan por qué se ríe no encuentra explicación e Ylva opina que Annika debería enseñarles los pechos a los chicos, Annika no entiende por qué e Ylva le pregunta si es que no se atreve, si se cree que los chicos no han visto nunca unos pechos. Los chicos también opinan que Annika debería enseñarles los pechos y Annika piensa que a lo mejor debería levantarse y marcharse pero sólo le están haciendo broma, ¿acaso no aguanta una broma? Le llenan el vaso y de pronto ya está animada otra vez y se ríen juntos, y luego Ylva vuelve a decir que Annika podría enseñarles los pechos. «Venga, vamos, sólo un momento», y todos la miran, y lo hace muy rápido, sólo es enseñarlos un segundo. Annika se sube el jersey y se lo vuelve a bajar, «Pero no me ha dado tiempo de ver», dice uno de los chicos; «Nosotros tampoco», gritan los

demás, y le insisten otra vez. Entonces, Ylva dice que ahora ya da igual, que ya los ha enseñado, «Déjalos mirar». Y Annika se sube el jersey y lo aguanta arriba y uno de los chicos quiere tocar, sólo tocar, pero Annika no quiere. «Va, no seas aburrida», y Annika deja que uno los toque y entonces los otros también quieren y le dicen que tiene unos pechos guapos y agradables y ella se quita el jersey del todo y le da un beso a uno de los chicos y todos se ríen y beben más. Annika quiere ponerse el jersey otra vez, pero Ylva dice que mejor si se quita los pantalones y les enseña el chichi. Annika no quiere enseñar el chichi, pero «Venga, vamos, qué más da». Annika no quiere de todos modos, Ylva dice que no sea ridícula, como si enseñar el chichi fuera una gran cosa. «Pues hazlo tú», dice Annika y los chicos se ríen e Ylva dice que es peor enseñar los pechos, el chichi sólo es un triángulo de pelo y además ella y los chicos ya han estado en la sauna juntos y han dormido en sus casas y se han visto todo lo que hay que ver y no es nada raro, lo dicen los chicos. «Pues entonces podéis empezar vosotros», dice Annika, pero todos piensan que es mejor que lo haga ella ahora que ya está en marcha y así los demás pueden desnudarse después y sólo tiene que enseñar un poco. Y de nuevo toda la atención está puesta en Annika, y son sonrisas afables y gestos de ánimo con la cabeza y nada raro. Así que vale, se desabrocha un botón y todos aplauden y es un poco divertido y se baja la cremallera y bambolea seductora su torso desnudo y los chicos aplauden. Ylva dice que es una tía divertida, y Annika se baja los pantalones hasta la mitad de los muslos, mete los pulgares por debajo del borde de las braguitas, las dobla hacia abajo y los deja vislumbrar el vello, y ellos gritan «¡Más, más!» y Annika se baja las braguitas y lo enseña todo, el éxito es total y a lo mejor después Annika se arrepentirá pero el momento en sí es hermoso y grande, algo que recordar y llevarse a casa. Se sube las braguitas otra vez y entonces todos la abuchean pero ella se sienta en el sofá, coge de los tejanos y levanta el culo para ponérselos, pero uno de los chicos se lo impide y se ríen y bromean, y Annika le dice que la suelte, pero él sólo está haciendo broma y uno de los chicos le dice que es bonita y que tiene un cuerpo fantástico y le da un beso de verdad y le acaricia los pechos, y ella nota que los otros le quitan los tejanos pero no tiene fuerzas para protestar. Todavía tiene las braguitas puestas y siente ganas y malestar al mismo tiempo, y el chico que la está besando deja caer la mano

hasta posarla sobre sus braguitas. La mano está caliente y es agradable y Annika piensa que a lo mejor es así como es porque no conoce otra cosa, y oye que alguien se desabrocha los pantalones pero no es el chico al que está besando. Deja de besarlo y mira desconcertada a Ylva y al chico que tiene los pantalones y los calzoncillos por los tobillos y que se le acerca dando pasitos, y Annika ya no besa a nadie y no quiere, pero no la escuchan. Todo está en silencio y ya nadie se ríe. El chico la penetra y se corre enseguida y el siguiente chico espera turno, e Ylva está al lado mirando, y el tercer chico la penetra y se queja del turno que le ha tocado porque ahora está dilatada y es como meter la polla en un cubo de agua caliente, y todos se ríen y después ya no hay nada más que hacer que ponerse los pantalones, abrochárselos y beberse lo que queda en los vasos. Annika está hecha un ovillo mientras se pone una prenda tras otra e Ylva le dice que será mejor que se vaya, y más le vale no decir ni una palabra porque entonces le explicarán a todo el mundo lo puta que es que se folla a tres tíos en una misma noche.



HANS KOPPEL es el pseudónimo de Petter Lidbeck, nacido en Suecia en 1964. Bajo este pseudónimo ha escrito una serie de novelas de corte satírico sobre la burguesía sueca.

Su novela *Nunca volverás*, el primer título de una trilogía, ha sido éxito de ventas en Suecia e Inglaterra, habiendo sido en su país nominada como mejor novela por la Academia de la novela negra sueca.